



Mi impaciente FAVORITA

MARCOS A. C.

Mi
impaciente
FAVORITA

MARCOS A. C.

Mi
impaciente
FAVORITA

MARCOS A. C.

Primera edición.

Mi impaciente favorita

©Marcos A.C.

©octubre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Mi impaciente favorita

©Marcos A.C.

©octubre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



¿Hay algo que sea peor que tener un hermano que es un grano en el culo? Sí, el no tenerlo...

Adoraba a Kike, como así lo llamaba de forma cariñosa, llamarlo Enrique me parecía demasiado serio y más aún para un niño tan risueño y alegre como él, por no hablar de su dulce cara, esa con la que conquistaba al mundo y hacía que cayesen rendidos ante él.

Kike no solo me conquistaba a mí, sino que se trataba del típico crío que llamaba la atención allá donde fuésemos con su vitalidad y su facilidad para hacer reír a los demás. Aparte, que él hacía migas con todo el mundo y que charlaba hasta por los codos, no callaba ni debajo del agua, metiéndose a la gente en el bolsillo.

Era mi único hermano, ese que llegó treinta años después de yo nacer y gracias a las pocas luces que tenía mi padre, pero bueno, que ahora miraba a mi hermano y pensaba que era lo mejor que había hecho ese hombre en su vida.

Un crío nunca puede pagar el pato de nada, eso sería una pena. Kike no tuvo la culpa de que su llegada al mundo fuera fruto de la inconsciencia de ese hombre, que nunca dio pie con bola, como se suele decir.

Mi madre falleció cuando yo apenas tenía cinco años, momento que entre mis abuelos paternos y mi padre se hicieron cargo de mí, en ese momento del suceso ya estaban separados y yo vivía con ella, así que tuve que recoger mis cosas y trasladarme al que sería mi nuevo hogar.

Recuerdo que fue un momento muy doloroso, el más doloroso de mi vida y que, aun así, los niños tenemos una capacidad de adaptación enorme. Eso no solo lo sé por mí, sino porque me tocó verlo también en Kike, ¿cómo no empatizar con mi hermanito si yo mismo sé lo que es que la persona que te cuida se vaya de este mundo de un día para otro? A mí me pasó con mi pobre madre.

Mi niñez, pese a la repentina muerte de mi madre, fue bastante feliz. En casa de mis abuelos recibí cariño y eso, a fin y al cabo, es lo que quiere un niño, de modo que crecí sin traumas.

Cuando cumplí los veinticinco años, mi padre fue cambiando hasta que nos dimos cuenta de que tenía un serio problema de drogadicción, con lo cual, comenzamos una guerra contra él para conseguir que se pusiera en manos

de profesionales, pero no solo no nos hizo caso, sino que se marchó de casa y se fue a vivir al apartamento que tenían mis abuelos como segunda residencia, decía que a él también le pertenecía y cambió la cerradura y se quedó allí.

En cierto modo, y aunque nos asustaba que viviera solo en tales circunstancias, sentimos alivio. Hay que vivir una situación así para entender de lo que estoy hablando. A mis abuelos los traía de cabeza, lo mismo que a mí, de manera que vieron el cielo abierto cuando comprobaron que así se terminarían las discusiones diarias, esas que hacían que los gritos se escuchasen en todo el barrio.

Por esa razón, ellos no hicieron nada por echarlo de ese piso. Mi padre tenía la cabeza más dura que el mármol y no había manera de hacerle entender que se estaba cargando a su familia y que nosotros éramos los únicos que podíamos ayudarle.

Tan mayores como les pilló todo aquello, no supieron cómo gestionarlo y yo me vi con dos personas derrotadas a las que mi padre los había acabado de enterrar en vida y que no tardaron en fallecer; primero mi abuela, seis meses después, y, luego, mi abuelo a los tres meses de su mujer. Una auténtica pena que me desgarró el corazón porque, a pesar a su edad, ellos habrían podido vivir unos añitos más si las cosas no se hubieran torcido tanto en nuestra casa.

En ese momento fue cuando recogí mis cosas y me marché a Lanzarote de donde era mi familia materna. Yo necesitaba desconectar y pensé que sería la mejor de las ideas. Enseguida comprobé que no me equivoqué y decidí comenzar una nueva vida lejos del infierno de las drogas de mi padre, del que no podía hacer nada por sacarle.

Mi madre fue hija única y tras el fallecimiento de sus padres unos años atrás, yo heredé la casa familiar y algún dinerillo del que siempre intenté no tirar para tenerlo cuando me hiciera falta. No era mucho, pero en una mala época me ayudaría.

Por suerte, siempre tuve la cabeza bien amueblada y me vino fenomenal. A mi padre no salía, porque él había demostrado ser «un bala perdida», de esos que no pueden enderezarse.

Si digo que me marché sin mirar atrás, miento, porque dejaba un padre al que no solo no se dejaba ayudar, sino también yo era consciente de que jamás le importé en su vida y eso, por mucho psicólogo al que uno acuda, es un trago muy difícil de digerir.

Yo ya era lo suficientemente mayor para saber que había estado ahí porque vivía en casa de mis abuelos, pero pasó de mí como si de un florero se tratase, es más, recordaré siempre un día que fui con él a comprar a un supermercado y se encontró a una mujer que le preguntó si yo era su hijo, a lo que él contestó que era su sobrino, eso me dejó tocado por mucho tiempo.

Mi padre demostró que no estaba preparado para tener hijos. Es una jodienda que no le hagan a la gente cursillos para eso. Ahora los tendrán que hacer los propietarios de los perros, con la ley nueva, pero ¿y qué pasa con los niños? ¿Quién controla si una cabeza está preparada para ser padre o madre?

Yo procuré pasar página porque esto es fácil de contar y difícil de digerir. Toda la felicidad que sentí de niño vino de la mano de mis abuelos, del cariño que ellos me brindaron, porque de mi padre recibí bien poco.

1 Llevaba unos años en la isla a la que sorprendentemente me había adaptado y me sentía cómodo, recibí una llamada de mi padre diciendo que tenía que regresar urgentemente a la península, que era una cuestión familiar. No quiso darme más información.

Yo me quedé totalmente asombrado porque de familia, una vez muertos los abuelos, teníamos bien poco. Me dejó a cuadros y no supe cómo reaccionar.

Después de mucho pensarlo decidí regresar para encontrarme con él, al fin y al cabo, era mi padre y si tenía algo que decirme, lo quería escuchar, incluso tendría mi ayuda si la necesitaba. Yo no era rencoroso y la sangre me corría por las venas. No quería que, si algún día le ocurriese algo malo, me quedara en la conciencia que lo dejé tirado cuando me necesitó, yo no era así.

Lo más sorprendente para mí fue que cuando me encontré con él, lo que vi era a un hombre sensible que quería recuperarse y lo estaba consiguiendo, lo notaba más saludable, pero con las secuelas en su rostro, aún le faltaba mucho para salir de ese mundo en el que se vio envuelto.

1 Yo me quedé a cuadros porque había cambiado mucho. La muerte de mis abuelos y mi marcha a la isla le dejaron muy solo, y eso terminó por pasarle factura. Era como si hubiese madurado, ya de mayor, pero madurado.

La sorpresa mayor fue cuando me reveló que tenía un hijo de tres años con una mujer que también tenía adicción y que por esa causa había fallecido. Me quedé impactado al saber que tenía un hermano, y la rabia de que no me lo hubiera contado hasta ahora, se justificó diciendo que le daba vergüenza llamarme después de todo lo que había hecho.

Para mí fue una noticia que lo cambió todo. A otras personas, a esas alturas de la vida, le hubiera entrado por un oído y salido por el otro, pero a mí no. De pequeño, siempre quise tener un hermanito. Y de pronto me encontraba con que tenía uno del que ni siquiera sabía nada.

El caso es que mi padre quería internarse y necesitaba que me hiciera cargo de Kike, quería firmar su renuncia y pasarme la tutela.

Pese a lo que acabo de decir, sobre lo mucho que años atrás deseaba ese hermano, mi padre me dejó a cuadros. Yo ya tenía mi vida independiente y eso lo cambiaría todo, ¿tenía derecho a poner mi mundo patas arribas de esa forma? Y en cuanto a mí, ¿sería capaz de pasar de ese crío sabiendo que mi sangre corría también por sus venas?

No le contesté hasta después de ese mismo día en que conocí al pequeño y comprendí, con solo mirarlo, que él no debería vivir los vacíos que yo un día sentí, cuando mi madre falleció. Yo sí tuve derecho a disfrutar del cariño de

mis abuelos, y aun así lo sentí. Y Kike, ¿a él quién le quedaba en el mundo? Así que, desde ese momento, arreglamos todo y mi padre se internó antes de yo regresara a la isla con el pequeño.

Encontrarme de repente con la responsabilidad de un niño de tres años fue un verdadero caos al que me costó habituarme, pero me tenía tan ganado que con solo mirarlo me decía que merecía la pena.

Justo tres meses después, mi padre escapó del centro y se metió tanta mierda en una noche que su corazón no pudo resistir y falleció. Creí que me iba a volver loco, pero, una vez más, miré a Kike y supe que era por él por quien debía luchar.

Tuve que regresar a la península de forma precipitada con Kike a enterrar a nuestro padre, menos mal que él no entendía mucho el momento y no tuvo que vivirlo como un trauma.

Lo primero que arreglé fue lo de la patria potestad de mi hermano, luego me adjudiqué la herencia de su parte como responsable de él y así pude vender la casa en la que viví siempre con mis abuelos y padre, quedándome la mitad y la otra parte se la guardé en una cuenta a Kike para cuando fuera mayor de edad. Sin embargo, el piso al que se fue mi padre, decidí no venderlo para que mi hermano tuviera una propiedad para el día de mañana, así como yo tenía mi casa en la isla por herencia materna.

Alquilé el piso de Kike para que no estuviera cerrado, y mientras, nos reportara unos beneficios; aunque realmente con mi trabajo iba aliviado, me dedicaba a guionizar libros, ya fuera para películas o series, trabajaba para una de las mejores plataformas del mundo.

Ahora a mis treinta y cinco años, tenía una vida más relajada con mi hermano que ya contaba con cinco, pero eso sí, era mi grano en el culo, ese niño que mucho tiempo atrás comenzó a llamarme papá.

No hace falta decir, aun así, que era lo mejor que me había pasado en la vida y que yo ya no sabría vivir sin él.

Estábamos a finales de junio y ya al niño le habían dado las vacaciones, así que me levanté esa mañana y le preparé el desayuno, luego fui a ducharme rápidamente antes de tomar el café.

—Te juro que te voy a vender en el mercadillo por un euro y medio —murmuré cuando vi todo el vaso de leche regado por la mesa y a él mojando galletas sobre esos charcos. Reprimí la risa y me planté delante con los brazos cruzado esperando respuesta.

—Yo no he sido. —Se ponía las manos en la boca para que no lo viera reír.

—Claro que no, será el que está sentado a tu lado. —El pequeño giró la cabeza impresionado para ver si había alguien.

—Estoy solo.

—Muy bien, pues ahora pregunto ¿Quién fue entonces?

—El que está sentado a mi lado —reía a carcajadas el muy listillo y más lo hice reír cuando le comencé a hacer cosquillas.

—¡Fue sin querer, lo juro! —gritaba a carcajadas limpias.

—Kike, te prometo que yo no sé cuándo vas a echar formalidad.

—Ni yo tampoco, papá —me soltó muerto de la risa.

En el fondo, me encantaba que viviera la niñez de ese modo, con tanta felicidad como encontró en mi casa. Yo podía regañarle porque era muy travieso, pero en el fondo sabía que me tenía comiendo de la palma de su mano. Era muy listo.

Limpié la mesa antes de prepararme el café mientras me reía sin parar con las cosas de Kike, tenía unos golpes impresionantes y lo captaba todo al vuelo. Estaba loquito por saber lo que haríamos ese verano. Ya antes de coger las vacaciones me lo había preguntado cien veces.

e

—Papá, ¿vamos a ir de vacaciones?

—Claro, pero aún no tengo muy claro dónde podemos ir. Me tienes que dejar que lo piense un poco.

—Pero ya es verano y me dieron las vacaciones en el cole. Lo tienes que pensar ya —me recordó nervioso, pues la paciencia no era lo suyo.

—Por eso, tenemos todo julio y agosto por delante. No tengas tanta prisa.

—¿Y dónde quieres que vayamos, papá? Seguro que tú ya has pensado algo porque siempre estás pensando. — Señaló a mi cabeza.

—Yo por mí me iría al Caribe a tirarme en una hamaca y a tomarme varios cocteles —me reí.

—¿Y para mí hay cocteles de esos? Dímelos, venga, dímelos...

—Claro, de zumos tropicales. —Puse cara de placer y se rio.

—¿Y las playas son con piedras? Porque a mí con piedras no me gustan, que me duelen los pies, aunque me pong las chanclas. Yo no quiero que se me claven, ¿tienen piedras o no tienen piedras? —me preguntó hecho un manojo de nervios.

—No, son de arena fina y blanca, con las aguas turquesas y se pueden ver los pececitos entre tus pies paseando mientras te bañas. Eso es porque están muy limpias, es como un paraíso y todo el mundo se lo pasa genial.

—Papá, ¡vámonos al Caribe!

a

a

o

—No, son de arena fina y blanca, con las aguas turquesas y se pueden ver los pececitos entre tus pies paseando mientras te bañas. Eso es porque están muy limpias, es como un paraíso y todo el mundo se lo pasa genial.

—Papá, ¡vámonos al Caribe!

Capítulo 2



Los días previos al viaje, a Kike no había quién le aguantase.

—¿Cuántos días faltan, papá? Yo ya quiero estar en la playita —me recordaba a cada momento.

—Y yo también, Kike, pero las cosas llevan su tiempo. Papá tiene que buscar los billetes de avión, preparar el equipaje y dejar hecho un buen montón de cosas antes de irnos.

—¿Y dónde dices que están esos billetes de avión? Yo te ayudo a buscarlos, porque igual los has metido en la cesta de la ropa sucia —me decía con su inocencia.

Por fin llegó el día y él disfrutaba lo más grande ya en el aeropuerto. Yo le había comprado una bonita maleta de esas que son correpasillos con la que se divirtió mucho y con la que, también hay que decirlo, estuvo a punto de atropellar a más de un viajero.

—Kike, por Dios, que vas a provocar una desgracia —le advertía yo.

—La desgracia será que no despegue el avión, papá, ¿va a despegar?

—Sí, hijo, pero todo a su debido tiempo —resoplé.

—Pues dile al piloto que, si él está cansado o algo, lo puedes llevar tú, que tú conduces muy bien —reía a carcajadas mientras iba y venía con el dichoso correpasillos.

Después de un vuelo con escala en Madrid abordamos otro con destino a Islas Mauricio, al final me decanté por ese lugar en vez de ir al Caribe, ya que me parecía mucho más relajado para ir con el niño y era una isla de lo más paradisíaca y que estaba perdida en el océano indico.

Yo siempre pensando en lo mejor para Kike. Quería que él se trajese los mejores recuerdos de ese viaje y me dejaría la piel en ello.

El vuelo fue infinitamente largo, parecía que las horas no pasasen, al menos para mí, Kike disfrutaba viendo

dibujitos en su Tablet y cuando no, se lo pasaba durmiendo sin quejarse lo más mínimo.

De hecho, era travieso, pero increíblemente bueno y estaba muy ilusionado con el viaje. Un poquito antes de aterrizar, ya soltó la Tablet y comenzó a hablarme.

—Papá, ¿vamos al sitio más bonito del mundo?

—Sí, Kike, al más bonito.

—¿Y eso es porque yo he sacado muy buenas notas? Me dijiste que si me esforzaba iríamos a un sitio muy chulo, pero no sé si es el más bonito también.

—Sí que lo es, Kike, aunque no tanto como tú.

Hice el jueguecillo ese que tanto le gustaba, cuando yo tiraba de su nariz y le parecía como si me la llevase entre los dedos. Él, con su mirada inocente, seguía mis dedos y luego se echaba mano a la cara para comprobar que su nariz siguiera en su sitio, poniendo gesto de alivio. Luego los dos nos reíamos a carcajadas, estábamos muy compenetrados.

—Papá, ya estamos llegando.

—Sí, hijo —sonreí con resignación.

—Es que te veo nervioso y a mí me gusta el vuelo.

—Será que vas muy entretenido.

—Pero tienes pelis para ver. —Se encogió de hombros.

—Ya vi tres.

—Pero puedes ver más.

—Ya estamos llegando. —Le hice un guiño mientras le removía el pelo.

Era puro nervio mi niño y más que iba atacado por lo que se encontraría. Yo le había contado que en ese sitio se le pasaría pipa y él ya estaba deseado llegar para comprobarlo.

Había elegido un hotel nuevo que estaba destinado a niños y adultos, habiendo actividades para todos por igual, además, contaban con una escuela vacacional en la podías dejar allí a los niños haciendo actividades y monitores que se quedaban a su cargo mientras que sus padres disfrutaban un rato haciendo otras cosas. Estaba genial, él

podría jugar con otros niños y yo, podría tomarme algo por la piscina o playa en plan relajado en algún que otro momento.

A la hora de planear unas vacaciones con crío, es fundamental tener todas esas cosas en cuenta porque, de otro modo, lo que en principio es una gozada puede convertirse en algo mucho más pesado, si no has tenido en cuenta esas cuestiones. Yo lo tenía todo previsto y así saldría de maravilla. No soy de los que dejan cabos sueltos y luego se lamentan de que las cosas no han salido bien.

Aterrizamos y no dudé, tal y como salí de la terminal, en encenderme un cigarrillo. Eran muchas horas sin fumar ; lo necesitaba. Bastante bien lo había llevado, pero llegó mi momento de relax.

—Papá, aquí el sol es diferente —me comentó él, porque Kike era muy observador y, a veces, se daba cuenta de cosas que otros niños no.

—Lo ves todo de un azul más intenso, ¿verdad? —le contesté un poco apartado de él para que no le diese el humo. Eso siempre lo tenía yo muy en cuenta, por supuesto.

—Sí y más brillante —se reía haciendo fotos a la nada con el móvil viejo que le di para que llevase como cámara y que él trataba como un tesoro.

—Brillante eres tú, criatura divina. —Le hice una burla y se moría de la risa. No podía quererle más. Ese niño había llegado a mi vida por total sorpresa sí y, pese a la mucha lata que me daba, yo ya no podría vivir esta vida sin él.

—Papá, ¿vamos a ir andando con las maletas? —me dijo pese a que la suya tuviera ruedas y ya estuviera montando en ella, aunque él sabía lo que quería decir.

—No, hijo, ahora cogemos un taxi, pero que yo sepa tú solo estás cargando una mochilita con tu móvil, Tablet, chuches y algún muñeco. —Levanté la ceja, porque el resto del equipaje lo llevaba en la maletita de ruedas tipo correpasillos.

—Pues termina ya el cigarro.

—Buen comienzo de las vacaciones. —Volteé los ojos causándole una carcajada—. Vaya presión, para uno que me fumo después de un montón de horas.

⁹ Con Kike era así, él no se mordía la lengua y, a menudo, me metía prisa por todo. Yo soy algo más pausado y entonces me limitaba a suspirar y a pensar «la que me ha caído encima».

Un taxi nos acercó hasta el hotel que estaba a poco más de cuarenta minutos, pasamos el trayecto observando la asombrosa isla que contaba con una increíble vegetación y la hacía de lo más exótica, nada que ver con Lanzarote

que era todo un volcán y se reflejaba en los paisajes, cosa que también era maravillosa.

La entrada al hotel fue de lo más divertida ya que nos recibieron con un cóctel para cada uno de esos que tienen un sabor afrutado y te refresca por completo. Al pequeño se le iluminó la cara con esos sorbos y viendo la magnitud del resort desde donde se podía ver la playa, a la que no le faltaba un detalle.

—Papá, esto es el paraíso —me soltó sin ninguna duda.

—Ya te digo, te lo vas a pasar en grande. —Le toqué la cabecita, esa cabecita suya que no paraba de pensar y pensar.

—Y tú, y tú —reía mirándome de lo más emocionado y contento.

Nos acompañaron hasta la habitación donde nos dejaron las maletas y nos desearon una feliz estancia. El pequeño se fue directo a una cesta de frutas que nos habían dejado para darnos la bienvenida.

—Mira, mira, mira, qué de frutas hay aquí y creo que son gratis o hay que pagar un euro por cada una de ellas. Creo que con esto nos lo podemos comer. —Me enseñó la pulsera que nos habían puesto en la recepción de «Todo incluido».

—Claro, todo lo que se coma y se beba ya no se paga, va incluido en el precio. Por eso no te preocupes.

—Y si me quiero comer todas las hamburguesas del hotel ¿qué pasaría?

—Que te irías con unos kilitos de más, pero que no tendrás que soltar ni un euro.

—Pues yo me voy a comer muchas, muchas, muchas. —Se tocó la barriguita intentando sacarla hacia fuera, ya que era un niño muy delgadito.

—Yo sí que te voy a comer a ti —me reí abalanzándome sobre él para tirarlo sobre la cama.

—Me rindo, me rindo —reía, qué feliz estaba. De sobras me valía el esfuerzo, con tal de verle así.

Lo cambié de ropa y le puse el bañador, estábamos a primera hora de la mañana ya que habíamos aterrizado a las siete, y apenas eran las nueve, por lo que teníamos todo el día por delante para disfrutar.

Nos fuimos a desayunar a un bufet del resort y la cara del niño, al ver tanta comida junta, era de hacérsele la boca agua, estaba fascinado con todo y se le reflejaba continuamente en el rostro.

—Papá, todo esto con la pulsera mágica —me comentaba con los ojos abiertos como platos, todo suponía una gran novedad para él y yo feliz de saber que se lo pasaría «chupi», como él decía.

—Sí, hijo, estas pulseras darán para mucho.

n

Pusimos en una bandeja todo lo que nos llamó la atención y salimos para sentarnos en una de las mesas del exterior donde nos trajeron el café y el vaso de leche. Ese no es un sitio para quedarse en el interior, sino para disfrutar de la maravilla que supone desayunar al aire libre.

Rápidamente me di cuenta de que Kike miraba sonriendo a la mesa de al lado donde vi que había un niño más o menos de su edad que también le sonreía y saludaba con la manita. Junto a él una joven de no más de treinta años que debía ser la madre y que también sonrió al pequeño y luego a mí a modo saludo. Le levanté la mano devolviéndole la sonrisa.

Ni dos minutos y ya estaban los niños hablando entre las dos mesas con su desayuno en la mano.

,

—Si queréis. —Extendió la mano señalando a su mesa.

—¿No esperas a nadie? —pregunté por si aparecía el marido o algo y se liaba un problema.

o

—No, estamos solos —contestó sonriendo.

—Mauro. —Extendí mi mano para presentarme.

—Cristina, pero me gusta que me llamen Cris. —Apretó mi mano y nos sentamos cuando trasladé nuestro desayuno de mesa—. Estaba loca por conocer a alguien, llegamos ayer y se pasó el día buscando niños, pero increíblemente y, a pesar de ser un hotel de esa temática, es lo que menos hay. Eso me ha sorprendido, así que acabáis de darnos una alegría.

—No me había dado cuenta, acabamos de llegar hace menos de una hora y todavía no estamos ubicados.

—El hotel es una pasada, no le falta detalle, pero claro, para los niños es un tanto aburrido porque, aunque la escuela esté abierta y estén los monitores, se aburren si están solo con mayores.

—Lo entiendo, pero por mí no hay problema en que coincidan allí en los horarios que os vengán bien.

—¿Habéis venido solos?

—Sí, como vosotros me has dicho, ¿verdad?

—Sí. —Volteó los ojos—. Realmente veníamos con su padre, pero a última hora, como siempre, dijo que no podía. Le lleva prometiendo seis meses hacer un viaje los tres juntos, aunque nosotros estamos separados, bueno, nunca nos casamos, quiero decir que ya no estamos juntos.

—Te entiendo —resoplé porque sabía de buena tinta que no era fácil criar a un hijo solo.

—Pero bueno, no voy a ser cínica, me dio pena por el niño porque le hacía mucha ilusión, pero para mí fue todo un alivio ya que me cae muy mal y nuestra relación, única y exclusivamente, está basada en hablar de las necesidades de Toño —se refirió a su hijo—. De todas maneras, creo que llegará un momento en que no lo verá más, cada vez viene menos a visitarlo porque está viviendo con una chica que tiene cero empatía con el niño.

—Seguro que con el amor que le das tú, cubrirá todas las necesidades.

—Ya, pero bueno, duele, al fin y al cabo, es su padre, pero no puedo obligarlo a ejercer algo que no le nace. Eso sí, en la manutención no falla, se piensa que con eso ya lo cubre todo. Por cierto, ¿y la mamá del tuyo?

—Falleció hace tiempo...

—Lo siento, debió ser muy duro para ti. Entonces lo tuyo es peor y me quejo yo, siempre hay quien lo pasa peor.

—Es una larga historia, pero no, no era mi pareja, realmente el niño es mi hermano de una relación de mi padre, ambos están fallecidos y yo me hice cargo de él hace dos años. Imagino que me vio como su figura paterna, porque me comenzó a llamar así y a mí me pareció que lo necesitaba, no me importó. En realidad, ahora me gusta mucho, yo ya no sabría vivir sin Kike.

—Jo, que bonito. —Lo miró emocionada, ya que estaban jugando en esos momentos a corretear de un lado a otro.

—Bonito y complicado a la vez, pero bonito, al fin y al cabo. Representó toda una sorpresa en mi vida, pero aquí nos tienes, tan hechos ya el uno al otro.

—Es una historia dramática, pero preciosa. Habla muy bien de ti.

—Gracias. De todas formas, creo que no hice nada que no hubiera hecho cualquier otro hermano, no me saques los colores.

—Eso no te lo has creído ni tú, no te quites mérito, que lo tienes. —Me hizo ver.

Cris era una persona que, sin hablar, por las expresiones de su cara, transmitía muchísimo, pero bueno, que charlaba bastante, era una joven divertida y extrovertida, que me vino como anillo al dedo para distraerme allí mientras los niños se hartaban de jugar.

Por lo que decía, también llevaba su propia mochila, de esa no nos salvamos nadie, pero parecía llevarlo bastante bien.

Toño era un mes más pequeño que Kike con lo cual tenían la misma edad y Cris treinta, cinco menos que yo. Por lo que me contó, que ya digo que hablaba sin parar, era una emprendedora que desde hacía dos años tenía su propia tienda *online* que promocionaba a través de las redes y le iba genial, no es que fuese una marca reconocida pero sí que le daba para vivir relajadamente y, como ella decía, al menos para cubrir todas las necesidades de los dos.

Hablaba con emoción de su negocio y eso era algo que me gustaba. Una persona que vive de lo que le apasiona suele transmitir muy buen rollo y alegría, y a ella se le notaba a la legua.

Estuvimos charlando largo y tendido, contándonos muchas cosas y, sobre todo, encantados de ver las buenas migas que hacían aquellos dos.

Toño era un mes más pequeño que Kike con lo cual tenían la misma edad y Cris treinta, cinco menos que yo. Por lo que me contó, que ya digo que hablaba sin parar, era una emprendedora que desde hacía dos años tenía su propia tienda *online* que promocionaba a través de las redes y le iba genial, no es que fuese una marca reconocida pero sí que le daba para vivir relajadamente y, como ella decía, al menos para cubrir todas las necesidades de los dos.

Hablaba con emoción de su negocio y eso era algo que me gustaba. Una persona que vive de lo que le apasiona suele transmitir muy buen rollo y alegría, y a ella se le notaba a la legua.

Estuvimos charlando largo y tendido, contándonos muchas cosas y, sobre todo, encantados de ver las buenas migas que hacían aquellos dos.

Capítulo 3



Los niños nos pidieron ir al barco pirata, que era la escuela de vacaciones del hotel, y es que allí iban a estar entretenido al menos unas horas.

Iban dando brincos de la mano y felices por ir juntos a ese lugar que les llamaba tanto la atención y que sabían que se lo podían pasar en grande, ya que no solo había una amplia sala de juegos sobre la arena, sino que también contaba con una piscina con toboganes y juegos acuáticos vigilados por los monitores.

Los monitores eran de lo más amables y, nada más llegar, les dieron un parche y un gorro pirata a cada uno, además de una espada que, por suerte, era de goma espuma.

—¡En guardia! —le dijo Kike a Toño en cuanto cogió la suya.

—Tu niño ha visto muchas películas —rio Cris.

—Me parece que sí. Kike, mucho cuidadito, no os hagáis daño —le advertí.

—No te preocupes, que con esas espadas no se sacarán un ojo. Tranquilo.

Le dimos nuestros teléfonos para cuando se aburrieran nos pudieran avisar por WhatsApp e ir a por ellos.

Me tuve que echar a reír cuando salimos del barco pirata y Cris se puso a dar saltos y levantar las manos para bailar emocionada, estaba loca por soltar al niño.

—¡Gracias, dirección del hotel por haber puesto este barco! —chillaba a los cuatro vientos.

—¿Tú te llevas comisión o algo? Porque los estás poniendo por las nubes —reía yo.

—¿Comisión? Un plus les pagaría porque lo mantuvieran abierto de día y de noche. Es lo mejor que se ha inventado.

—Veo que hay ganitas de estar a tu aire.

—Lo quiero más que a mi vida, pero vaya día pasé ayer buscando un amiguito, necesito tomar una cerveza sentada en la playa. ¿Te apuntas?

—Claro, ese plan suena bastante bien. Vamos. —Me apunté al instante.

Yo no es que tuviese tantas ganas de soltar a Kike, aunque sí que debo reconocer que aliviaba poder estar a mi bola por el hotel con Cris sin tener siete ojos puestos en el niño, porque ese te la liaba en menos de nada.

—Creo que tú y yo deberíamos de forjar una alianza durante estos días, por el bien de nuestro descanso mental y vacacional. Prometo pagar cada copa que te tomes e invitarte a todas las comidas. —Cruzó los dedos.

—Muy bueno eso —me referí a lo de pagar ya que era un todo incluido.

—¿Hay trato? —Extendió su mano.

—Lo hay. —Se la estreché sonriendo y es que me caía muy bien, demasiado, era de lo más graciosa—. Pero que tú eres muy lista —reí.

—Es que tontos ya hay más que orejas. Solo faltaba una más en el mundo. Deja, deja...

Llegamos a la playa y pedimos en la barra dos cervezas antes de sentarnos en una de las mesas que había frente al mar, a mí me tenía encantado en ese ratito que la estaba conociendo ya que me parecía de lo más divertida.

Además, que el ambiente resultaba de lo más animado y era digno de ser disfrutado en la mejor compañía; en la de alguien que parecía sentirse igualmente a gusto conmigo y con muchas ganas de charlar. Se le notaba lo muy saturada que había estado en las últimas horas con Toño y sin ningún adulto con el que desahogarse.

—Por el relax, que nos dure bastante y no nos reclamen en toda la mañana. —Levantó su copa con una amplia sonrisa y poniendo seguidamente cara de terror mientras apretaba los dientes de lo más simpática.

—Venga —sonreí chocándola y es que tenía razón. Yo amaba a Kike, pero era un grano en el culo que no me dejaba respirar ni lo más mínimo y tener un ratito libre como que hacía bastante bien.

La miré y entonces fue como si derrochásemos complicidad, como si le hubiese dado cuerda y ella estuviera abierta a abrirse en canal conmigo y contarme qué la había llevado hasta ese punto.

—Yo creo que nunca estuve preparada para ser madre, amo a Toño con todo mi corazón, pero se me hace cuesta arriba el llevarlo sola, es más, pienso que este viaje lo preparó el padre para nosotros dos con la excusa de hacer ver que sería en familia, en cierto modo lo hacía para que yo me despejara de alguna forma, pero es egoísmo puro

y duro, para quedarse con el niño no, lo soluciona pagando unas vacaciones para callarme la boca.

—Ya, el típico padre que actúa como un cajero automático y poco más, ¿no? Es que de eso no se trata, la paternidad es mucho más.

—Para los padres responsables, al resto les importa un bledo. A la vista está, ¿tú lo ves por alguna parte? Ni en broma. Un verano más que se escaquea, él todo lo soluciona pagando. Cree que una buena cartera repleta de billetes lo soluciona todo en la vida. Y no es así, tú sabes que no es así.

—¿Y si dejas de pensar en eso y conviertes estos días en algo especial que te sirva para absorber la mejor de las energías? —le propuse porque se notaba que estaba muy saturada, un poco como a punto de explotar y eso no era bueno. Demasiadas decepciones y un montón de responsabilidades sobre sus hombros, eso era lo que llevaba.

—Lo intento, prometo que lo intento. —Me hizo un corazón con sus manos—. Pero es que ayer pasé un día estresante y creí que me iba a volver loca. Menos mal que conoció a Kike y confío en que al menos se diviertan juntos estos días. Yo me conformo con esta paz y este vaso en las manos —reía.

—Seguro, en el momento que están con otros niños pasan a otro estado y se despegan más. No nos necesitan tanto. Ya verás cómo van a lo suyo y no nos enteramos de que tenemos niños en estos días.

—Te vendo a Toño.

—¿Y para qué quiero yo a Toño vendido? —reí.

—Me has entendido, no te hagas el tonto. —Me apuntó con el dedo.

—No harías eso —me reí mientras ella ponía cara de agotada.

—No, claro que no, pero joder que...

—Bridemos otra vez —la corté.

—Eso, mucho mejor —se reía—. Porque si no, comienzo a desvariar e igual termino diciendo cosas de las que luego me pueda arrepentir, que se me calienta el pico.

Cris era una chica monísima, de esas que brillaban por su naturalidad y aunque se pusiera un mal moño, una cola o el pelo suelto, estaba guapísima. Además, que tenía una figura muy bonita y era preciosa, pero se le notaba que estaba cansada de todo, se sentía en un bloqueo de esos que no te dejan ver más allá del estrés al que te sientes sometida.

Por lo que yo veía, y aunque a mí tampoco me resultara del todo fácil, ella lo llevaba mucho peor, como si llevara

una losa muy pesada sobre los hombros y no supiera cómo aligerar el peso.

—¿Y tu familia Cris? —Yo ya le había hablado de la mía durante el desayuno, pero ella no soltó prenda sobre la suya.

—Bueno —una risita con gesto de resignación le salió de golpe—, digamos que están, pero no están. Mis padres son muy mayores, me tuvieron con casi cincuenta años, van a cumplir ochenta y viven en su mundo, no tienen las fuerzas para cuidar de Toño, pero en más de una ocasión se lo quedaron un rato —sonrió con ternura—. Nunca tuvieron más hijos, ni a mí me esperaban después de buscar por diez años, tiempo suficiente para tirar la toalla, pero claro, la vida los sorprendió y aparecí yo... —Se encogió de hombros.

—Seguro que fuiste una gran alegría para ellos.

—Y lo soy, pero claro, ellos quisieran ayudarme más de lo que lo hacen, pero a su edad es imposible y, además, yo no lo permitiría, solo en casos extremos les dejé por un rato al niño. No quiero cargarles con mis problemas. Ellos ya cumplieron su papel, me criaron y ahora es a mí a quien le toca ejercer de madre de Toño cuando tengo ganas, cuando no las tengo y cuando las dejo de tener —me explicó.

—Te entiendo.

—¿Y tú, cuando tienes que dejar al niño que haces?

—Pues aún no se ha dado el caso, al trabajar telemáticamente lo tengo fácil, de todas maneras, tengo una vecina en la casa de al lado que siempre se ofrece por si lo necesito. Así estoy tranquilo porque sé que podría recurrir a ella si me hiciese falta.

—¿Y no te agobias? Yo también trabajo de forma remota, pero, aun así, tengo responsabilidades que atender y siempre es con el niño a cuestas. Por lo que veo, tú lo llevas mejor, tendrás que darme clases...

—Bueno, hay momentos que necesitas relajarte y no estar pendiente todo el rato a él, siempre lo defino como mi grano en el culo —sonreí y a ella le saqué una risilla— pero, por otro lado, pienso que es una época muy bonita de su vida y que quiero que tenga el mejor de los recuerdos, por eso trato de que disfrutemos juntos todo lo posible, aunque no te niego que momentos como este valen su peso en oro, también aprecio el relax de una buena conversación sin críos de por medio.

—Ya, eso sí, pero joder, a veces sueño con una semana de vacaciones o en casa trabajando, pero sin estar pendiente de él. Solo una semana, solo una —suplicó con las manos juntas—. ¿Es mucho pedir?

—Cuando quieras me lo mandas unos días a Lanzarote —bromeé.

—No me digas eso que le compro el billete de vuelta directo para que se vaya con vosotros y ya cuando te aburras

me lo devuelves, eso sí, mínimo siete días, no pienso admitir ni uno menos —nos echamos a reír.

Después de un par de cervezas nos metimos en el agua para darnos un baño. Verla en bikini era todo un espectáculo de esos que te dejan babeando un rato e intentas que se te quite la cara de baboso que se te ha quedado.

Tenía una figura preciosa y lo sabía. Se notaba que era una de esas mujeres que saben sacarse partido y, además, que sus movimientos eran también de esos que hipnotizan a cualquier hombre.

—Qué monada los pececitos de colores —decía mirando hacia sus pies por donde iba pasando un grupo de ellos.

Se le notaban las ganas de disfrutar de todo, como si al estar allí tuviera esa posibilidad de cargar pilas que le ayudaran a sobrellevar mejor la carga cuando las vacaciones terminasen. Su cara de ilusión lucía iluminada y yo tenía que hacer grandes esfuerzos para que no se me notase la de bobo que me salía al mirarla.

—Adóptalos.

—Si hombre, como no tengo bastante con el niño como para tener que cuidar a estos, además están mejor en libertad y en su hábitat —se reía—. ¿Te imaginas? Todo el vuelo con una bolsita con agua y los pececillos dentro. Sería ya el remate de los tomates. Mis nervios no están para eso.

—Toño iba a estar distraído —murmuré aguantando la risa y me tiró un golpe de agua a la cara, absolutamente juguetona, abriendo la caja de los truenos.

No me lo pensé y fui a por ella que corría mar adentro ya que aquello era un plato y tenía una larguísima orilla hasta conseguir que el agua te llegara a la cintura. No veas si corría, me costó alcanzarla, aunque finalmente lo hice y, con una sonrisa en la cara, le demostré que yo también tenía ganas de jugar.

—Y ahora vas a volar —dije mientras avanzaba para que el mar nos cubriera más y la subí a mis brazos para lanzarla hacia el frente.

»

—Hijo putaaaaaaa. —Se le escuchó decir antes de sumergirse, algo que provocó que yo estallase en carcajadas, de la forma tan natural en la que le salió.

Venía flechada para mí, momento que comencé a nadar hacia fuera a toda leche, hasta que ya no podía más por la poca profundidad y tuve que correr para llegar a la arena.

Me senté en la mesa donde estaban nuestras cosas y apareció muerta de risa. Estaba todavía más guapa cuando se reía así, y eso que tal cosa no parecía posible.

» —No te pongo bonito de arena porque voy a manchar las otras mesas, pero te debo una y te la pienso guardar. No

creas que se me va a olvidar, que yo tengo muy buena memoria.

—¿Qué es lo que decías mientras volabas? —Aguanté la risa.

—Hijo de puta, dije hijo de puta y porque no me dio tiempo a decir más cosas, que de lo contrario te hubiera puesto fino.

—Primero me tiraste el agua, me defendí y me insultaste. Creo que no hace falta que te vengues más.

—Que semanita te espera, Mauro, que semanita —asentía sin perder la sonrisa.

—Oye, que yo he venido aquí para descansar. —Me defendí con los brazos en alto.

—¿Para descansar? No veas si pienso darte calor.

Tuve que contener la risa porque ella no lo sabía, pero calor me provocaba un montón, metida en ese bikini que le hacía un cuerpo de diosa, era mirarla y mi cuerpo arder en llamas.

—Sí, sí, para descansar. Y para lograr que tú descanses también.

—Esa parte está mejor, aunque no te salvará de que te haga maldades.

—Ven aquí, respira conmigo —bromeé—. Tú ve expulsando el aire lentamente de los pulmones o te dará un cortocircuito mental.

Mala idea la de referirme a sus pulmones porque al tratar de visualizarlos, lo único que podía mirar eran ese par de razones tuyas que estaban escondidas bajo la minúscula parte superior de su bikini. Y esa visión sí que me daba calor...

creas que se me va a olvidar, que yo tengo muy buena memoria.

—¿Qué es lo que decías mientras volabas? —Aguanté la risa.

—Hijo de puta, dije hijo de puta y porque no me dio tiempo a decir más cosas, que de lo contrario te hubiera puesto fino.

—Primero me tiraste el agua, me defendí y me insultaste. Creo que no hace falta que te vengues más.

—Que semanita te espera, Mauro, que semanita —asentía sin perder la sonrisa.

—Oye, que yo he venido aquí para descansar. —Me defendí con los brazos en alto.

—¿Para descansar? No veas si pienso darte calor.

Tuve que contener la risa porque ella no lo sabía, pero calor me provocaba un montón, metida en ese bikini que le hacía un cuerpo de diosa, era mirarla y mi cuerpo arder en llamas.

—Sí, sí, para descansar. Y para lograr que tú descanses también.

—Esa parte está mejor, aunque no te salvará de que te haga maldades.

—Ven aquí, respira conmigo —bromeé—. Tú ve expulsando el aire lentamente de los pulmones o te dará un cortocircuito mental.

Mala idea la de referirme a sus pulmones porque al tratar de visualizarlos, lo único que podía mirar eran ese par de razones tuyas que estaban escondidas bajo la minúscula parte superior de su bikini. Y esa visión sí que me daba calor...

Capítulo 4



Tuvimos mucha suerte durante toda la mañana en la que no nos llamaron para recoger a los niños y pudimos tomar varias cervezas, además de echar innumerables carcajadas porque si algo tenía claro a estas alturas, es que con Cris iba a tener unas vacaciones de lo más divertidas, había sido todo un descubrimiento y me sentía de lo más afortunado en poder contar con ella estos días.

Cuando nos vieron aparecer comenzaron a lanzarnos juguetes con los que estaban jugando sobre la arena.

—Iros de aquí, no estáis invitados a nuestro barco —dijo Kike.

—No avanzar que nos defenderemos —continuó Toño.

—Tenéis dos hostias a mano abierta que os vais a comer como me volváis a dar con un juguete más —les dijo Cris y la miré aguantando la risa por lo bruta que era, pero vamos, que lo decía en broma y los niños siguieron lanzando cosas.

—¡Kike! —le grité en tono advertencia y se puso una mano a cada lado poniéndose firme y aguantando la risa.

—Queremos comer aquí —dijo Toño, sabiendo que servían menús infantiles con refresco, zumo, agua, hamburguesa, *pizzas* y patatas fritas, lo que ellos quisieran.

—No, vais a venir a comer con nosotros y luego os traemos —les dije seriamente.

—No queremos irnos, son nuestras vacaciones y nuestro barco —dijo enfadado Toño mientras su madre le quitaba todo de las manos.

—Podéis dejarlos y comer tranquilos —comentó un monitor al que se le veía muy simpático.

—Yo te lo regalo, ahora toca convencer a este. —Me señaló a mí causándome una risa suelta.

—Papá, a Toño lo dejan y a mí ¿por qué no? —Se puso las manos en jarras.

—¿Segura? —le pregunté a Cris.

—Por mí no vengo a por ellos hasta las ocho que cierran.

—No cerramos, a las ocho pasamos al aula nocturna, para los padres que tengan ganas de vivir la noche relajadamente, hasta pueden dormir aquí.

—Hostias, las vacaciones de mi vida, estas van a ser las vacaciones de mi vida. —Se puso Cris a aplaudir emocionada y los niños se miraron.

—Creo que mi madre me va a dejar viviendo aquí todos estos días.

—Pues yo me escapo y me vengo contigo —le contestó Kike con una risilla.

—Cualquier cosa nos envías un mensaje —le comenté al chico como dando por zanjado que los críos se quedaban allí.

—Una preguntita ¿os pasó alguna vez que avisasteis a los padres y estos estaban borrachos? —le preguntó con segundas Cris.

—Sí —le respondió el chico con unas risas.

—¿Y qué pasó?

—Siempre que nos encontramos un caso así, nos quedamos en la escuela con los niños hasta que ellos vienen en condiciones para llevárselos, son muchas las noches que han dormido también muchos niños porque a los padres se les pasó venir a por ellos después de tomar algunas copas.

—Creo que no voy a ser la única que no recoge al niño en veinticuatro horas —sonrió de forma nerviosa.

—Qué ojo el mío en escoger este lugar para venir de vacaciones. —Volteé los ojos y le estreché la mano al monitor antes de irnos.

a

—¿Y si le traemos directamente la ropa para todos estos días y que los vayan cambiando? Podrían pasar aquí todas las vacaciones, yo no lo veo tan mala idea. Mira lo bien que los tratan y lo mucho que parece que les gustan los críos, si son un amor estos monitores.

—Cris, por favor, que es tu hijo —me reí.

—Está bajo supervisión de un monitor en un lugar que él está disfrutando y al que no le falta ni atención ni alimentación. ¿Qué te pasa? ¿Quieres ganarte el título de superpadre? —Se llevó la mano a la sien y dio dos

golpecitos—. Esta es la oportunidad de nuestra vida, de manera que te prohíbo que me des la lata, tú te vienes conmigo y chitón, que estás vacaciones, nos las hemos ganado.

—Nada, nada, veremos en qué invertimos tanto tiempo libre. —Apreté los dientes.

—Ya iremos improvisando, se llama desconectar y dejarse llevar. Y no quiero escuchar ni una palabra en contra de eso.

—No, si ahora va a resultar que el nervioso soy yo —reí.

—Me muero de hambre y luego nos vamos a ir a probar toda clase de cócteles a la piscina, que hay una barra con unos camareros que los preparan riquísimos. Ayer precisamente probé un par de ellos y hoy estoy pensando en probar dos más, dos docenas —rio.

1 —Yo prefiero tomar cubatas. —Nos sentamos en el restaurante de la playa y preferí hacer como que no había escuchado su comentario del par de docenas de copas, porque se pondría al borde del coma etílico. Yo prefería pensar que se trataba de una broma, pero por si las moscas...

La miraba en silencio porque sabía que su cabecita estaba pensando y que no tardaría en soltar una de las suyas, seguramente sobre ese par de granujas que habíamos dejado en el barco, a los que no les hacía falta ni el parche, ni el sombrero, ni la espada para ser dos verdaderos piratillas.

—Puedes tomar lo que quieras, yo solo sé que no pienso ir a por el niño hasta que me llamen y eso, probablemente, será después de la cena y para preguntar si seguirán allí, cosa que diré que por supuesto, faltaría más. Debemos de pensar que ellos están de excursión y pasándoselo bomba. Es por su bien —me sonrió con ironía y luego miró al camarero que se había acabado de sentar.

—Por su bien ¿no? ¿Y por el nuestro no?

—Por su bien, al fin y al cabo. Ya que también es por nuestra salud mental y ya se sabe que los niños no pueden estar bien si no lo estamos sus padres, ¿es o no es?

—Tú tratas de ser muy persuasiva, pero yo no lo tengo tan claro.

—Eso es porque te faltan copas. En cuanto te las bebas, lo verás todo clarísimo.

—¿Clarísimo? Yo más bien, cuando voy pasado de copas, lo veo todo borroso.

—Pues yo te advierto desde ya que no pienso dejar que optes al título de padre del año, así que tú verás. Si sigues conmigo es para desvincularte emocionalmente de Kike durante las horas que yo te marque, lo mismo que haré de Toño.

—¿Cómo vamos a desvincularnos emocionalmente de ellos?

—Dejando la mente en blanco y pensando solo en diversión y alcohol, que es lo que harían unos padres responsables.

—Lo de la mente en blanco y lo de las copas hasta te lo puedo comprar, pero que eso sea propio de padres responsables...

—Que sí, que ellos están bien cuidados y ahora los que nos tenemos que cuidar bien somos nosotros, bobo, hazme caso, que yo controlo.

Si es que hasta las maldades que le salían por la boca, lo hacían con gracia, tenía mucho arte, eso que se dice que era una persona salada. Cris podía decir los mayores disparates y hacerme reír a lo grande, sin pensar que hubiera ni una pizquita de maldad en ella.

Nos pedimos un surtido de pescados fritos de la zona que tenían muy buena pinta y que había sobre más mesas, además añadimos de entrante una ensalada local que ya Cris había probado y decía que estaba deliciosa. Acompañamos a la comida con unas cervezas.

—Mauro, esta noche podemos salir de fiesta aquí a la playa, se pone de lo más animada. Lo vi desde la habitación y no nos lo debemos perder. Mauro, contesta, que parece que te he propuesto ir a que nos torture una banda de chinos.

—Te recuerdo que tenemos niños. —Carraspeé mirándola y soltando una risilla por lo de la tortura china.

—Están en el barco pirata, recuerda que nos han pedido la independencia.

—Pero no se les puede dejar allí de la mano de Dios, una cosa es durante el día y otra bien diferente por la noche —opiné porque esa diferencia la veía yo muy clara.

—Con esa sonrisilla con la que me lo dices, es que lo estás barajando, vamos por buen camino. Te hacen falta más copas y también que te sirva una buena ración de mis dotes persuasivas, ¿te he contado ya que siempre me salgo con la mía?

—No te hagas ilusiones. —Arquee la ceja reprimiendo la risa—. De todas maneras, no me importaría quedarme con los niños y que tú salgas por la noche. —Esto era un comentario trampa, quería ver si en cierto modo le apetecía estar conmigo. No voy a negar que me habría decepcionado un poco que aceptase mi propuesta.

; —No, no ¿qué gracia tenía hacerlo sin ti? —Se puso las manos debajo de la barbilla haciéndose la buena y confirmando que sí, que de algún modo le apetecía estar conmigo. Se ponía la cosa interesante.

—Seguro que encuentras a alguien más divertido que yo —provoqué a que me regalase un poco más los oídos o que me diese un palo.

—Pero no que esté tan bueno —se rio nerviosa y a mí se me escapó una sonrisilla de esas que son difíciles de controlar. Me había encantado escuchar eso de su boca.

—Gracias por el piropo. —Le hice un guiño.

ε —No es un piropo es la realidad, Mauro. A ver si te crees que te hablé por el niño, aunque reconozco que le debo al renacuajo el que tú y yo estemos aquí.

—Te han sentado bien las cervezas... —me reí.

—Y tu aparición, Mauro, y tu aparición —reía.

—Entonces lo de los niños era una trampa por lo que veo. —Carraspeé.

—Y bien grande, pero vamos que caíste como las ratas.

^l —Qué bonito... —Me hice el emocionado.

—Pero no te hagas el sueco que noto que me miras mucho de reojo y de arriba abajo, ¿te has pensado que por el hecho de estar estresada también estoy ciega? A mí no se me va ni una, eso puedes tenerlo bien claro.

—¿¡Yo!? Si te miro con mucho cariño.

—¿Vas a decir que no te gusto ni un poquito? —Me la tenía que comer, más arte no podía tener.

—Poquito no, muchísimo, eres preciosa —le aclaré porque no quería perder la oportunidad de decírselo. Ella me lo estaba poniendo a huevo y yo... Yo tenía muchas ganas de que supiera que me parecía un monumento con ^spiernas.

—¿Y tú eres el que quieres ir a por los niños con la de cosas que podemos hacer juntos? —preguntó carcajeando y nerviosa, pero lo había soltado y a mí me encantaba encontrarme con una mujer así, que fuera ella y no esperase solo que los demás tomaran la iniciativa. Cris era clara y directa, capaz de poner a cualquier tío a mil solo con una mirada, cuanto y más con ese comentario.

—Hombre, si me paro a pensar seriamente, puede que hasta me plantee dejar alguna que otra hora de más a Kike.

—Por esos momentos. —Chocó su vaso contra el mío y en vez de dar un trago cogió un trozo de pescado.

Simplemente me encantaba.

No era solo de lo que hablaba, sino la forma en la que lo hacía. Reconozco que, en ciertos momentos, ni siquiera prestaba tanta atención a sus palabras, sino que prefería quedarme mirándola y observar esos gestos de pizpireta que hacía uno detrás de otro, pues gesticulaba mucho, al mismo tiempo que reía sin parar.

Se le formaban unos increíbles hoyuelos en los mofletes cuando se reía, unos que le daban un aire muy simpático a su preciosa cara. Los rayos solares, además, ayudaban, haciendo que su pelo brillase una barbaridad, y ella, en conjunto, era como una muñeca.

De pronto, un crío cogió una pataleta impresionante en una de las mesas cercanas a la nuestra. Tenía un berrinche enorme y hasta golpeaba la mesa, terminando por tirarse al suelo.

—Ay, Dios mío, a mí Toño me formó una así una vez, aunque fue la última —rió recordándolo y poniendo carilla de mala.

—No me quiero ni imaginar lo que pasaría, aunque por tu gesto me temo que te mueres por contármelo, ¿me equivoco mucho?

—Claro que sí, te lo cuento por tu bien, por si te pasa alguna vez con Kike y para que sepas cómo tienes que actuar.

—Vete a saber, no sé si debería taparme bien los oídos.

—De eso nada, tú escucha con esas orejas que tienes para algo.

—¿Les pasa algo a mis orejas? ¿Las ves grandes o despegadas?

—Que no, ni que fueras Dumbo, pero escucha... Yo cogí al niño, que berreaba y daba patadas como si fuera el hijo de la puñetera niña del exorcista y lo llevé del tirón al pediatra.

—¿Y qué? El médico te diría que debías calmarlo hablándole y demás, ¿no?

—Exacto, se nota que te has empapado de manuales de esos para los buenos padres, pero yo le dije que, de eso nada, que si quería que lo calmase él y que yo lo que pretendía era que le pusiera la vacuna de la rabia, que al jodido del niño solo le faltaba echar espuma por la boca.

—¿De la rabia? —Tuve que hacer un gran esfuerzo porque el trago de cerveza que acababa de tomar no saliera despedido de mi boca.

—De la rabia, sí, de la rabia, ¿qué pasa?

—Eres la leche, Cris, eres la leche...

—No, no, la leche que le dieron al niño... Ahora, que también te digo, como el pediatra no me hizo caso, yo miré a Toño y le amenacé con una jeringuilla que tenía en una vitrina, con una aguja que parecía la broca de un taladro. Y santa medicina, no hubo más pamplinas hasta hoy...

—Eres la leche, Cris, eres la leche...

—No, no, la leche que le dieron al niño... Ahora, que también te digo, como el pediatra no me hizo caso, yo miré a Toño y le amenacé con una jeringuilla que tenía en una vitrina, con una aguja que parecía la broca de un taladro. Y santa medicina, no hubo más pamplinas hasta hoy...

Capítulo 5



Dicen que hay personas que llegan a tu vida y la convierten en un jardín de la alegría por su carisma y manera de actuar contigo. Y eso me pasaba con Cris, desde que la había conocido había soltado más carga que en los últimos meses o años.

La comida no es que solo había sido divertida y llena de indirectas, también fue el comienzo a que nuestras miradas ya fuesen en otra dirección, esas que enviaban mensajes sin cesar por ambas partes.

Cuando terminamos de comer nos levantamos para ir hacia la piscina y me atreví a echarle la mano por el hombro y darle un beso en la mejilla. No me lo pensé demasiado, porque si llego a hacerlo me hubiese contenido, y algo me decía que ella estaba receptiva y que nada de eso sería necesario.

—Oh, qué mono eres, a mí me puedes dar todos los besos que quieras —me confesó sin el menor pudor, encantada de la vida y con una preciosa sonrisa en esa cara suya que era para comérsela enterita.

—¿Segura? Te puedo aburrir —le advertí.

—A nadie le amarga un dulce y menos los bombones.

—Eso sí es un piropo. —Carraspeé y la miré de reojo.

Como bien digo, Cris pelos en la lengua no tenía, y me encantaba que fuese así de directa. Las personas que van con estrategias y demás, como si en vez de a disfrutar con alguien fueran a jugar una partida de ajedrez, me pateaban el estómago. Y Cris era todo lo contrario. Ella se mostraba como era y me daba la oportunidad de hacer lo mismo.

Nos metimos en la piscina y nos pusimos en una de las tres barras que había en el interior y en la que no había nadie. Sonaba una música que jamás había escuchado pero que era muy propia para el momento, tenía algo que te adentraba en ella, era como una mezcla de reggae y de música ambiental.

Me encantaba la música y, por el suave contoneo de su cuerpo, pude comprobar que a ella le sucedía lo mismo.

Me senté sobre uno de los taburetes de cemento que había en el agua, pegado en la barra de lado y sorprendentemente ella se metió entre mis piernas, pero mirando hacia el camarero. Le agarré la cintura con una de mis manos mientras pedíamos la bebida. Ella un cóctel recalando que con mucho Ron y yo una ginebra con tónica.

Se giró hacia mí mientras no las servían y fue entonces cuando apoyé mis dos manos en su cintura, su piel era de lo más suave.

—¿No me vas a besar? —preguntó después de unos segundos de mirarla fijamente con una media sonrisa de lado. Lo dicho, ella iba directa al grano y a mí me volvía loco.

—Claro. —Me acerqué a ella y le di un pico, para, acto seguido, mordisquearle el labio inferior antes de volver a besarla mientras esta vez le di un apretón en las nalgas. Por cierto, que las tenía durísimas. Se veía que contaba con una anatomía de esas privilegiadas, todo un portento que me ponía... mejor no digo cómo me ponía.

—Me acaba de entrar un calentón monumental —murmuró con la risilla suelta y girándose para coger su cóctel y darle un trago.

—Eso tiene fácil solución —murmuré en su oído causándole un cosquilleo.

—Acabo de tener un palpito ahí abajo —contestó apretando la cañita con sus dientes y causándome una risilla.

—A sincera no te gana nadie —reí.

—¿Joder qué quieres que te diga, que me golpeó una onda sonora por todas mis partes?

—No sabes lo que me alegra saber que el camarero no nos entiende o iría directo a por el extintor para apagar el fuego.

—Ni que me fuera a importar mucho, vamos que cuando me vaya de aquí, si le he visto no me acuerdo. Pero que si trae el extintor le digo que se lo lleve, que yo ya tengo el mío propio. —Guiñó el ojo mientras miraba hacia mi torso de manera descarada.

—Me encantas, Cris, me encantas —dije atrayéndola hacia mi boca de nuevo.

Si digo que estuvimos tres horas en la piscina en las que, además de no dejar de beber, no faltaron los besos y algún que otro calentón, no estaría exagerando. Eso sí, las horas se me pasaron en un suspiro y yo hubiera querido que no fuese así, porque no me apetecía en absoluto marcharme y salir de esa agua que, entre los dos, íbamos a hacer hervir como si fuera caldo de puchero.

—Debemos ir a por los niños, ducharlos, darles de cenar y luego los dejamos un ratito en el barco mientras

nosotros disfrutamos de unas horas de la noche —le propuse porque, quisiéramos o no, era hora de ir tomando decisiones.

—No quiero verlo, estoy de luna de miel. —Se cruzó de brazos y la cogí por detrás para ir hasta los niños. Si no lo hago así, no la sacan de la piscina ni con una grúa, porque se había apalancado lo más grande.

—Me calientas como una olla exprés y ahora me mandas a por el niño ¿Qué clase de hombre eres? —me preguntaba entre burlas, provocándome a más no poder.

—Todo puede esperar a después de la cena.

—Joder, pues voy a comer con un dolor ahí abajo... —murmuró y me tuve que echar a reír. Solo esas cosas las podía decir alguien como ella y que sonaran de lo más graciosas y nada vulgares.

La bajé cuando estábamos llegando y ahí que vinieron los niños corriendo hacia nosotros al vernos.

—Oh, no, ahora sí se alegran de vernos —dijo a modo protesta.

—Míralos si son dos caramelos.

—Sin azúcar, Mauro, sin azúcar —dijo abriendo sus manos al igual que yo para cogerlos cuando llegaron a nuestra altura.

—Ya nos hemos aburrido, y hemos decidido los dos, que mañana vamos a ir todos juntos a la playa a pasar el día —dijo Toño.

—Me acaba de dar un infarto —le contestó la madre que no dejaba de hacerme reír.

—Papá, mañana todo el día en playa.

—Una cosita, ¿y esta noche? —preguntó Cris presagiando la tragedia.

—A cenar los cuatro y a dormir —contestó Kike mirándome sonriente.

—¿Qué le hice yo al karma para que me trate de esta manera? —resopló—Si yo tenía otros planes y no incluían niños, ¿por qué? —comenzó a preguntarse de lo más trágica.

—Bueno, todo se irá viendo, los niños son muy de cambiar sus ideas por momentos, así que vamos a ducharnos y qué os parece si nos vemos aquí en una hora —les propuse porque yo iba mediando en todo momento, un papel que me encantaba y que hacía con todo el gusto del mundo.

—Vale —contestó poniendo cara de resignación. Para comérsela, era para comérsela. Y el asunto era que yo tenía la misma prisa en comérmela que ella en que lo hiciera, solo que debíamos ir capeando el temporal con los críos.

o—Todo irá bien. —Le hice un guiño y le toqué el pelo a Toño antes de irme con Kike hacia la habitación.

—Papá, Toño es mi nuevo mejor amigo —me contó muy contento.

—Qué bien, hijo. ¿Lo habéis pasado bien? —me interesé porque, a pesar de todo, eso era lo más importante para mí.

—Sí y hemos comido *pizzas* con patatas fritas y *nuggets*.

—Entonces habéis tenido el día redondo.

—Muy redondo. —Abrió los brazos y luego me abrazó con fuerza antes de bajarlo al suelo cuando llegamos a la habitación.

Nos duchamos, vestimos y fuimos al encuentro de Cris y su hijo al mismo lugar en el que nos habíamos despedido, justo a la entrada de la recepción que estaba en medio del resort ya que ellos tenían la habitación en el lado opuesto a la nuestra.

Cuando la vi aparecer con aquella falda corta en color negro que le hacía unas preciosas piernas y una camisa blanca anudada a su barriga, me dieron ganas de ir hacia ella y desnudarla allí mismo, pero me contuve de todos esos deseos que aparecieron por mi cabeza y me limité a darle un apretón en el culo sin que los niños nos vieran y como mensaje, un guiño que le sacó una preciosa sonrisa.

Nos fuimos a cenar a uno de los restaurantes que estaban por los jardines y que tenían mesas en el exterior, la noche estaba preciosa y había que aprovechar esa ligera brisita que era de lo más apetecible.

Pedimos comida de lo más americana: costillas a la barbacoa, hamburguesas, patatas fritas y bolitas de pollo rebozadas. No íbamos a dormir precisamente ligeros, pero una vez al año, no hace daño, además, al estar de vacaciones uno piensa más en disfrutar que en cuidarse que para eso está el resto del año.

Lo que nos reímos con los niños fue poco ya que terminaron llenos de ketchup y mayonesa por toda la ropa, ante la mirada de Cris que le iba a dar un desmayo de pensar en cómo sacar todas esas manchas.

—Mamá, no te preocupes que aquí en el hotel tu pones la ropa en la cestita y te la lavan y dejan nueva.

—Ya, pero te recuerdo que eso no va en el todo incluido, así que intenta no manchar todos los días algo que ayer también la liaste, guapo —le advirtió ella mientras iba expulsando el aire con lentitud de sus pulmones, como yo le indicaba entre risas.

—Corre a mi cargo la lavandería —sonreí para darle algo más de vidilla y para que no se atacase de los nervios.

—Tranquilo que para pagarla me llega, pero joder, es que este niño me sale bien caro —resopló—. Qué despreocupado está el padre —murmuró acercándose un poco para que no se enterasen los niños.

—Paciencia, solo son manchas. —Le apreté la entrepierna.

—Paciencia. ¿Quién es esa de la que todos hablan y yo ni la conozco? —Volteó los ojos.

Después de una cena en la que casi terminamos rodando de todo lo que ingerimos, nos fuimos al chiringuito de la playa donde nos pedimos dos copas y nos sentamos en las hamacas mientras los niños correteaban por la arena.

Todo iba genial, le robaba algunos besos cuando los niños estaban mirando hacia otro lado, mientras, no dejaba de acariciar su espalda y de hacerle algún que otro guiño, pero como decía, todo iba bien hasta que nos dimos cuenta de que los niños estaban sentados jugando en la orilla con la ropa mojada por completo.

—No, de verdad, a este niño se lo mando al padre una temporada en una cajita y con moña, pero sobre todo sin derecho a devolución. —Se puso la mano en la cara en señal de que no podía más. Sí que parecía estresada, la verdad...

—No pasa nada, solo están mojados, luego se secan, se les cambia la ropa interior y a dormir.

—Pero antes los tiendo por las orejas...

—No, me temo que eso no podrás hacerlo. Mejor con una toalla y luego ropita seca.

—Paso, lo dejo directamente en el barco y que hagan lo que quieran con él —reía negando.

—Si quieres me lo dejas a mí que yo le pongo cualquier cosa de Kike y que duerman juntos así tú descansas y te despiertas más animada.

—¿Y a mí me dejas tirada como a un perro? —Se puso la mano en la boca.

—¿Quieres venirte a dormir con nosotros? —pregunté apretándole la nalga.

—Sí, quiero, claro que sí. —Se puso a dar palmaditas—. ¿Tú también tienes dos camas extragrandes?

—Sí —reí.

—Los niños a una y nosotros a otra.

—Me gusta la idea. —Le di un beso ya que los niños estaban corriendo el uno detrás del otro. Se llevaban fenomenal y la idea de dormir juntos segurísimo que les entusiasmaría.

Vinieron con tierra mojada sobre todo el cuerpo y con cara de tener ya sueño, así que les dimos la mano y nos dirigimos a mi habitación donde les quitamos la ropa antes de entrar; los secamos, les pusimos unos bóxers, una camiseta y los acostamos juntos. No tardaron ni cinco minutos en dormirse.

Estaban rendidos y ella miraba hacia el cielo, de lo más simpática.

—Gracias, universo, gracias —decía como si ese fuese el mejor de los regalos. Y es que había que reconocer que esa noche sí que lo era.

2. Nosotros terminamos en el cuarto de baño desnudándonos como si no hubiera un mañana y comenzando a dar rienda suelta a toda esa tensión que habíamos acumulado por el día. Era perfecta y su cuerpo era de lo más deseoso y apetecible.

Su piel, la cual quedó bien sedosa por el aftersun que se aplicó tras la ducha, invitaba a recorrerla con los dedos.

La senté sobre la encimera del lavamanos y metí la cabeza entre sus piernas, quería saborear todo su interior y provocarle el mayor de los placeres. No me anduve con rodeos, pues si los niños se despertaban por casualidad y me dejaban a medio hacer me habría sentido fatal. Quería relajarla y que se llevase la mejor de las impresiones sobre mí en la intimidad. Deseaba convertirme en ese amante con el que Cris quisiera repetir durante todas las noches que estuviésemos allí.

La hice llegar a un orgasmo en el que cayó hacia atrás quedando sin fuerzas, pero no fui benévolo, abrí sus pierna y me metí en ella mientras me agarraba a sus caderas para moverme con mayor facilidad.

La deseaba muchísimo y ella tampoco quiso que me demorara más a la hora de penetrarla. Así me lo susurró justo antes de hacerlo y así me provocó de un modo que logró que hacerla disfrutar se convirtiera en mi objetivo número uno.

De nuevo conseguí que se viera envuelta en otro momento de excitación y deseo. Se la manejaba fácilmente y había mucha química en el momento.

Nuestros movimientos se sincronizaron y notamos muchísima complicidad entre ambos. Sus gemidos me indicaban que iba por el mejor de los caminos. Con ella, en el sexo y fuera de él, me sucedió que tuve la impresión de que nos conociésemos de más tiempo, como si supiera cómo hacerla disfrutar de antemano, descubriendo y estimulando todos sus puntos erógenos, esos capaces de elevarla hasta lo más alto del placer.

Yo había probado su esencia y me lo curré para que volviera a experimentar más orgasmos, más que se contrajera

primero y cayera sin fuerzas después, gozando para mí y sin apartarme la mirada porque, salvo en los contados momentos en los que entrecerró los ojos, me miraba de una forma tan intensa que disparaba mi corazón.

Aguanté todo lo que pude porque quería eternizar ese primer encuentro sexual entre ambos. Lo que deseaba era que ella se quedase con el mejor de los recuerdos, porque tenía la seguridad de que Cris, de una manera o de otra, dejaría huella en mí. Y yo también quería dejarla en ella.

Disfruté tanto como ella de esos momentos en el cuarto de baño en los que, por primera vez, desatamos toda la tensión acumulada entre nosotros. Lo sé porque me costó salir de su interior cuando los dos alcanzamos el alivio a la vez, quedando tendido sobre sus pechos, esos que tenía tan bien puestos y que me provocaron ganas de empezar de nuevo.

Por fin me decidí a salir, tras unos momentos en los que permanecimos mirándonos en silencio... Un silencio que sin decir nada, nos dijo muchas cosas.

Le di una camiseta y yo me puse otra antes de meternos juntos en la cama a dormir y que se dejara caer sobre mi pecho para rodearme con su brazo. Ella derrochaba también gestos de cariño conmigo y yo... Yo me derretía con ella, por lo que dejé que se acomodase y le dediqué un montón de caricias antes de que sus ojos se cerrasen y el sueño la invadiese.

Cuando vi que caía definitivamente, que sus ojos ya no aguantaban más abiertos, le besé la frente antes de darle las buenas noches, esa que sin duda había sido inmejorable.

s

,

n

primero y cayera sin fuerzas después, gozando para mí y sin apartarme la mirada porque, salvo en los contados momentos en los que entrecerró los ojos, me miraba de una forma tan intensa que disparaba mi corazón.

Aguanté todo lo que pude porque quería eternizar ese primer encuentro sexual entre ambos. Lo que deseaba era que ella se quedase con el mejor de los recuerdos, porque tenía la seguridad de que Cris, de una manera o de otra, dejaría huella en mí. Y yo también quería dejarla en ella.

Disfruté tanto como ella de esos momentos en el cuarto de baño en los que, por primera vez, desatamos toda la tensión acumulada entre nosotros. Lo sé porque me costó salir de su interior cuando los dos alcanzamos el alivio a la vez, quedando tendido sobre sus pechos, esos que tenía tan bien puestos y que me provocaron ganas de empezar de nuevo.

Por fin me decidí a salir, tras unos momentos en los que permanecimos mirándonos en silencio... Un silencio que, sin decir nada, nos dijo muchas cosas.

Le di una camiseta y yo me puse otra antes de meternos juntos en la cama a dormir y que se dejara caer sobre mi pecho para rodearme con su brazo. Ella derrochaba también gestos de cariño conmigo y yo... Yo me derretía con ella, por lo que dejé que se acomodase y le dediqué un montón de caricias antes de que sus ojos se cerrasen y el sueño la invadiese.

Cuando vi que caía definitivamente, que sus ojos ya no aguantaban más abiertos, le besé la frente antes de darle las buenas noches, esa que sin duda había sido inmejorable.

Capítulo 6



Los pequeños saltaron sobre nosotros sin esperarlos y cogiéndonos totalmente dormidos.

—¡Habéis dormido juntos, mamá! —gritaba Toño mientras Kike me abrazaba, igualmente contento, porque ellos no estaban acostumbrados a vernos dormir con nadie y todo les pareció una fiesta.

—Sí hijo, me cambiaste por tu amigo y no me quedaba otro sitio donde meterme —le contestó está, intentando volver a la vida y con un argumento que no convencía más que a aquel par de inocentes aprendices de piratillas.

—Papá hemos decidido que queremos ir de nuevo al barco —me informó Kike.

—Dios escuchó mis plegarias —dijo Cris consiguiendo que los niños soltaran una carcajada y es que la habían entendido a la perfección.

—Bien, pues si estamos todos de acuerdo yo no veo que haya el más mínimo problema. —Le guiñé a ella el ojo.

—Es que llegas a ver un problema en eso y mueres, lo sabes, ¿no? —me preguntó de un modo que me hizo pensar que era una suerte que estuviésemos de acuerdo. No digo yo que, de no estarlo, me matase, pero que me daba una paliza era seguro.

Cris se marchó con el pequeño para ir a cambiarse y quedamos en vernos en el bufet del desayuno del día anterior en la misma terraza.

Kike estaba muy feliz de disfrutar con un amiguito de estas vacaciones y la verdad es que habían congeniado muy bien y eran tal para cual. Se distraían muchísimo juntos.

—Es que con Toño me lo paso genial, papá —me decía mientras me daba la manita camino del desayuno—. Yo no quiero que nos vayamos nunca de aquí —me decía de lo más emocionado.

Lo que él no sabía es que no era el único. Yo tampoco quería pensar en tener que volver a casa, pero esa era otra historia y todavía nos faltaba para comenzar a escribirla.

Llegamos antes que ellos y cogimos el desayuno para los cuatro ya que sabíamos lo que a ellos les gustaba, así que cuando llegaron solo nos tuvieron que servir los cafés y unos batidos para los niños que se habían puesto de acuerdo para tomar lo mismo.

—Ni te digo que como te manches te quedas todo el día con la camiseta llena de lamparones —le advirtió Cris a Toño, causando nuestra risa.

—Yo me la quito en el barco mamá, porque allí nos mojamos en la piscina y toboganes. No me hace falta camiseta.

—Vale, pero que no voy a ir a ponerte otra —le advirtió para que tuviera cuidado—. En todo caso, si te la manchas, te la lavas allí mismo en el barco. A ver si tú te crees que los piratas de verdad llevaban lavadora — continuó diciéndole en tono de advertencia.

Toño y Kike se miraban aguantando la risa por saber que no se podían manchar ya que Cris se lo había advertido, pero no valió de nada, diez minutos después se le salió del bote el batido a Kike y se puso perdido él y manchó a Toño.

—¡Mamá fue él! —dijo señalando a Kike que reía sabiendo la que había liado. Mi hijo era así, la liaba parda en la mesa a cada momento. Yo estaba acostumbrado, pero ella lo llevaba peor.

—No voy a ganar para lavandería. —Se llevó la mano a la frente.

—Kike y yo nos haremos cargo de pagarte los gastos por ese concepto que se generen en estos días. —Aguanté la risa—. Él tendrá que abrir su hucha, deberá colaborar...

r —¿Mi hucha? ¿Para comprar detergente? —me preguntó poniendo una carita de esas para hacerse viral, como las que ponen los hijos de los *influencers* que son objeto de reels continuamente.

—A mí con que se queden todos los días en el barco ya me hacen la mujer más feliz del mundo.

—Allí vamos a ir mamá, no te desesperes —decía riendo a carcajadas.

r A mí me encantaba verla con esa desesperación que me causaba tanta gracia porque sus gestos eran buenísimos, así como sus palabras, esas que salían de manera natural y fluida, vamos, que le salían de dentro.

Cris iba más feliz que una perdiz camino de dejarles allí con los monitores, llegamos al barco y nos fuimos un rato a mi habitación a tomar un par de cafés que llevamos nosotros.

Nos pusimos en la terracita sentados y fumando un cigarrillo, ella no dejaba de cruzar los dedos para que hoy también se quedasen los niños allí todo el día. Me encantaba, simplemente me encantaba y, a veces, hasta la

entendía.

Después del café entramos en la habitación, y de nuevo volvimos a dar rienda suelta a ese deseo que sentíamos, pero esta vez en la cama y sin la tensión de que los niños se despertasen y pudiesen vernos. Ese sí que era un verdadero tesoro, no uno pirata, pero sí un tesoro, el poder disfrutar con ella en la intimidad sin miedo a intromisiones.

La desnudé con la tranquilidad que te da pensar que tienes todo el tiempo por delante, regalando mi vista con ese cuerpo suyo que me ponía como una moto con tan solo comenzar a desvestir.

Disfruté lamiendo cada recodo de su piel y haciéndola disfrutar y gemir para mí, era el mejor regalo para mis oídos y estímulos, esos que estaban sensiblemente excitados. Yo notaba cómo mi erección iba en aumento, con solo escuchar sus gemidos me llevaba al límite, haciendo que quisiera estimularla más y más, hasta que el estallido de un orgasmo la asaltase y le dejase esa cara de «no me lo puedo estar pasando mejor» que ella me ponía en la cama y que a mí me elevaba hasta el cielo, era así, ni más ni menos, ella sacaba todo lo mejor de mí y me hacía disfrutar de sus momentos únicos.

Cuando la hice llegar al orgasmo me echó hacia atrás y fue directa a mi miembro, ese que agarró con su mano y lo llevó a su boca causando que la respiración comenzara a agitarse de forma excesiva.

—Está duro, muy duro —me comentó mientras lo miraba como si se muriese por degustarlo, mientras que con su mano ejercía presión sobre él.

—¿Y de quién será la culpa? —le pregunté mientras que ella no dudaba en hacerme ver lo profunda que era su garganta, puesto que se lo introdujo hasta la campanilla, jugando con él y jugando también conmigo, dado que me puso al borde del infarto.

No contenta con la intensidad del momento que me había regalado, se sentó a horcajadas sobre mí y se introdujo mi miembro para luego ponerse a cabalgar con la mayor cara de excitación que había visto hasta el momento. Era la chica más sensual del mundo, sin duda, me causa unos deseos que no llegaban a desaparecer ni culminando el momento.

Preso de esa excitación que ella me produjo y cuya intensidad no bajó hasta que me llegó el alivio, disfruté de cada uno de sus libres movimientos de un modo que me hizo rozar la locura, para terminar, llevándola hacia mí y besándola hasta el infinito cuando por fin se quedó tumbada sobre mi pecho.

Decidimos irnos a la piscina un rato a tomar algo y disfrutar de la mañana, ya a la hora de la comida iríamos al chiringuito de la playa y nos quedaríamos allí para pasar la tarde, pero ahora nos apetecía escuchar música en la barra acuática.

Ni quince minutos dentro y nos llamaron para decirnos que los niños se querían ir. La cara de agotamiento que puso Cris fue de lo más graciosa. La dejé en la piscina y fui a por los enanos para traerlos con nosotros. Lo bueno

es que en esa zona de la barra ellos hacían pie y podían estar bañándose a nuestro lado.

—Mamá, que el monitor de hoy es muy tonto y nos cae mal —le contó Toño cuando llegamos hasta ella.

—Seguro que es un angelito, pero vosotros la tomasteis con él.

—No, no —contestó Kike—, es que nos dice a cada minuto que cuidado. Es muy pesado.

—Aguantaros a vosotros tampoco debe ser fácil —les dije mirándolos a modo reprimenda.

—Si hemos sido muy buenos, casi no hemos hecho nada más que lanzar arena al tobogán.

—Ahí lo tienes —me dijo Cris descubriendo que le habían reñido para que no manchasen la piscina de tierra—. Se acaban de declarar culpables, y eso que no había nadie ni nada que les obligase a ello. Se han descubierto solitos.

—Bueno, pues a jugar y dejarnos tranquilos a los mayores —les dije señalándolos para que se retirasen un poco y nos dejasen espacio porque yo tendría que hacer malabares para que ella estuviera a gusto, pese a que ellos hubieran decidido venirse con nosotros.

—Queremos un cóctel —protestó Toño cruzándose de brazos y poniéndose a modo enfadado.

—Lo que te voy a dar es una colleja increíble, acabáis de desayunar, no hay cóctel hasta dentro de un rato —le dijo Cris, que tenía bastante menos paciencia que yo y a quien le importaba un rábano demostrar que así era. Lo dicho, que ella no disimulaba nada, lo cual me encantaba.

—Pues no nos movemos de aquí. —Se pusieron asimétricos con los brazos cruzados mirando hacia nosotros.

—Yo no puedo, de verdad que no, bendita la gente que se van de vacaciones con niñeras a cuestras. —Volteó los ojos y se dejó caer sobre la barra, como si no pudiese con su vida.

—A ver, ¿queréis jugar o que os mandemos a cada uno a un cuarto? —les pregunté ya en un tono un poco serio porque entendí que, si no, aquel par de traviesillos no me harían ni el más mínimo caso.

—A mi madre la mandas a la habitación y se tira por la ventana, aunque no haya altura —contestó Toño causándonos unas risas a todos, incluida a Cris.

—El niño me conoce bien —bufó— pero vamos, te echas ahora mismo para allá o, no solo no te daré un cóctel luego, sino que tampoco comerás lo que quieras en el almuerzo. Espinacas con espinacas te voy a dar —le advirtió.

—Mamá, eso es una amenaza.

—Lo has entendido bien, veo que eres listo igual que yo. Normal. —Hizo un gestito como de que más espabilada no la había. Y desde luego que no...

—Jo, que injusta es la vida. —Se apartó enfadado y Kike lo siguió.

Ni cinco minutos y nos cayó un montón de agua encima de nosotros y nuestros vasos.

—Ahora sí que los mato —dijo Cris dirigiéndose a Toño al que cogió y lo sentó en el borde de la piscina a la sombra—. Si te mueves de ahí, te juro que te enteras, advertido quedas. Se te acabó el cachondeo por listillo.

Kike le hizo un gesto para que lo sentara a él también y yo tuve que contener la risa. Esos dos, con tal de estar juntos, incluso se prestaban a compartir castigo.

—Relax —dije cuando se acercó y el camarero al ver lo sucedido ya nos estaba preparando otras dos.

—Yo no nací para ser madre, te juro que ni deseo ser rica ni nada, yo solo quiero vivir relajada, pero el karma me la tiene jurada. Y este niño no para quieto, es que no para quieto, ¿qué he hecho yo para que el karma me ponga la pierna encima y no me deje levantar cabeza? —me preguntó poniéndose bizca, algo que me sacó las carcajadas.

—Dentro de un tiempo recordarás todo esto con muchas risas —le comenté en cuanto pude, en cuanto las carcajadas me dejaron.

—Eso sí no estoy encerrada en un psiquiátrico por culpa del niño y del padre del niño, que también puede pasar, ¿te imaginas? Allí con la camisa de fuerza puesta todo el día por culpa de ellos dos, con los trapitos monísimos que tengo y con lo bien que los luzco.

—Tranquila. —Le acaricié el hombro.

—¿Pero no querían el barco? —se preguntó poniendo cara de agotamiento— ¿Ahora qué pasa? ¿Es que acaso se han creído que es el *Titanic* y que se va a hundir? Quien se va a hundir, pero en la miseria, soy yo...

—Venga, que yo me ocuparé de ellos. Te prometo que no es para tanto. Tengo mano con los niños, yo no lo sabía hasta que Kike se vino a vivir conmigo, pero tengo mano con ellos.

—Yo también la tengo, pero larga... Cuando se ponen así, me dan ganas de repartir dos o tres guantazos a diestro y siniestro, al que le toque —decía de nuevo con los ojos bizcos buscando que nos riéramos.

Al final se pusieron a jugar a una diana que habían puesto los animadores fuera de la piscina para adultos y niños, pero como solo estaban ellos dos, se apropiaron de ellas y nos dejaron un buen rato tranquilos en la barra.

A la hora de la comida nos fuimos a la playa donde estaban sirviendo como plato estrella un arroz con marisco que tenía una pinta muy buena y que no dudamos en pedir todos, hasta los niños se la comieron completa.

Luego nos tumbamos en una hamaca mientras ellos jugaban en la arena y se daban un bañito cuando nosotros lo hacíamos, pero estaban más independientes y no tan encima de nosotros.

No fuimos ni a la habitación a cambiarnos cuando llegó la noche ya que habían preparado una barbacoa y fiesta en la playa, así que con los mismos atuendos seguíamos en ella.

En más de una ocasión los niños nos pillaron besándonos y hasta se miraron riéndose, pero llegado ese momento ya hasta nos daba igual, nuestros deseos no nos dejaban que reprimiésemos esos besos que, de algún modo, calmaban un poco la sed del uno hacia el otro.

No creíamos hacerles ningún daño con eso y menos cuando ellos se mostraban totalmente encantados. No podían estarlo más. Y nosotros tampoco...

Volvieron a quedarse a dormir en nuestra habitación, donde, de nuevo, nos metimos en el baño a dar rienda suelta a todo lo contenido antes de irnos a dormir abrazados como la noche anterior.

Ese baño ya valía más por lo que callaba que por el servicio que nos prestaba. En él volví a comprobar que fue el destino quien quiso que yo me encontrase con ese cuerpo suyo, plagado de curvas de esas que dan vértigo, y que se convirtió para mí en el mejor pasatiempo que la isla pudiera ofrecerme. Sus gemidos, esos gemidos que debía reprimir entre aquellas cuatro paredes, entraban por mis oídos y luego retumbaban como si de una melodía se tratara.

Bajo ningún concepto había imaginado lo que me esperaba en este lugar y estas vacaciones, que cada vez me parecían más divertidas y sensuales, las estaba disfrutando a tope y sabía que aún nos quedaban varios días por delante. Con eso me bastaba mientras lo pensaba, llevándola a la cama en brazos, para allí terminar de cubrirla de besos y caricias en tanto llegaba el momento de que los ojos se le cerrasen, algo que no tardó en hacer.

A la hora de la comida nos fuimos a la playa donde estaban sirviendo como plato estrella un arroz con marisco que tenía una pinta muy buena y que no dudamos en pedir todos, hasta los niños se la comieron completa.

Luego nos tumbamos en una hamaca mientras ellos jugaban en la arena y se daban un bañito cuando nosotros lo hacíamos, pero estaban más independientes y no tan encima de nosotros.

No fuimos ni a la habitación a cambiarnos cuando llegó la noche ya que habían preparado una barbacoa y fiesta en la playa, así que con los mismos atuendos seguíamos en ella.

En más de una ocasión los niños nos pillaron besándonos y hasta se miraron riéndose, pero llegado ese momento ya hasta nos daba igual, nuestros deseos no nos dejaban que reprimiésemos esos besos que, de algún modo, calmaban un poco la sed del uno hacia el otro.

No creíamos hacerles ningún daño con eso y menos cuando ellos se mostraban totalmente encantados. No podían estarlo más. Y nosotros tampoco...

Volvieron a quedarse a dormir en nuestra habitación, donde, de nuevo, nos metimos en el baño a dar rienda suelta a todo lo contenido antes de irnos a dormir abrazados como la noche anterior.

Ese baño ya valía más por lo que callaba que por el servicio que nos prestaba. En él volví a comprobar que fue el destino quien quiso que yo me encontrase con ese cuerpo suyo, plagado de curvas de esas que dan vértigo, y que se convirtió para mí en el mejor pasatiempo que la isla pudiera ofrecerme. Sus gemidos, esos gemidos que debía reprimir entre aquellas cuatro paredes, entraban por mis oídos y luego retumbaban como si de una melodía se tratara.

Bajo ningún concepto había imaginado lo que me esperaba en este lugar y estas vacaciones, que cada vez me parecían más divertidas y sensuales, las estaba disfrutando a tope y sabía que aún nos quedaban varios días por delante. Con eso me bastaba mientras lo pensaba, llevándola a la cama en brazos, para allí terminar de cubrirla de besos y caricias en tanto llegaba el momento de que los ojos se le cerrasen, algo que no tardó en hacer.

Capítulo 7



Esta vez nos despertamos antes que ellos y hasta nos dio tiempo a irnos al baño de nuevo y deshacernos en caricias que nos llevaron a volver a unir nuestros cuerpos, esos que eran insaciables.

Cuanto más hacíamos el amor, más queríamos hacerlo. Nuestra atracción no era fatal, como la de la famosa peli, sino totalmente irresistible. Fue solo ver que abría los ojos mirándome con el mismo deseo que yo a ella, y ya estábamos en el baño.

Recorrí su cuerpo con mis dedos, mientras, sentada en la encimera del lavamanos, me miró de esa forma que solía hacerlo cuando me iba a sorprender.

Suerte que era alto, puesto que de otro modo me habría costado más poder penetrarla de espaldas, ya que se le dio la vuelta y colocó sus manos sobre el espejo.

Imposible no excitarse hasta la saciedad viendo su espalda y aquella impresionante forma en la que terminaba, dando lugar a un trasero de esos que, si hubiese sido de una famosa, le habría hecho un seguro. Yo no había visto un trasero tan bien puesto en mi vida, y allí estaba ella, haciendo gestos intencionados para que llevase mis dedos hasta la entrada de su vagina y comprobara que estaba lo suficientemente húmeda como para penetrarla. Y tanto que lo estaba. Me pareció de locura la forma en la que me provocó. Era una diosa del sexo, pura sensualidad y a mí... A mí me sacarían de allí en una ambulancia cualquier día, porque mis ganas de dárselo todo eran tan irrefrenables que me dejaba la piel en ello.

—Cuidado, que me resbalo —me advirtió en el mismo momento en el que se deslizaba hacia abajo, algo que yo tenía totalmente previsto, por lo que la cogí al vuelo.

Me miró con esa pícara sonrisita de medio lado que tanto me gustaba. Realmente, es que de ella me gustaba todo, ¿cómo no me iba a gustar si ciertamente era preciosa?

—Eres mi salvador —murmuró en ese tono que hizo que tuviera que tragar saliva, como si me lo fuese a agradecer.

Lo hizo, su forma de mover el trasero para mí supuso un premio que aceleró mi corazón más de lo que debe ser

sano, sacando de mi interior mis más bajos instintos y penetrándola con fuerza mientras ella me pedía más y más. Todo un maratón del sexo al que no deseábamos ponerle fin.

Justo cuando terminamos escuchamos a los niños que se habían levantado y fingimos que yo estaba ayudando a Cris que había vomitado. Redondo, nos salió redondo. Por su corta edad, eran muy inocentes y se tragaban cualquier cosa, lo que nos alegraba mucho a su madre y a mí.

Durante el desayuno decidimos irnos ese día a perdernos por la isla en un coche de alquiler que yo conduciría. Se pusieron todos muy contentos, incluso Cris, que decía que le apetecía conocer un poco más de ese lugar más allá del resort y todo lo que este ofrecía.

Obvio que el resort era una maravilla, pero también que habría sido un pecado imperdonable el que terminásemos los días de nuestras vacaciones sin explorar sus alrededores, lo cual nos habían recomendado y estábamos deseando hacer. Aparte, que para mí era ideal que los cuatro hiciéramos una excursión, y también para ella, quien se mostraba encantada.

Al final, y después de coger carretera y manta como se diría, hicimos una primera parada en un mercadillo local que era de esos en los que podías pasar deambulando horas viendo ropa, artesanía y esos puestos de comida que llamaban nuestra atención, pero de los que había que tener cuidado con el exceso de picante que usaban como condimento.

A los niños les llamó la atención unas máscaras africanas que realmente eran de decoración para la pared, pero ellos las querían para jugar y ponérselas, a pesar de que les quedaban los ojos tapados porque no tenían hueco, solo el dibujo de este. Lo mejor era verlos con ellas puestas sin poderse mover del sitio. Se las había comprado yo ante una Cris que me decía con la mirada que ni se me ocurriera, pero bueno, tampoco era gran cosa.

—No les puedes comprar lo que pidan así porque sí —protestó cuando comenzamos a salir del mercado.

—Tampoco es que hayan pedido nada más.

—¿Te vas a poner de parte de ellos? —Abrió la boca incrédula y colocó sus manos en jarras.

—No, pero tampoco te voy a dar la razón si no la tienes, es lo único que han pedido y ¿dónde está el problema para que no se lo compre?

—Caprichosos, los vas a volver unos caprichosos. —Volteó los ojos sacándome una gran risilla interior que se dibujaba claramente en mis labios.

—Como tú. —Le hice un guiño y la cara se le convirtió en un globo que iba a reventar.

—¿Caprichosa yo? Si el único capricho que me di en la vida me salió rana —negó mientras rebufaba.

—¿Y cuál fue ese capricho?

—Si te lo cuento eres capaz de dejarnos aquí solos y no llevarnos de vuelta ni al hotel. Te veo cambiando de resort.

—¿Es de tu pasado?

—Sí, claro. Aunque pensándolo bien, tú también eres otro capricho, con destino a convertirse en rana —se rio cor todas sus ganas, le hizo gracia pensarlo.

—Si es del pasado, no tendría por qué enfadarme, no puedes pretender borrar ni lo bueno ni lo malo de la vida de nadie, cada uno tenemos un pasado, mejor o peor... Pero todos lo tenemos y yo soy una persona respetuosa.

—Se nota que quieres que te lo cuente. —No paraba de reír nerviosa.

—Un poco de intriga sí que me ha causado... —Apreté los dientes—. No te voy a engañar. No sé demasiadas cosas de ti y me intriga. Sobre todo, porque pienso que no será ninguna tontería, me huelo que es algo importante.

—Luego dicen que los hombres no son cotillas, pues aquí tenemos el claro ejemplo.

—Papá ¿eres un cotilla? —preguntó Kike con una risa suelta.

—Por lo visto sí, Kike. Yo no lo sabía, pero Cris me acaba de informar de que sí, y Dios me libre de llevarle la contraria —reí.

—¡Qué lo cuente! ¡Qué lo cuente! —gritaba Toño.

—Pero bueno ¿estos niños están en todo? Tal como lleguemos los metemos en el barco y apagamos los móviles.

—Mamá, qué cruel —reía mirando a Kike.

—Ni cruel ni nada. Es lo que pienso, y a quien no le guste, ¡a la cama! ¿A que ahora ya os parece mejor idea la de barco?

Nos dirigimos a un restaurante que habíamos visto en internet y que tenía muy buenas críticas, era un lugar de pescado y marisco a la brasa dentro de una playa preciosa que nos llamó mucho la atención al verla en las fotos.

Toño y Kike corrieron hacia la orilla donde había unos columpios típicos para hacerse fotos idílicas, pero ellos iban al juego y no tardaron en balancearse sobre ellos, había muchos más por la orilla y estaban vacíos así que no molestaban ni hacían esperar a nadie para tirarse su foto de recuerdo.

Nos sentamos y pedimos dos cervezas, yo era la única que me iba a beber hasta llegar al hotel ya que a mí me tocaba conducir, por lo que no pensaba abusar en absoluto del alcohol, como es lógico.

—Entonces, ahora que tú y yo estamos a solas, ¿me vas a contar ese capricho que te salió tan caro?

—Jamás se lo he contado a nadie ¿por qué debería de confiar en ti? —me preguntó como si quisiese que le diera pie a hablar, como si se le fuese mucho en ello. Y lo hice.

1

—Porque, aunque me conozcas de muy poco, sabes que lo puedes hacer—le contesté con el corazón en la mano, entendiendo que ella sabría ver mi sinceridad.

—Eso es jodidamente cierto, me transmites mucha confianza, pero a saber todo lo que hay detrás de ese tipo aparentemente tranquilo y leal. Muchas veces las cosas no son lo que parecen. Primero todo es ideal, como de peli romántica y luego te llevas un palo de peli de terror. —Apretó los dientes.

—No creo que haya mucho detrás de lo que ves en mí, es más, creo que en el primer café me sinceré sobre mi vida, te lo solté todo, ¿sabes?

—Yo no fui totalmente sincera contándote lo del padre de Toño...

—Estás a tiempo de hablar de eso. Y no te sientas mal por no haberlo hecho antes. Tampoco tienes que abrirte en canal con el primer desconocido que llega a tu vida, yo no puedo reprocharte nada.

—Verás, resulta que yo estaba pasando una mala racha, muy mala, de esas que te tocan psicológicamente y que te ves en un túnel sin salida. Trabajos que no te pagan más de mil euros y hechas muchas horas, además de tener que pagar el alquiler, comida y demás... Estaba sobrepasada, frustrada y amargada, así con su rima y todo.

—¿Y qué pasó?

—Alquilé mi vientre...

1—¿Has dado un hijo por gestación subrogada? Cielos, eso no me lo habría imaginado nunca, aunque no es que lo vea mal, que no te juzgo.

—No, no lo di. —Señaló a Toño.

—¿Te lo quedaste? No entiendo nada. —Arqué la ceja esperando que terminara de contarme aquello que parecía un tanto extraño y que, sin embargo, formaba parte de la vida de esa chica de la que me estaba quedando colgado.

—El padre es un afamado empresario en España que decidió tener un hijo de esta manera y que antes de contarlo

en su familia descubrió que la herencia de sus padres venía con una connotación y es que no podía tener hijos fuera del matrimonio o perdería todo el patrimonio derivado de la herencia.

—¿Y pudo romper el contrato así porque sí?

—No, hicimos un acuerdo posterior a él, yo me quedaría al niño como madre soltera, él me pagaría un piso a mi nombre y un salario de dos mil euros al mes de por vida.

—Y aceptaste por lo que veo.

—Sí —sonrió—; lo primero, porque lo pasé muy mal en el embarazo sabiendo que nunca lo podría criar y luego por el capricho de tener una vida mejor, aunque desde el principio lo fue, ya que me ofrecí para gestar a un niño para poder prosperar en la vida de una manera más rápida.

i

—¿Te arrepientes? —Quise saber porque esa era la pregunta del millón.

—No —se rio—, a pesar de querer regalarlo en algunos momentos y desprenderme de él para relajarme, Toño es mi vida. Y yo no lo cambiaría ni por todo el oro del mundo, ahora ya no.

—¿Y qué pasó con el padre?

—Primero venía a verlo, eso sí, todo a escondidas. Luego dejó de venir, de interesarse y comenzó con una chica que era su mano derecha, personal de confianza de su empresa y esta sí sabía esta historia, pero le cae muy mal Toño y siempre tenía gestos feos, así que poco a poco, su papá fue desapareciendo. Luego apareció con lo de este viaje, pero yo sabía que no vendría. Fue un camelo más, así nos quitaba unos días de en medio y limpiaba su conciencia en parte, si es que la tiene.

—No sé qué decir, solo que has ganado tú. —Miré hacia los pequeños.

—Y que soy una desvergonzada...

—Para nada, nadie podemos juzgar las decisiones de los demás ni los motivos que le llevaron a hacerlo. —Le acaricié la mano—. Puedo entender perfectamente por lo que estabas pasando y el marrón que te encontraste después, no es un caso típico.

—Para que veas que no es solo el caso de la famosa el que ha traído cola. La gestación subrogada puede tener muchas variantes...

—Ya lo veo, ya.

—Yo amo a Toño con todo mi corazón, pero a veces pienso que todo se me quedó grande y que no lo hice de la

mejor manera, pero el resultado es él, eso es lo único que me reconforta a pensar que valió la pena, pero pensar lo que acepté un día y que me iba a desprender de él, me hace sentir peor persona —suspiró mientras que trataba de no seguir llorando.

—Oye. —Pegué mi silla a la suya y le cogí la cara para limpiar sus lágrimas—. No te quiero ver así, no debes sentirte culpable para nada, no puedes cargar con una mochila del pasado cuando tienes a Toño y un futuro por delante. Es normal que tengas momentos de bajón, pero tú eres una persona alegre, divertida y me gusta esa chica alocada que suelta las cosas tal y como las piensa.

—¿Te gusta? Pues de eso te vas a hartar, porque yo no sé vivir callándome las cosas, esa es la verdad. Yo las llamo por su nombre. Por ejemplo, el padre de Toño es un capullo y no por el acuerdo al que llegamos, que ese puedo hasta entenderlo con tal de que no perdiera toda su herencia, sino porque parece haberse olvidado por completo de su hijo. Le dedica lo mínimo imprescindible y eso es lo que se llama un capullo integral.

Le di un beso que le sacó una sonrisa y ya vinieron los niños a comer y ella se vino arriba, comenzó a bromear y sacar ese carácter tan suyo y especial con el que me había encandilado.

Se emocionó, Cris se emocionó muchísimo contándome todo aquello y yo tenía que entenderlo, ¿cómo no lo iba a entender? A los dos, en cierto modo, nuestros hijos nos habían cogido por sorpresa: a mí por tenerme que hacer cargo de quien en realidad era mi hermano, y a ella, por quedarse con un hijo que no entraba en sus planes criar. Todo cobraba más sentido entonces y habían encajado muchas más piezas, que me llevaban a pensar que teníamos más cosas en común de las que inicialmente vimos.

mejor manera, pero el resultado es él, eso es lo único que me reconforta a pensar que valió la pena, pero pensar lo que acepté un día y que me iba a desprender de él, me hace sentir peor persona —suspiró mientras que trataba de no seguir llorando.

—Oye. —Pegué mi silla a la suya y le cogí la cara para limpiar sus lágrimas—. No te quiero ver así, no debes sentirte culpable para nada, no puedes cargar con una mochila del pasado cuando tienes a Toño y un futuro por delante. Es normal que tengas momentos de bajón, pero tú eres una persona alegre, divertida y me gusta esa chica alocada que suelta las cosas tal y como las piensa.

—¿Te gusta? Pues de eso te vas a hartar, porque yo no sé vivir callándome las cosas, esa es la verdad. Yo las llamo por su nombre. Por ejemplo, el padre de Toño es un capullo y no por el acuerdo al que llegamos, que ese puedo hasta entenderlo con tal de que no perdiera toda su herencia, sino porque parece haberse olvidado por completo de su hijo. Le dedica lo mínimo imprescindible y eso es lo que se llama un capullo integral.

Le di un beso que le sacó una sonrisa y ya vinieron los niños a comer y ella se vino arriba, comenzó a bromear y sacar ese carácter tan suyo y especial con el que me había encandilado.

Se emocionó, Cris se emocionó muchísimo contándome todo aquello y yo tenía que entenderlo, ¿cómo no lo iba a entender? A los dos, en cierto modo, nuestros hijos nos habían cogido por sorpresa: a mí por tenerme que hacer cargo de quien en realidad era mi hermano, y a ella, por quedarse con un hijo que no entraba en sus planes criar. Todo cobraba más sentido entonces y habían encajado muchas más piezas, que me llevaban a pensar que teníamos más cosas en común de las que inicialmente vimos.

Capítulo 8



Regresamos al hotel a las siete y media de la tarde, nos fuimos a duchar, para luego dejar a los niños cenando en el barco ya que había una fiesta infantil, y así podernos ir los dos a cenar relajadamente y tomar unas copas.

Los dejaríamos allí dando saltos y comenzando a cantar al son de la música y pensé, mientras me arreglaba, que los monitores no estaban pagados, porque tenían tela de curro con aquellos chavalines, los cuales no paraban de hacer diabluras. Y no me refiero solo a Kike y a Toño, por supuesto, sino a todos los demás también, ya que eran muchos los críos que correteaban por el barco como Pedro por su casa mientras los incansables monitores ponían todo el esmero del mundo en que se lo pasasen sensacional sin llegar a hacerse daño. Y es que había llegado la noche anterior un autobús de matrimonios con niños, por lo menos 20 menores que pedían diversión como los nuestros.

De vuelta a mi habitación, pensaba en que lo que Cris me había contado me había dejado un bastante impactado, pero yo no era nadie para juzgarla ni había conseguido que la mirase de otra manera de como lo venía haciendo hasta ahora. Si ese era su temor, bien podía apartarlo de su mente, porque yo prefería ponerme en los zapatos de las personas antes que dictar sentencia en su contra.

Cris me gustaba muchísimo y estaba disfrutando de ella en estas vacaciones que se estaban tornando de lo más divertidas, y es que el tema de los niños y ella daba para mucho, sinceramente me lo pasaba pipa viendo cómo se desesperaba y la de cosas que soltaba por su boca.

Yo no me las esperaba así porque, aunque me hacía muchísima ilusión llevar a Kike a un destino como aquel, imaginé nuestras vacaciones como ideales para desconectar y tal, pero igual un tanto faltas de una compañía que Cris y Toño nos ofrecieron, convirtiéndose en nuestro complemento ideal.

Boquiabierto me quedé cuando fuimos a por ella y su hijo a su habitación y la vi con ese vestido en color blanco de tirantes finitos y largo, era holgado, pero es que parecía una novia desenfadada. Para morirse, qué linda me pareció.

—Estás preciosa —le dije mirándola asombrado sin poder dejar de hacerlo. No me la hubiera imaginado tan deslumbrante, y eso que era consciente de que no había otra más bonita en todo el hotel.

—Este vestido me lo compré en una tienda de estilo ibicenco, me enamoré nada más verlo y tuve la suerte de que estaba en rebajas por treinta euros menos de lo que costaba, total que pagué solo veinticinco, así que ni me lo pensé —sonreía luciéndolo como solo ella lo podía hacer, porque lo cierto es que no imaginaba a nadie en el mundo a quien pudiera sentarle mejor.

—Pues te queda espectacular, ahora te voy a hacer una bonita foto para que la guardes de recuerdo, ¿te parece? —le dije sacando mi móvil y pensando en que esperaba que no se me notase que las manos me temblaban un poco a consecuencia del temblor que me había producido encontrármela así de bonita.

—¡Sí! —Se abalanzó sobre mí y me dio un beso sin acordarse de que los niños miraban, esos que ya nos habían pillado en muchos momentos.

—¡Vivan los novios! —gritó Toño ante la mirada que no nos quitaba de encima Kike y sin perder la sonrisilla.

—Vosotros vais al barco de cabeza —les dije riendo.

—¡Alabado sea el señor! —exclamó Cris por salir ese comentario de mí cuando ella era la que siempre quería dejarlos allí— Por cierto, Kike —se dirigió a mi hijo—, antes, cuando íbamos hacia nuestra habitación, paramos Toño y yo en la tienda del hotel y os compré para mañana una pistola de agua para cada uno.

—Gracias, Cris. —Aplaudió emocionado mirando a Toño, pues los juegos de agua le encantaban y porque, además, si algo tenía mi niño era el ser muy agradecido.

—Gracias. —Le acaricié la espalda por el bonito detalle que había tenido al comprarle también una a Kike.

—Tú las máscaras y yo las pistolas, ¿quién da más?

—¿Tú sabes que estos dos con las pistolas de agua tienen mucho peligro?

—Lo tienen sin ellas, ¿qué más da? —me preguntó risueña y con ganas de salirse con la suya, porque Cris no era de dar su brazo a torcer.

—Bueno, luego no te quiero verte desesperada. —Le apreté la nalga antes de entrar en el barco a saludar a los monitores, esos a los que compadecía. Los niños ya se habían adentrado corriendo sin despedirse de nosotros.

Ese día había por lo menos seis menores más jugueteando por allí y listos para la fiesta en el barco, así que la cosa se presagiaba distraída y según los monitores tres de ellos dormirían allí.

—Pues ya son cinco —le contestó Cris, afirmando que los nuestros también. Al monitor se le escapó una risilla.

—Disfruten y si se quedan no pasa nada, disponemos de bermudas del hotel para los niños para que se puedan

cambiar y dormir cómodos. No hay ningún problema, vivan su gran noche a su aire. Están aquí para eso...

—A Toño como si lo acuestas en calzoncillos.

—Es muy bruta —le dije al monitor entre risas.

La agarré de la mano y nos fuimos de allí después de hablar con los niños y estos confirmaron que se quedarían allí a dormir. Menuda cara de alegría que pusieron. Para ellos suponía toda una novedad y más porque se trataba de dormir en un barco pirata. El sueño de cualquier crío, con eso ya tendrían una emocionante aventura que contarles a sus amiguitos a su vuelta, esa en la que yo prefería no pensar.

En la playa, como solía ser habitual, también había montada una fiesta, y es que allí las solían preparar a menudo, estaba de lo más animada con una iluminación que invitaba a disfrutar al máximo y la música que sonaba era latina, por lo que Cris no dudó en ponerse a bailar nada más pedirnos un par de cervezas, nos pusimos apoyados sobre una barrita independiente de las tantas que había alrededor por la arena.

Yo no podía quitarle ojo de encima y observaba que no era el único, pues eran muchos los hombres a los que los ojos se les iban hacia ella, cosa que me causaba un pellizquito en el estómago que yo aliviaba con la idea de que el resto podría mirarla, pero que ella me eligió a mí para que fuese su acompañante y, además, su amante, en estos inolvidables días.

Se movía de lo más sensual y tenía ritmo, sabía contonear esas caderas al son de esas canciones de moda que bailaba y canturreaba mirándome. Aproveché para tirarle varias fotos de un primer plano que quedaron preciosas.

Me volvía loco verla con esos movimientos tan sensuales y bailando para mí. La rodeé por la cintura y le mordisqueé el labio inferior sin poder contenerme, era pura atracción la que sentía.

—Me estás poniendo como una moto.

—Hoy dormimos sin niños. —Me besó antes de despegarse y ponerse a bailar moviendo sus caderas de nuevo, recordándome que la fiesta sexual comenzaría después de aquella que disfrutaríamos al aire libre.

—Yo hoy duermo en lo alto de una roca si hace falta, pero a tu lado —le dije con sonrisilla incluida.

—Me vas a echar de menos el día que nos separemos rumbo a nuestras casas —me advirtió como si yo no lo hubiese pensado antes, como si no representara para mí un motivo con el que comerme el coco.

—No lo quiero ni pensar. —La volví a pegar a mí.

—¿Me vas a invitar a ir alguna vez? —me preguntó sexy y juguetona, era una provocación andante... era simplemente Cris, porque ella era así.

—Siempre que quieras, allí tenéis vuestra casa.

—A la mía también podéis venir, sin duda alguna —lo dijo un tanto coqueta y a mí me subió el calentón de una manera instantánea.

—Si me lo dices así, estoy allí en nada. Llego yo antes de que lo hagas tú, vaya.

Se marchó por alrededor bailando, moviendo sus caderas y una mano alrededor de su cintura y la otra doblada hacia arriba. Me la comía, simplemente me la comía. ¿Cómo podía despertar tanto en mí?

Un camarero nos dejó sobre la barrita una bandeja de carne a la brasa con un par de salsas, una con picante y la otra no.

Comenzamos a degustarla porque estaba deliciosa y todavía calentita, aunque he decir que ni hambre sentía. Supongo que serían las mariposas, que inundaron todo mi estómago sin dejar sitio para más o, en una versión algo menos cursi, digamos que en aquella velada solo sentía hambre de ella, hambre de Cris.

1

La noche estaba tan perfecta como ella, que no dejaba de bailar sobre la arena sin zapatos y seducirme por completo. Se me caía la baba viéndola. Cada vez que se acercaba yo aprovechaba para pegarla contra mí y besarla mientras tocaba esos glúteos que me tenían taquicárdico.

No podía dejar de contar las horas que nos faltaban para encontrarnos a solas en la habitación, sobre aquella cama que calentaríamos más que las brasas sobre las que hicieron la carne, porque si algo estaba claro es que la temperatura de su cuerpo ascendía a la vez que lo hacía la del mío.

Con ella se me olvidaba hasta mi pasado, las desgracias que sucedieron en mi vida y todo aquello malo que se borraba de un plumazo con una Cris bailando para mí. ¿Que me estaba enamorando? No lo sé, pero de que no iba a pasar desapercibida por mi vida, lo tenía claro.

Y cómo se metía los trozos de pescado en la boca, sabiendo que estaba ocasionando en mí un volcán a punto de reventar hasta tal punto que, a eso de las doce de la noche, la cogí en mis brazos sin que se lo esperase y me la llevé a la habitación mientras ella recordaba que habíamos dejado sus zapatos allí.

Cris se moría de la risa mientras que entre carcajadas me recalaba que sí, que ya era hora de que nos marchásemos, igual que la Cenicienta, solo que ella se iba en brazos del príncipe y que, en lugar de un zapato, perdió los dos.

La dejé sentada en un banquito del jardín y fui a por ellos, cuando regresé me la encontré literalmente durmiendo, y eso he de confesar que no entraba en los capítulos de mi cuento. Sonreí mientras la cogía de nuevo en brazos y ella se agarraba a mi cuello para acomodarse sobre mi pecho.

Fue fácil deshacerme del vestido y acostarla en la cama en la que no tardó en acurrucarse en mí tal como sintió que me había puesto a su lado.

Sonrió sin abrir los ojos y a mí eso me causó algo difícil de explicar, sentía emociones que hacía mucho no había vuelto a experimentar, pero debo reconocer que estas eran hasta mucho más fuertes. ¿Cómo podía conseguir tanto una persona en tan poco tiempo? Eso me venía preguntando constantemente durante este periodo corto de tiempo.

Quedó prácticamente desnuda sobre la cama y yo la miraba con amor. Sí, me di cuenta de que no la miraba solo con deseo, como pudo ocurrir al principio, sino con amor. Y que su cuerpo, ese que aparecía ante mí rabiosamente sexy, era el que más deseaba abrazar en el mundo en esos momentos.

Cuando puse la cabeza sobre la almohada, me la imaginé quejándose al día siguiente por haber perdido la oportunidad de que hiciéramos el amor sin estar allí los niños y, pese a eso, no se me habría ocurrido despertarla. Es más, no lo hubiera hecho por nada del mundo. Si a ella el cuerpo le pedía dormir, yo la dejaría descansar.

,

Me iba a quedar con todas las ganas, pero verla dormir así tan plácidamente entre mis brazos ya me hacía sentir que merecía la pena todo. No quería pensar en que llegase el día en el que nos tuviéramos que despedir y, yéndonos cada uno para nuestra casa, decirnos adiós.

l

No, eso no podía ser, aunque lo cierto es que la realidad mandaba y cada uno teníamos nuestras circunstancias, aparte de nuestros problemas. Me acordaba de sus palabras, comentándome emocionada que nos visitaríamos, y se me rompía el alma, porque, lo supiese Cris o no a esas alturas, yo ya quería algo más con ella.

Fue fácil deshacerme del vestido y acostarla en la cama en la que no tardó en acurrucarse en mí tal como sintió que me había puesto a su lado.

Sonrió sin abrir los ojos y a mí eso me causó algo difícil de explicar, sentía emociones que hacía mucho no había vuelto a experimentar, pero debo reconocer que estas eran hasta mucho más fuertes. ¿Cómo podía conseguir tanto una persona en tan poco tiempo? Eso me venía preguntando constantemente durante este periodo corto de tiempo.

Quedó prácticamente desnuda sobre la cama y yo la miraba con amor. Sí, me di cuenta de que no la miraba solo con deseo, como pudo ocurrir al principio, sino con amor. Y que su cuerpo, ese que aparecía ante mí rabiosamente sexy, era el que más deseaba abrazar en el mundo en esos momentos.

Cuando puse la cabeza sobre la almohada, me la imaginé quejándose al día siguiente por haber perdido la oportunidad de que hiciéramos el amor sin estar allí los niños y, pese a eso, no se me habría ocurrido despertarla. Es más, no lo hubiera hecho por nada del mundo. Si a ella el cuerpo le pedía dormir, yo la dejaría descansar.

Me iba a quedar con todas las ganas, pero verla dormir así tan plácidamente entre mis brazos ya me hacía sentir que merecía la pena todo. No quería pensar en que llegase el día en el que nos tuviéramos que despedir y, yéndonos cada uno para nuestra casa, decirnos adiós.

No, eso no podía ser, aunque lo cierto es que la realidad mandaba y cada uno teníamos nuestras circunstancias, aparte de nuestros problemas. Me acordaba de sus palabras, comentándome emocionada que nos visitaríamos, y se me rompía el alma, porque, lo supiese Cris o no a esas alturas, yo ya quería algo más con ella.

Capítulo 9



Siete de la mañana y un mensaje llegó a mi móvil comunicando que los niños se querían ir del barco. Resoplé apartándome cuidadosamente de Cris que seguía durmiendo tan plácidamente, me vestí y sin hacer ruido fui a por los dos leones.

Me quedé encantado cuando cerré la puerta y comprobé que ella no se había despertado, algo que también conseguí saliendo casi de puntillas de la habitación.

Respiré el aire de la mañana. Eso era algo que me gustaba un montón, si bien he de decir que ese día habría dado lo que no tenía por quedarme un rato más en la cama.

Supongo que arrastraba más sueño que todas las cosas porque la noche anterior tardé más tiempo del habitual en mí en dormirme, debido a que estuve pensando mucho en lo que pasaría conmigo y con Cris el día que el viaje terminase.

—¡Aquí vienen a liberarnos! —gritó Toño a la monitora que había en esos momentos y esta se llevó la mano a la cara.

—Estos dos niños me la tienen jurada desde hace media hora.

—¿Qué os pasa con ella? —pregunté con gesto de enfado.

—Es del equipo de los piratas malos y queremos salir de aquí —dijo Kike, desafiante.

—Menos mal que les ofrecí un buen desayuno que por cierto me rechazaron, si les llegó a ofrecer pan y agua sería el mismísimo diablo —dijo la chica a modo broma causándome una risita.

—Por tu paz mental, me los llevo.

—No, son supergraciosos, pero ya están cansados de estar aquí, además se han levantado a las seis.

—Muchas gracias. —Me despedí de ella cogiendo a cada uno de la mano, pero pronto se soltaron y comenzaron a

corretear.

Ya nos íbamos cuando, de pronto, ella comenzó a dar gritos, llamando a uno de sus compañeros.

—¡George! ¿Dónde estás? —le preguntaba la muchacha extrañada, porque se veía que su compañero no aparecía.

La vi bastante apurada, pues siguió gritando y llamándolo mientras nos alejábamos. Aparte de que no me sentí bien, algo me resultó alarmante en la actitud de nuestros dos renacuajos, por lo que me paré en seco y volví allí. Ellos no paraban de reírse y, aunque negaron saber nada al respecto, yo me escamé.

—¿Te pasa algo? —le pregunté a la chica.

—Mi compañero, que no aparece y es muy raro. Me extraña que se haya ido sin comentarme nada, ¿eso cómo va a ser?

—Igual ha ido al baño o...

—No, hace ya un rato que me extrañó que no estuviese, lo que pasa es que ahora he caído en que sigue sin aparecer y ya me cuadra menos.

—Niños, ¿seguro que vosotros no le habéis visto? —le pregunté a aquel par de traviesillos.

—Papá, habrá ido al baño y le estará costando hacer caca, como me pasa a mí cuando no como fruta —me soltó mi niño llevándose la mano a la boca.

—¿Le escuchasteis decir que iba al baño?

—No, pero igual ha ido. A mí, cuando voy con prisa, no me da tiempo a avisar a nadie. Y mi madre me dice que mejor, que no avise pero que no me lo haga encima, porque entonces ella no responde, eso es lo que dice —siguic hablando Toño, aunque las miradas de complicidad de los dos me decían que allí algo olía mal y no en relación con que el monitor hubiese ido al baño.

—¿Tú has mirado bien en todo el barco? —le pregunté a la chica.

1

—He mirado en las habitaciones de los niños y por aquí fuera. El barco es grande, pero tampoco me puedo aparta demasiado porque no debo dejar solos a los chicos que todavía duermen.

—No te preocupes, que nosotros te ayudaremos. Venga, niños, ¡a buscar conmigo! —les ordené.

—Papá, es que nosotros ya nos queremos ir. Y George aparecerá, si también es el del equipo de los piratas malos, y ese es el peor de todos, por eso...

Observé cómo en ese momento, Toño le daba un pisotón y Kike se callaba.

—¿Por eso qué? Habla, Kike, ¿le habéis hecho algo? —le pregunté temeroso porque aquellos dos se embalaban mucho juntos.

—A lo mejor le hemos amordazado un poco. —Le salió vocecita de no haber roto un plato y yo me quedé al borde de que me pusieran una pastillita debajo de la lengua.

—¿Amordazado un poco? ¿Dónde?

—Igual allí. —Señaló Toño a uno de los mástiles del barco, entendiendo que era hora de que él también hablase, porque de otro modo se metería en un buen lío.

No pisé la cubierta del barco, para mí que llegué volando ante la atenta mirada de la monitora, que tampoco daba crédito y que volaba conmigo.

Le dimos la vuelta al mástil y comprobamos que no solo lo habían amordazado con un pañuelo de los que los monitores utilizaban para el pelo, en plan pirata, sino que le habían maniatado con una cuerda al mástil, por lo que el tipo estaba que se le salían los ojos y sin poder moverse.

Mirándolo incrédulo, le solté de inmediato, si bien él lo que soltó fue su lengua. Normal, otro habría soltado hasta su mano a pasear, ¿qué más podía yo pedir?

—¡Han sido ellos! ¡Han sido esos dos pequeños delincuentes! —Los señaló con el dedo.

—Menos mal, para mí que habías dejado el trabajo —resopló su compañera como no dándole la más mínima importancia. Otra a la que le faltaba un hervor.

—Papá, que no somos delincuentes. Solo que él se sentó y vimos que se quedaba medio dormido. Y como es un pirata malo, pues decidimos que uno menos —me contaron tan tranquilos.

—Sí que es verdad, lo confieso. Me han dado una noche que no veas entre todos y me noté mareado. Me senté aquí y, mientras me iba quedando dormido, noté que me aprisionaban las manos. Y luego, cuando quise gritar, me pusieron el pañuelo en la boca y por poco me ahogan. Me han causado un trauma, tendré que pedir la baja laboral —se quejaba.

—No seas tú tan tiquismiquis, si te quieres ir, vete y ya, que parece que este trabajo no te gusta demasiado —le advirtió su compañera, que como con ella no iba la cosa...

Después de pedirles perdón de mil maneras, me largué de allí con ellos mientras les echaba una buena bronca por

el camino. La verdad es que el tío era el único de los monitores que no parecía tan amable como el resto y que le habían dado lo suyo, por lo que me reía para mis adentros, aunque no pudiera hacérselo ver. El caso es que les dieron una especie de esposas para jugar que fueron las que le pusieron, pero que me daba a mí un pálpito de que estaba algo pasado de copas, no sé, no le vi muy buena cara y eso en cierto modo me preocupaba ya que debía de cuidar a menores.

¶ Paré en el bufet y les cogí dos tetrabrik de batido para que lo tomasen en la habitación mientras Cris se despertaba y se vestía para irnos a desayunar. Cuando llegamos no tardó en abrir los ojos por culpa de los niños que entraron chillando a pesar de que les había advertido de que no los hicieran.

—¿Qué hacen estos dos monos aquí? —preguntó con cara de agotamiento.

—Me avisaron de que querían irse del barco —le dije dejando la explicación de la trastada que habían hecho para un poco más tarde.

—No nos dejan ni despertar felices.

—¿Has dormido con tu novio, mamá?

,

Ni le respondió automáticamente le lanzó la almohada a la cara y eso fue el comienzo de una guerra en que volaron todas las almohadas y cojines de las dos camas. Yo me limité a salir hacia fuera a fumar un cigarro y ver desde la barrera lo que pasaba dentro.

Nos marchamos a desayunar con una Cris que me ponía todo tipo de caras de resignación y que a mí me provocaban mil sonrisas.

—Me encanta esta tortilla —dijo Kike, señalando una que estaba haciendo en ese momento uno de los cocineros.

—Y a mí —respondió Toño.

Al final terminamos pidiendo cuatro con queso y trozos de embutido de pavo, además de coger un poco de guacamole para poner de base en la tostada.

¶ —Esto se llama desayuno fitness —gimió Cris con el primer bocado.

—Esto se llama que me voy a poner llenito, llenito. —Se tocó Kike la barriga mientras Toño lo miraba sonriente.

—¿Qué plan tenemos hoy? —preguntó Cris haciendo un gesto por los niños.

—¿Piscina?

—¡Sí! —gritaron los niños al unísono.

—Verás, Cris, antes de decidir el plan, deberías saber una cosita que ha pasado esta mañana —le conté todo lo ocurrido y ella se santiguaba poniendo caras.

—Santa Madre de Dios, ¿es que estos niños están poseídos o algo? Van a lograr que nos echen del hotel —me decía, aunque, muy en el fondo, tenía que aguantar la risa porque le pareció una trastada de lo más ingeniosa. Por lo que me comentó después, ella se había dado cuenta de que ese monitor no les caía igual de bien.

Ni diez minutos más tarde, ya estaban cambiando de opinión y pidiendo barco, nos tenían locos con esos cambios de planes que ellos iban manejando a su antojo. Cris se puso a aplaudir haciéndose la emocionada y como secándose las lágrimas, aunque yo no las tenía todas conmigo de que los fueran a aceptar.

Lo más gracioso fue que los monitores los recibieron con palmas y levantando las manos como si les hiciera especial ilusión, pero no tanto como Cris que salía dando saltitos y levantando los brazos a modo felicidad. Por lo visto, el tal George pidió la cuenta y ellos encantados, por lo que los recibieron como a dos pequeños héroes, lo que les faltaba.

Traspasamos la puerta, agarró mi mano y comenzó a tirar de mí en dirección a su habitación. Se notaba que al igual que yo se había quedado por la mañana con ganas de esos momentos tan fogosos que estábamos viviendo.

Fue adentrarnos en su habitación y comenzamos a desnudarnos de manera rápida, parecía que el tiempo jugaba en nuestra contra y nada que ver con la realidad, era la tensión que habíamos acumulado desde la noche anterior.

La alcé a mis caderas y la penetré de una estocada, ella estaba enganchada a mi cuello pidiendo más, me encantaba provocar esa sensual locura que se desataba en Cris.

Ella gemía y gemía al mismo tiempo que un primer orgasmo la llevó a apretar de una manera muy fuerte su vagina, provocando que se estrechase y causándome un placer que me estremeció por completo.

Luego de hacerlo allí mismo nos metimos en la ducha donde me dediqué a acariciarla y meterme entre sus piernas para volverla a elevar de otra manera.

Con Cris me apetecía pasar largos ratos disfrutando de nuestros cuerpos y ocasionarnos esos placeres que juntos estábamos experimentando y es que yo notaba que, a ella, le producían tantas sensaciones como a mí.

Luego nos fuimos a la piscina, llevaba un bañador blanco como de bordados pequeñitos de flores, le quedaba de lo más sensual además de lo que le favorecía con ese tono moreno que tenía su piel.

—Te voy a echar mucho de menos cuando nos vayamos —le dije chocando mi cerveza contra la suya.

—Yo estoy pensando en cambiar el vuelo para irme un día después como vosotros, además miré en el móvil y me dan también la posibilidad de añadir la noche extra.

—Hazlo, yo te lo pago —le dije convencido de que no quería que se marchase un día antes que yo.

—Nueve días se quedan cortos —se rio.

—Aún nos quedan muchos por delante, pero por favor, cámbialo —insistí.

No dudó en coger su móvil y cambiar el día de salida, lo bueno es que como yo hacía escala en Madrid, volábamos con la misma compañía y el mismo vuelo. Los niños se iban a poner muy contentos cuando se enterasen, no tanto como yo, que la tendría conmigo hasta llegar a España donde nos despediríamos para yo abordar otro vuelo para la isla.

Estaba feliz, dichosamente feliz y ella era el motivo, jamás imaginé que iba a pasar unos días de tanta intensidad y solo de pensar que en un principio me quería ir al Caribe me ponía malo, si lo hubiera hecho, me hubiese perdido todo esto.

A la hora de la comida nos fuimos a la playa y justamente cuando nos sentamos pasaba un vendedor ambulante de pulseritas de madera de colores que llamaron su atención. Le compré tres diferentes que no dudó en colocarse de lo más feliz, como si fueran el símbolo de eso que comenzaba a surgir entre ambos.

—Las conservaré como un gran recuerdo de este viaje —sonrió mientras las miraba como le quedaban en su mano.

—Me alegra que quieras conservar recuerdos.

—Si te soy sincera, odio que vivas en una isla, es como si no fuera a tener muchas posibilidades de volverte a ver.
—Se entristeció.

—Seguro que no será así, yo espero volverte a ver, sinceramente. No te pongas triste, te lo pido por favor. No podría soportarlo.

—Nunca me sentí con alguien tan cómoda. —Se estaba sincerando demasiado y por su rostro, se notaba que no era nada fingido y que le salía del corazón, lo mismo que a mí, a quien me provocaba hablarle desde el alma.

—Yo tengo la misma sensación, Cris —sonreí.

—Si no fuera porque mis padres son muy mayores, hasta me planteaba irme a vivir allí como vecina tuya; alquilo mi casa y me sale gratis la de allí —se rio de manera triste—. Mi tienda la puedo gestionar desde cualquier parte del mundo.

—Si te soy sincero, creo que pasará algo que nos unirá.

—¿Lo crees?

—No sé, me gustaría pensar que es así.

—Yo también, hasta miré precios de vuelos para visitaros este mismo verano unos días. Me encantaría hacerlo.

—¿De verdad?

—Jo, es que me siento muy cómoda a tu lado y es como si los vacíos que viniese sintiendo, hubieran desaparecido por completo.

—Es muy bonito lo que has dicho. —Le agarré la mano por encima de la mesa.

—¿Por qué tengo tan mala suerte en la vida que cuando algo bonito me pasa me tengo que separar?

—Cris —le acaricié la mejilla—, todo esto puede ser el comienzo de algo, solo hay que dejarse llevar. No quieras solucionarlo todo ahora porque eso no será posible.

—Pero esto nos lleva a ti para Lanzarote y a mí para Cáceres, allí con toda la calor —resopló.

—Has dicho que has mirado vuelos, te puedes plantear pasar allí una parte de lo que queda del verano, como si quieres pasarlo entero.

—Y luego volver a regresar con el corazón más contraído, no sé, si esto sé que me va a afectar, pasar una temporada en tu casa, me puede luego matar.

—Por esa regla de tres, no quieres que nos volvamos a ver.

—No es eso, pero pienso en las consecuencias psicológicas que luego me quedaran. —Se puso bizca y me causó una risilla.

—Cuando llegues a tu casa y estés unos días, ahí te darás cuenta a donde te quiere llevar tu corazón.

—Junto a ti, eso no me hace falta que pase para saberlo.

—En esos momentos, será cuando de verdad puedas decidir, pero, créeme si te digo que te esperaré con los brazos abiertos.

—Bueno aún nos quedan unos días para irnos. ¡Por ellos! —Levantó su cerveza para brindar.

—Por estos días y porque no pierdas esa preciosa sonrisa.

Me gustaba que se hubiera sincerado de esa manera, sentía que se acababa de abrir al cien por cien y yo necesitaba también escucharlo pues mis sentimientos estaban avanzando a pasos agigantados, pero claro, teníamos dos vidas distintas, yo en Lanzarote y ella en su ciudad con unos padres que vivían allí a las afueras en el campo. Que no lo teníamos fácil, no lo teníamos...

De que yo me pudiera mover, claro que podría, pero estaba convencido de criar a Kike en la isla, me gustaba ese ambiente relajado que se respiraba y no sé, pensar en abandonar esas cosas que daba por sentado por un amor de cuatro días, me parecía toda una locura. ¿Que merecería la pena? Podría ser, pero era muy poco tiempo para jugárselo todo al amor.

—Bueno aún nos quedan unos días para irnos. ¡Por ellos! —Levantó su cerveza para brindar.

—Por estos días y porque no pierdas esa preciosa sonrisa.

Me gustaba que se hubiera sincerado de esa manera, sentía que se acababa de abrir al cien por cien y yo necesitaba también escucharlo pues mis sentimientos estaban avanzando a pasos agigantados, pero claro, teníamos dos vidas distintas, yo en Lanzarote y ella en su ciudad con unos padres que vivían allí a las afueras en el campo. Que no lo teníamos fácil, no lo teníamos...

De que yo me pudiera mover, claro que podría, pero estaba convencido de criar a Kike en la isla, me gustaba ese ambiente relajado que se respiraba y no sé, pensar en abandonar esas cosas que daba por sentado por un amor de cuatro días, me parecía toda una locura. ¿Que merecería la pena? Podría ser, pero era muy poco tiempo para jugárselo todo al amor.

Capítulo 10



Después de comer le propuse ir a por los niños e ir a visitar la Cascada de Chamarel y la tierra de los siete colores

—No tengo ni idea de lo que es, pero suena muy bien —murmuró como si la idea le gustase bastante.

—¿No sabes lo que es una cascada? —Carraspeé para acto seguido reírme.

—Sí, pero no eso de los siete colores.

—Creo que te va a gustar. —Le hice un gesto con la cabeza para ir a buscar a los peques.

Ella no las tenía todas consigo de que esa fuese la mejor idea, por lo que iba por el camino renegando graciosamente, como era su costumbre.

—¿Llevas el agua bendita en la mochila? —me preguntó.

—No seas mala. En realidad, sabes que son dos angelitos...

—¿Dos angelitos? Por Dios bendito, si parecen estar poseídos. No paran y en mí provocan claros síntomas...

—¿Qué síntomas? —le pregunté sabiendo que lo siguiente sería explotar en una carcajada, porque con ella siempre me pasaba.

—Claros síntomas como que el cuello me dé vueltas completas cada vez que los perdemos de vista, así como que hable en idiomas que ni yo misma sabía que hablara —me decía con todo el convencimiento. Vamos, que cualquiera que la escuchase bien podría pensar que estaba hablando en serio.

En momentos así, yo cogía mi estómago y me doblaba en dos de la risa. En mi vida diaria, en Lanzarote, no es que fuese un alma en pena ni mucho menos, aunque lo cierto es que tampoco me reía tantísimo como allí con ella. Cri era una explosión de mujer, nada que ver con nadie que yo hubiese conocido hasta entonces.

Llegamos al barco y miramos hacia arriba. Ella lo hizo con la simple intención de comprobar si los veía, poniéndose una mano a modo de visera. Yo, sin embargo, recé para que no la hubiesen liado de nuevo, que esos dos juntos eran capaces de cualquier cosa, incluso de liarla más de lo que se le podía ocurrir a un adulto.

—¡Vienen los enemigos! —gritó Kike levantando su espada de goma espuma. Esa tranquilidad me quedaba, que con ella no podía ensartar a nadie.

—¡A por ellos! —Levantó Toño la suya y vinieron flechados a darnos con ellas, cosa que nos tuvimos que poner en posición de defensa y frenarlos a tiempo mientras reíamos a carcajadas.

Ella, como era de esperar, no tardó demasiado en volver a decir una de las suyas.

—Menos mal que no os han dado una de verdad porque, si no, acabamos las vacaciones en la cárcel o en el hospital. Tenéis más peligro con las espadas que dos monos con dos pistolas.

—Mamá, no somos monos —se quejó Toño.

—Eso, no lo somos, Cris —le siguió el rollo Kike.

—¿No? Pues venga, monos, arreando que es gerundio —repitió ella para hacerlos rabiar un poquillo, que le encantaba e inició una especie de paso militar para que ellos la siguieran.

—Estás desfilando, estás desfilando —le decía su hijo.

—Yo no sé desfilas, me quedo aquí. —Se plantó Kike.

—Como no echéis a andar ahora mismo, yo solo os digo que se va a liar —les advirtió ella—. Se me está acabando la paciencia y eso es raro en mí —continuó diciendo y causó nuestras risas. Por supuesto que hasta los críos entendían que el día que repartieron la paciencia con ellos, Cris debía estar haciéndose la manicura o algo, porque de esa apenas le tocó.

Total, que ellos se plantaron y nos desafiaron. En esta ocasión sí que se libró una guerra contra ellos porque se negaban a venir y como le decíamos, no era una opción, era una obligación.

Sin más, y cuando ya se pusieron un poco patosos, ella me aclaró cómo nos los llevaríamos.

—Coge al tuyo de las manos y tira, que yo haré lo mismo.

e

s

—No nos los podemos llevar a rastras, Cris, por el amor de Dios —le dije con la lagrimilla saliendo de mis ojos de la risa que me estaba entrando.

—¿No podemos? ¿Y eso dónde lo dice? Porque yo no veo ningún cartel que lo advierta. Y no hagas el chistecito del oculista porque yo mis revisiones las llevo al día de todo. Hasta las de ahí abajo —me comentó y se echó a reír sin más, lo mismo que yo.

Viendo el plan, pues ella estaba más que dispuesta a llevárselos a ambos a rastras, accedieron a venir, pero se pasaron todo el camino hasta el coche pidiendo socorro y diciendo que los estaban secuestrando, menos mal que con la cara de pillos y risillas, no les creía nadie, bueno, realmente ni lo entendían porque la mayoría de los turistas eran de habla francesa o inglesa.

—Os calláis todo el camino —dijo abrochando a los niños en el sillón de atrás en las sillas— o me giro y comienzo a dar pellizcos que no os dejo ni el trozo de carne.

—¿Nos callamos o no nos callamos? —desafió Toño a su madre cuando yo estaba arrancando el coche y lo miré por el espejo interior.

—Si dices una palabra, te dejo sin Tablet todo el verano.

—Eso es muy injusto, vale que un día o dos, pero todo el verano es mucho. —Se cruzó de brazos.

—Deberíamos haberlos dejado en el barco. —Se llevó las manos a la cara mientras negaba. Me encantaban esos gestos.

—Que no, que lo pasaremos genial todos juntos —opinaba yo quitándole algo de hierro al asunto y mirando a los críos mientras les rogaba que se portaran bien, algo de lo que no parecían demasiado convencidos. En el fondo, le encantaba la marcha y escuchar a Cris, que ella les dijera cosas, algo que no era nada difícil, por otra parte.

Aquella zona en la que nos adentramos tan salvaje para llegar al mirador de las cascadas era un pasada de belleza que te ponía los vellitos de punta al sentirte en medio de ese bosque tropical.

Fue llegar y comprobar que tuvimos una idea genial al escaparnos para contemplar un sitio así. Eso sería lo que nos quedaría de aquel viaje: todo lo que viésemos por los alrededores, así como el sinfín de momentos que compartiéramos los unos en compañía de los otros, por muy disparatados que fuesen.

Nos dirigimos a uno de los miradores de la cascada que nos sorprendió con esas impresionantes vistas a ella.

—Que rollo, nos sacan del barco para ver cómo tiran agua desde ahí arriba —dijo Toño.

—Sí, seguro que son varios hombres con muchos cubos.

—Pues a ver si les da por tirar cervezas —murmuró Cris mientras negaba.

Me reí, ¿cómo no iba a reírme? Si no decía una pamplina el uno, la decía el otro y el caso era que, encima, Cris siempre cerraba la conversación con un disparate todavía más grande.

Luego nos paramos para ver de cerca las dunas de diferentes colores que se forman por varios tipos de minerales que, al no estar mezclados, regalaban esa visión única y sorprendente.

Allí nos echamos mogollón de fotografías, porque el efecto era increíble y esas fotos sí que serían especiales, aunque, pensándolo bien, todas las que nos llevásemos de allí lo serían, en un sentido o en otro.

Y como sorpresa para los niños los llevamos a visitar un parque de tortugas gigantes en el que disfrutaron un montón y les echamos decenas de fotos también.

Ellos estaban muy entusiasmados y nosotros no les quitábamos ojo de encima, particularmente yo, que no me fiaba ni un pelo de aquel par de revoltosos capaces de crear hasta un conflicto internacional y que nos hiciéramos virales si alguien nos grababa.

De allí nos fuimos a un restaurante a cenar que nos llamó la atención al pasar de vuelta por allí y es que era tipo Burger King, con mesas por fuera y se veían los carteles de los menús de lo más llamativos, incluso había un parque de juegos.

—Mamá, Toño me ha sacado la lengua —le dijo Kike por inercia.

—Hostias, lo que me faltaba, dos hijos. —Se echó a reír mientras se deslizaba sobre la silla haciéndose la abatida.
s

—Pues si tú le dices a mi madre mamá, yo le digo a tu padre papá.

—Venga, ya cobré yo también —me reí.

—Pero que alguien haga algo, que me sacó la lengua.

—Kike, te la enseñó, no te sacó la tuya a tirones, que eso habría sido peor —se rio ella.

—También puedo hacerlo —le dijo el otro tratando de que abriera la boca y tirar de su lengua.

—¡Que me dejes! —Se defendió Kike.

—¿Y ahora os vais a enfadar? —le pregunté a modo reprimenda.

—Ya no te quiero —le dijo Toño.

—Pues ya no eres mi mejor amigo, ni el peor, ya no eres nada de nada.

—Pues ya no juego contigo en el barco.

—Pero yo puedo jugar porque no es tuyo.

—Sí que es mío, me lo voy a comprar yo con el dinerito de mi hucha.

—No, no —negó él con la cabeza—, para eso abro la mía y me lo compro yo.

—Lo que nos faltaba, llevarnos el barco a España —resopló ella—. O mejor todavía, viajar en él, rollo el Arca de Noé, porque iríamos dos adultos y dos monos. —Los picó un poco, se moría de la risa.

—Papá, que mamá se está riendo de nosotros —me dijeron al unísono y yo pensé que eso de que me hubiera salido allí un hijo por toda la cara era la hostia, aunque en el fondo molaba.

—A ver, los dos, calladitos o no os damos la hamburguesa cuando la traigan —advertí.

—Qué «jartito» estoy de la vida —murmuró Toño llevándose la mano a la cara y consiguiendo que hasta a Kike se le escapara una risilla.

—Yo sí que estoy «jarta» y no me quejo —rebufó.

Nos colocaron los platos sobre la mesa y se hizo un silencio ante aquellas succulentas hamburguesas que habían colocado ante nosotros.

—Ahora sí que me callo —dijo Toño cogiéndola para abrir la boca bien grande para poder morderla y es que eran gigantes.

—Pues yo no sé cómo me voy a comer esto. Ah, sí, a pellizcos. —Apretó la hamburguesa contra el plato con una mano y con otra tiró el pellizco.

—Pues si Toño se la come a pellizcos, yo también.

—Mirad, coméroslo como os salga de las narices por no decir algo más vulgar, pero os calláis los dos o me como vuestras hamburguesas y yo no soy él. —Me señaló a mí—. Que a mí a mala leche no me gana nadie.

—Eso es verdad —contestó Toño.

—Pues nos callamos —murmuró Kike levantando los hombros y sin estar dispuesto a perder su hamburguesa.

Yo los miraba a todos y me tenía que reír, aquel cuadro era mucho más divertido que una obra de teatro, los dos

juntos eran de lo más cómicos y divertidos, otra cosa era la poca paciencia que tenía Cris.

—Yo espero que se duerman por el camino de vuelta, te lo juro, que hoy no doy más de mí.

—Seguro. —Le acaricié la mano.

Y tan seguro, como que Kike después de comer la hamburguesa, echó medio cuerpo sobre la mesa y se puso a dormir.

Llegamos al hotel y nos dirigimos a mi habitación, donde acostamos a los niños juntos en una cama y nosotros decidimos salir a la terraza para sentarnos y tomarnos tranquilamente una cerveza, eso sí, con la puerta abierta por si los escuchábamos o veíamos levantarse.

Fue un momento de relax total. Un momento en el que nos lo pasamos de miedo a salvo de los comentarios, de las carreras y de los enfados de aquel par de pillines que eran nuestra vida, pero de los que también necesitábamos un descanso de vez en cuando.

Cris se sentó en su silla mirando hacia mí y con sus piernas sobre las mías, momento que aproveché para masajearlas, lo que ocasionó que a ella se le dibujara una sonrisa de lo más placentera.

—Esto es vida, no el resto el día.

—Pero si tienes una vida muy bonita.

—Pues no sé en qué ves lo bonito.

—Tienes un sueldo de por vida de dos mil euros —me reí—, tu tienda que va genial y un hijo precioso y sano que debería sacar lo mejor de ti.

—Con los niños hay que tener mano dura, si no, se te suben a la chepa.

—Ya, pero tú andas siempre estresada y no te ríes con las cosas que tiene Toño y que son muy graciosas.

—Yo me río de vez en cuando. —Se intentaba justificar.

—No te lo estoy recriminando en absoluto, se ve que lo amas con todo tu corazón, solo te digo que la paciencia es una cosa que, si aprendes a gestionarla, conseguirá entrar en tu vida.

—Lo que no entiendo es que tú siendo hombre, llesves tan bien el tener un niño, no lo entiendo.

—Paciencia, la madre de todas las ciencias.

—Bueno, pero a mí me cuesta mucho, es que estoy agotada, son cinco años en los que ha sido mi sombra y lo que me queda.

—Pero también vivirás muy buenos momentos. —Fui subiendo la mano entre sus piernas buscando su zona sensible.

Derrochaba sensualidad cuando una voz infantil terminó haciendo que frunciera el ceño.

—¡Mamá! Me hago pis.

—Yo me cago en los muertos de mi paciencia y en todo lo que se menea. —Se levantó a por Toño y me tuve que echar a reír. Normal que hablara del karma.

Lo volvió a acostar y regresó haciéndome un gesto con la mano de que nos fuésemos a dormir. La cogí en brazos y la llevé al baño donde la arrastré a disfrutar del placer al que le sometí con mi lengua y dedos. Luego lo hicimos bajo la ducha y fue otro momentazo.

Nos acostamos y se echó sobre mí mientras yo la resguardaba con mi brazo.

Simplemente era perfecta, con sus defectos y virtudes, pero me hacía sumergirme en una preciosa paz a pesar del revuelo que causaba a cada momento. Era diferente a las demás, ella captaba por completo toda mi atención. Ella era eso que siempre había deseado en una mujer.

—Bueno, pero a mí me cuesta mucho, es que estoy agotada, son cinco años en los que ha sido mi sombra y lo que me queda.

—Pero también vivirás muy buenos momentos. —Fui subiendo la mano entre sus piernas buscando su zona sensible.

Derrochaba sensualidad cuando una voz infantil terminó haciendo que frunciera el ceño.

—¡Mamá! Me hago pis.

—Yo me cago en los muertos de mi paciencia y en todo lo que se menea. —Se levantó a por Toño y me tuve que echar a reír. Normal que hablara del karma.

Lo volvió a acostar y regresó haciéndome un gesto con la mano de que nos fuésemos a dormir. La cogí en brazos y la llevé al baño donde la arrastré a disfrutar del placer al que le sometí con mi lengua y dedos. Luego lo hicimos bajo la ducha y fue otro momentazo.

Nos acostamos y se echó sobre mí mientras yo la resguardaba con mi brazo.

Simplemente era perfecta, con sus defectos y virtudes, pero me hacía sumergirme en una preciosa paz a pesar del revuelo que causaba a cada momento. Era diferente a las demás, ella captaba por completo toda mi atención. Ella era eso que siempre había deseado en una mujer.

Capítulo 11



Me desperté y noté una extraña sensación de calma, como si fuera demasiada, no sabría cómo explicarlo porque los críos, a esa hora, solían estar dormidos, me refería a una especie de corazonada. En realidad, sé que no tiene mucho sentido lo que estoy diciendo, pero, a veces, uno tiene un palpito así y algo me dijo que era mejor que me levantase.

Miré en la cama de los niños y, para mi sorpresa, no estaban. Fueron solo unas décimas de segundo, el tiempo suficiente para recordar que la noche anterior no se quedaron en el barco y que, por tanto, debían estar allí. Sí, en ese tiempo puse en orden mi cabeza.

Sin querer hacer ruido para no darle un susto mortal a Cris, me levanté de puntillas y revisé a conciencia. No, tampoco estaban en el baño. Aquello debía tener una explicación porque a los niños no nos los podían haber secuestrado y que, yo supiera, tampoco ella los había inscrito en ningún campamento de verano para perderlos de vista. Obvio que no.

Carraspeé, aun sin pretenderlo, y entonces abrió los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Qué buscas? Que es muy temprano...

—A los niños, busco a los niños —le respondí con un nudo en la garganta.

—Están en su cama, los dejamos allí. —Señaló sin tan siquiera abrir un ojo, como no tomando conciencia de eso que le estaba diciendo.

—Ya sé que los dejamos en su cama, cielo, pero ahora resulta que no están...

—¿Cómo no van a estar? No los hemos regalado, sorteado ni dado en adopción y eso que se me ha pasado por la cabeza, tienen que estar.

—Cris, no están. —Insistí con un tono más que preocupado y ya ella se sentó de golpe en la cama.

—Ostras, ¿no están de verdad? Pues yo, pasta para pagar un rescate no tengo, ¿qué se ha creído esa gentuza?

Bueno, tranquilo, que en cuanto comiencen a hacer de las tuyas nos los devuelven, ya verás como no llegan con ellos ni al final de las vacaciones.

—Cris no digas eso, que no aparecen de verdad y me estoy comenzando a angustiar.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Quién va a querer llevarse a esos dos mocosos cagones, que no paran de pedir pis y caca?, ¿te acuerdas de anoche?

—Sí que me acuerdo, ¿cómo no me voy a acordar? Pero Cris, que estoy comenzando a sudar a chorros.

—No puede ser. Con la lata que dan, la hipótesis del secuestro queda totalmente descartada. Y la de que se hayan marchado ya para irse a la universidad tampoco concuerda con la edad. Total, que se han ido de marcha...

—¿Cómo se van a ir de marcha? ¡Son dos críos!

—¿Y qué? Cada vez son más precoces en todo, que yo leo de esas cosas para prepararme, pues nos viene una buena. Que sepas que los adolescentes salen toda la noche, pillan borracheras, desgracian las alfombras potando y algunos, hasta ponen la semillita antes de tiempo y te traen otro problema que te llama abuela cuando tú no tienes todavía ni una jodida arruga. Ya sé que no te lo puedes creer, no pongas esa cara, que yo también me asusté cuando lo leí.

—Cris, por Dios, que no es por eso, es que me va a dar algo, ¿dónde están esos dos?

—Ya me levanto y te ayudo a buscarlos, pero tú tranquilo, que cuanto antes vuelvan, antes comenzarán a dar brincos, a pedir el desayuno e igual hasta a echar la pota, porque a Toño a veces le sienta mal la leche y no sabes la que lía, a perros muertos huele aquello. Te lo advierto.

Ella es que era así, ni se inmutaba por lo más mínimo y era capaz de mantener la calma en momentos en los que yo necesitaba un desfibrilador, como en aquel. Pura contradicción. No sabía en qué estaba pensando para que no se centrara en la gravedad del asunto.

Estaba que me daba, me daba algo. Salí a la puerta y comencé a gritar como si se me fuera la vida en ello, que era la verdad, porque se me iba...

Los niños no aparecieron, pero quien sí apareció fue un turista alemán que, primero dijo algo en ese idioma del diablo que no hay quien entienda desde su habitación, y después salió para decirme ya más clarito, con los puños, que me callase.

El tío debía haber cogido una borrachera como un piano la noche anterior y a mí me daba igual, porque seguí chillando y llamando a los niños. El problema fue cuando por fin salió y vi la mole humana que era, que no tenía nada que envidiarle a La Roca, con un par de bíceps que eran como dos jamones pata negra.

A mí no me callaba por muy fuerte que fuese, también os lo digo, porque pensaba desgañitarme llamando a los niños, aunque él tenía otros planes, concretamente el de callarme de un solo puñetazo. A ver, yo no soy ningún enclenque, pero del que os estoy hablando es uno de esos tíos que no parecen de este mundo y que te parten un brazo con solo mirártelo.

—Mauro, yo de ti mejor los buscaba en voz baja, que este hombretón parece que quiere dormir —me decía ella entre dientes, esos mismos que estaba a punto de perder yo, porque aquel tío servía para ser guardaespaldas de Arnold Schwarzenegger.

—¿Y a mí qué me importa?

—Hombre, pero que si te escayolan hasta las pestañas difícilmente vas a poder seguir buscando a los niños. Venga, pídele perdón a este señor y...

—¿Perdón? Si tuviera vergüenza, y si además me entendiera, que esa es otra, debería ponerse a buscar con nosotros...

—¡Yo no quiero mirar! —chilló ella cuando el tipo extendió su puño, que yo no había visto uno igual en mi vida, y entonces escuché la voz de los niños.

Sí, aquel par de petardillos estaban escondidos en el único lugar en el que no me dio por mirar: debajo de su cama y, viendo que me harían una cara nueva, salieron a la carrera y se liaron a patadas con el armario de ocho puertas alemán aquel.

Por suerte, al tipo debían gustarle los niños y su gesto gruñón y violento se tornó en otro mucho más tierno, haciéndoles un par de carantoñas mientras ellos le daban mogollón de puntapiés en las espinillas de los cuales el tío ni se enteró. Había que ser bestia.

Cris se reía y me miraba....

—¿Lo ves? Ya te dije yo que los soltaban en un periquete.

—¿Qué dices de soltar? ¿No has visto que estaban debajo de la cama? Por poco me matan de un susto, yo tengo el corazón que se me va a salir del pecho.

—Normal, y a mí... Creí que me dejabas viuda antes de tiempo. —Se echó a reír.

—Que no lo digo por este mastodonte, mujer, lo digo por los críos...

—Tú por los críos tranquilo, que estos se saben cuidar solos, ¡venga! —Palmeó en el aire—. Dejad de darle

patadas a este señor que me lo vais a cabrear otra vez, ¡a vestiros y a desayunar!

Ella actuaba como si nada y yo, yo ese día me los quería comer sin patatas y sin ensalada. A ella, en el fondo, le había hecho hasta gracia porque, según decía, tenía la certeza absoluta de que era una trastada y de que aparecerían enseguida.

Los metí en el dormitorio y me dispuse a echarles la bronca. Lo peor es que la miraba a ella y allí no había manera humana de hacer eso del poli bueno y del poli malo porque directamente se reía y se tenía que meter en el baño, hasta que logró salir ya con el rostro algo más serio.

—Niños, eso que habéis hecho está muy mal. Nos habéis dado un susto de muerte. —La miré de reojo y de milagro aguantó la risa de nuevo, como diciendo que a ella no, desde luego.

—Es que era una bromita, papá...

—Eso, una bromita, papá. —Le siguió el rollo Toño. Ostras, que seguían con el temita de llamarnos así a ambos.

—Una bromita con la que casi me da un infarto, por no mencionar que ese tipo ha podido partirme lo que vienen siendo todos los huesos del cuerpo.

—Eso es verdad —añadió Cris y yo la miré como diciéndole que menos cachondeo, que, si no intervenía para echarles la bronca, tampoco para reírse.

—Papá, perdona, pero es que, como siempre tenemos que hacer lo que vosotros decís, pues queríamos por una vez hacer algo por nuestra cuenta y nos metimos debajo de la cama —me explicó mi hijo.

—¿Cómo? ¿Que siempre tenéis que hacer lo que nosotros decimos? ¡Pues hoy sí que lo vais a hacer! No admito discusión, ¡hoy al barco!

—¡Tomaaaaa! —exclamó feliz Cris con el puño en alto, a quien acababa de darle la mejor noticia de su vida.

Al ver ese gesto, fui yo quien tuvo que aguantar la risa, pues la jodida no podía parecer más feliz. En cuanto a aquel par, ninguno de los dos se atrevió a decir ni mu, de forma que cogieron sus cosas precipitadamente y se pusieron en fila como si llevaran tres años en el ejército.

A paso ligero los llevé al barco sin desayunar y sin nada, ya les darían ellos el desayuno allí. Ese día me lo pensaba tomar de relax total con Cris y así se lo hice saber en cuanto volví a la habitación. No le cogió de sorpresa, porque ella pensaba lo mismo y, de hecho, me esperó insinuante sobre las sábanas, totalmente desnuda y con una sonrisa irresistible.

—No se me ocurre un plan mejor para relajarme —le comenté.

—Ni a mí tampoco, además de que me has puesto... No veas cómo me has puesto al enfrentarte a ese tipo. Menudos huevos tienes, aunque eso ya lo sabía yo —me dijo echando mano a esa parte de mi cuerpo cuyo miembro comenzaba a crecer por debajo de los pantalones.

No cruzamos ni una palabra más ni falta que nos hizo. Yo no podía sentirme más excitado, por lo que la penetré de una estocada sin preliminar alguno. Tampoco ella lo esperaba para nada, teníamos la necesidad de sentirnos a tope y así lo hice, entrando en ella de una vez y sin pensarlo, comenzando a sentir lo húmeda que estaba y escuchando esos insinuantes susurros en mi oído que, en nada, pasaron a ser verdaderos gritos.

No fue la única vez que hicimos el amor aquel día en el que estuvimos de la habitación a la piscina y de la piscina a la habitación durante todo el tiempo.

Fue un día precioso que nos tomamos para nosotros en exclusividad, sin tener que estar pendientes de los niños. Incluso por la noche, después de dejarme caer por el barco y ver que todo iba genial, salí a cenar con ella.

—Papá, no hace falta que vengas por nosotros, estaremos bien aquí y no amordazaremos a nadie, te lo prometo —me dijo Kike.

—Más os vale o se os caerá el pelo. Y otra cosa, si os quedáis, nada de llamarme a las siete de la mañana, que me debéis una, ¿estamos?

—Estamos —contestaron perfectamente sincronizados.

Z

Fui a por Cris, que volvía a estar preciosa, en esa ocasión con un juvenil conjunto de *short* y top en rosa Barbie, como tanto se llevaba, y radiante de felicidad.

—¿Y no podrían quedarse en el barco ya hasta el final de las vacaciones? —me propuso alzando su copa durante la cena.

—No seas mala, anda, ni que los niños fueran guardiamarinas del Juan Sebastián Elcano.

—Ya, ¿y no pueden serlo? ¿Todavía no tienen edad para eso?

—No, anda. Vamos a brindar por nosotros...

—¡Y por nuestra noche sin críos! —exclamó ella mientras chocaba su copa con la mía.

/

Una noche en la que después fuimos a bailar y en que terminamos con una pequeña fiesta, ya más erótica, en nuestra habitación, la cual se prolongó hasta altísimas horas de la madrugada.

Capítulo 12



Abrí los ojos, eché mano de mi móvil y sonreí.

—¿Algún amigo te ha enviado una fotito guarra de una tía? —me preguntó ella, que acababa de abrir un ojo.

—Claro que no, preciosa, ¿por qué dices eso?

—Porque eso es lo que soléis hacer los tíos en los grupos, ¿para qué si no los tenéis?

—¿Para quedar y jugar al pádel, por ejemplo?

—Claro tú qué vas a decir —rio.

—Que no, que me estoy riendo porque esos dos no han abierto hoy el pico para venir, y eso que llevan ya un día completo en el barco.

—Pues muy bien, así aprenderán...

—Pero si a ti te hizo gracia, ¿no?

—Sí, ¿y qué? Pero también me sirvió de excusa para que los castigaras, aunque vaya castigo... El castigo será para los monitores. —Se echó hacia adelante doblándose de la risa.

—Mujer, tampoco era cuestión de crearles un trauma.

—Vale, porque estamos de vacaciones, pero a la vuelta mano dura con los dos que, si no, se nos subirán a la cabeza. Ay, qué tonta soy, lo digo como si fueran a estar juntos, cuando lo cierto es que a estos los vamos a separar como a las hermanas de esa peli, la de *Tú a Boston y yo a California*.

—Venga, venga, no te me pongas triste, ¿vale? Yo estoy seguro de que...

—De que va a ocurrir algo que nos unirá, pero mira, Juan Valdés también lo estaba de que llovería café en el campo, y todavía lo está esperando. —Me encantaban esas comparaciones que solo a ella se le ocurrían.

Nos levantamos y fuimos a por los niños, quienes ese día no nos recibieron diciendo que éramos el enemigo ni nada parecido, sino más suavitos que un guante.

Caminando hacia ellos en busca del salón en el que desayunar, les revolví el pelo a ambos con mis dos manos.

—Papá, ¿ya no estás enfadado con nosotros? —me preguntó Kike.

—No, hijo, pero una trastada así no la volvéis a hacer en la vida. No os imagináis el susto que me disteis. Si os llega a pasar algo a uno de los dos...

Lo solté de corazón, porque a Toño le había cogido muchísimo cariño en esos días, y mi comentario no le pasó por alto a su madre, quien me sonrió.

Tenía en la cabeza que volviésemos a ir de excursión, cosa que les anuncié al final del desayuno.

—Hoy nos vamos a todos a la Isla de los Ciervos —les dije.

—Ostras, eso estará lleno de cuernos, mal asunto —soltó Cris como si tal cosa, terminando de mordisquear su tostada.

Los niños, aun sin entender demasiado eso de los cuernos, se rieron con su manita delante de la boca, y ella es que se partía.

Para mí era un gran plan porque, pese a que por su nombre se pudiera deducir otra cosa, la isla era como un pedacito de paraíso en la Tierra, con unas aguas azules de impresión.

Tras un trayecto en catamarán junto con otros turistas, llegamos a ella. La encontramos de lo más alegre y bulliciosa, porque a pesar de ser una maravilla de playa natural no está aislada, sino que en ella se encuentran bares y restaurantes, así como algunas de esas tiendecitas con pareos y otros complementos que hicieron feliz a Cris.

—Mucho cuidadito con echarle agua a nadie, que a ver si se tiene que enfrentar Mauro con quien sea y luego pasa lo que pasa —les decía ella mientras los niños jugaban a salpicarse con sus pistolas de agua.

En un momento dado, a Kike se le fue la mano y terminó por echarme un chorro de agua a mí en esa parte de mi cuerpo que pudiera resultar más comprometida.

—¡Qué puntería, hijo! —le solté de un modo irónico.

—Yo también la tengo, ¿quieres verlo? —me preguntó Toño y antes de que me diese tiempo a reaccionar, me apuntó y me puso el bañador más chorreando todavía.

—Papá, parece que te has hecho pis —rio Kike y le sacó la risa también a Toño.

—Tú no te cortes, si estás deseando reírte —animé a Cris, quien apartó en ese momento la mano de su cara y comenzó a reírse como si le hubiesen dado cuerda.

Pues nada, que así tuve que pasearme por toda la isla, suerte que enseguida se secó y no quedó cerco.

El almuerzo volvimos a hacerlo en el catamarán, vigilando constantemente a los niños.

—Mira, mira qué pececitos de colores —le decía el uno al otro.

—¿Nos tiramos y los cogemos?

—Yo me tiro antes que tú y cojo más —le retó Toño.

—No, yo mucho más —se enfadó Kike con los brazos en jarra.

Eran simpatiquísimos y, aunque se llevaban fenomenal, eran también inevitables esos piques entre ellos, como suele ocurrir con cualquier niño.

—Se lo pasan fenomenal juntos —sonreí a Cris, quien no podía estar más guapa con una pamelita de playa de esas de paja que yo le había regalado y con un cóctel en la mano.

—Sí, lástima que...

—No le des ahora al coco. Sonríe que tienes una foto... —le pedí.

Sonreía para mí cuando los niños, cada uno, por un lado, se acercaron y también sonrieron.

—Ea, pues ya me jodieron la foto —resopló ella medio en serio y medio en broma.

—Si no puede ser una foto más bonita, mírala.

—Sí, sí, preciosa —me decía mientras aquellos dos buscaban otros críos a quienes apuntar por el barco con sus pistolas de agua.

Llegaron rendidos y con los ojos ya cerrados. No los abrirían hasta el día siguiente, por lo que nos dieron la

oportunidad de que la encimera del lavamanos del baño nos sirviera nuevamente para hacer aquello que tanto nos gustaba y que reclamaba total intimidad.

Después, me metí en la cama con ella y la estuve acariciando hasta que su respiración me contó que se quedó dormida. No la había más bonita ni tampoco más graciosa, y yo le rogaba al destino, mientras la veía dormir, que encontrase una forma de que pudiésemos estar juntos.

Abrió los ojos y ya era de día. De pronto, miró hacia la cama de los críos y noté que se quedó tranquila.

—Si tú dices que es igual, ¿no? —le pregunté al observar el gesto, que me pareció de lo más tierno y cariñoso.

—Ni idea de a qué te refieres —me soltó vacilona.

—Ya, ya, pero te ha faltado el tiempo para mirar si estaban en su camita, reconócelo.

—Porque en el fondo se les coge cariño, tú también deberías saberlo.

—Ya, ya, claro...

Los animé a que se despertaran y los niños como que no me hacían mucho caso.

—¡Déjanos, papá! Si todavía no está ni la playa puesta —me decía entre sueños Kike.

—Eso es verdad, todavía no han puesto ni el agua ni la arena —añadió Toño.

—Qué va, el agua la traen a cubos, como la de la cascada del otro día —les hice cosquillas a ambos para que se espabilasen.

—Pues entonces, que se acuerden también de la cervecita bien fresquita —me recordó Cris, quien no podía estar más bonita de buena mañana. Yo no sabía cómo lo hacía porque, si guapa estaba cuando se arreglaba, no lo estaba menos sin una pizca de maquillaje y con el pelo totalmente alborotado. Parecía una loquilla, mi loquilla...

—Niños, si no os queréis levantar os perderéis el parque de aventuras —les advertí.

—¿Un parque de aventuras? —preguntaron los dos a la vez. Les pasaba muy a menudo, pues estaban tan compenetrados que hasta soltaban las mismas frases.

—Sí, el de Casela.

—¿De la Casera? ¿Y para qué quiero yo ver cómo meten La Casera en las botellas? Qué aburrimiento, papá.

Casi me da algo del golpe de risa que me entró. Yo era muy de tener Casera en el frigo para mezclarla con un vinito tinto en verano, en plan fresquito, y mi niño se hizo el lío.

—No, cariño, el de Casela...

—¿Y qué hay allí? —me preguntó Toño.

—Pues hay un montón de animales que os van a encantar, tenemos que ir con la cámara en la mano porque no podemos perdernos los leones, las jirafas, las cebras...

—Alguno acabará accidentado —soltó en ese momento Cris.

—Qué va, si los animales están muy controlados, tú tranquila por los niños.

—No, no, si yo no lo decía por los niños, sino por los pobres bichos.

De nuevo me sacó la risa y es que con ella era un no parar. Nos preparamos a toda pastilla y nos marchamos a ese safari que supuse que les encantaría y no me equivoqué.

Por el camino ella me iba comentando algo que era bastante lógico y que, sin embargo, no era así.

—Yo pensaba en Isla Mauricio como una isla tropical, no creí que fuésemos a ver aquí leones ni jirafas.

—Ya, y hasta rinocerontes, que esos no los he mencionado.

—Vaya por Dios, ¿más cuernos? Es que esos parece que nos persiguen. Oye, ¿tú no serás de esos tíos que no están contentos si no le adornan la cabeza a su pareja?

—Que no, claro que no. Eso no lo he hecho en la vida, y menos lo haría contigo, que tienes todo lo que un hombre pueda desear en una mujer.

—Claro, tú qué vas a decir, ni que lo fueras a reconocer en caso de que fuera así. Aunque en lo demás tienes razón, porque yo tengo de todo, empezando por mi paciencia.

De nuevo se nos escapó una carcajada, aunque para risas las que nos echamos una vez ya en el parque, cuando los niños querían que hiciéramos el recorrido en cuatriciclo, cada uno con un adulto.

—De eso nada, porque a mí no se me dan bien esos bichos...

—Mamá, que los bichos no son los cuatriciclos, son las jirafas, las cebras...

—Y vosotros dos, Kike y tú, que no se os olvide. Y no, que yo tenía una motillo de joven y la tuve que vender porque me dio por hacer el caballito con ella y casi me descalabro. Se me va la pinza y no quiero problemas, así que no hay cuatriciclo que valga.

—Me parece genial —la apoyé en cuanto escuché esa historia, porque no deseaba acabar mis vacaciones en el hospital.

—Pero que lo digo por los niños, ¿eh? Si quieres venimos tú y yo otro día y te echo una carrera que se caga la perra, así acabe el cuatriciclo bocarriba —me retó.

—Mamá, pero si ya solo nos quedan dos días aquí —le recordó Toño.

—Es verdad, solo dos. —Se llevó las manos a la cara Kike, como si fuera el caos.

En cierto modo lo era, al menos para mí, porque Cris había puesto mi mundo patas arriba y yo no sabía cómo gestionar la vuelta a Lanzarote sin ella.

—Solo dos —murmuró ella mirándose las manos y contando, como si la idea le fastidiase tanto como a mí, tras lo cual me miró y me lanzó una sonrisilla, aunque detecté que estaba mezclada con tristeza.

—¡Venga, venga! ¡Es hora de pasarlo bien! —los animé.

Allí no faltaba un detalle, porque en cuatriciclo no montamos, pero ella y yo sí que lo hicimos en tirolina mientras los niños nos grababan. Para verla, eso fue para verla.

—¿Soy o no soy más sexy que la novia de *George de la jungla*?

—Tú eres la más sexy del mundo entero mundial —le dije yo antes de que ella me diese un empujoncito y me deslizase tirolina abajo.

—Y el más valiente, porque yo ahora no me tiro. —Frenó a última hora y quiso dar la vuelta.

—¡¡Tramposa!! —le chillé viendo el plan.

; —¡¡Pardillo!! —me chilló ella a mí, a carcajadas.

—¡¡Que se tire!! ¡¡Que se tire!! —le pidieron los niños y, al final, hasta terminaron convenciéndola.

Para llorar de la risa, gritando y cagándose en cuanto se meneaba mientras yo la animaba desde el otro lado, porque ese tipo de atracciones no eran mucho de su gusto, que ella era más de velocidad.

Más tarde, nos subimos en un vehículo que era como una especie de camión sin ventanas y que nos permitió disfrutar al aire libre de todos aquellos «bichos», como ella decía, que incluían no solo los que ya he mencionado sino también jabalíes, venados de Jaba y otros...

—Mirad, monos como vosotros. —Picó a los niños desde el camión.

—Y un camello —les indiqué yo.

—Muy bonito, ¿esa es la educación que les piensas dar a los niños? Luego te quejarás cuando vengan de fiesta y puestos hasta las cejas —me soltó y yo a morir de la risa, no quedaba otra.

Esa noche todos dormimos como angelitos, aunque yo enganché el sueño el último. Me comenzaba a pesar el pasar de los días y que quedasen tan pocos para marcharnos.

,

,

Más tarde, nos subimos en un vehículo que era como una especie de camión sin ventanas y que nos permitió disfrutar al aire libre de todos aquellos «bichos», como ella decía, que incluían no solo los que ya he mencionado sino también jabalíes, venados de Jaba y otros...

—Mirad, monos como vosotros. —Picó a los niños desde el camión.

—Y un camello —les indiqué yo.

—Muy bonito, ¿esa es la educación que les piensas dar a los niños? Luego te quejarás cuando vengan de fiesta y puestos hasta las cejas —me soltó y yo a morir de la risa, no quedaba otra.

Esa noche todos dormimos como angelitos, aunque yo enganché el sueño el último. Me comenzaba a pesar el paso de los días y que quedasen tan pocos para marcharnos.

Capítulo 13



Por la mañana se levantaron sin la menor intención de pasar el día con nosotros.

—¡Hoy barco! ¡Hoy barco! —chillaban como si se fuesen a dejar los pulmones en ello.

—Gracias, Jesús, Buda, Alá o como te llames, que da lo mismo, lo importante es que has atendido mis plegarias —decía ella mirando al cielo.

Los llevamos justo después del desayuno. Ese día se encontraron con la sorpresa de que celebrarían una fiesta de la espuma, algo de lo que aquellos tunantes estaban al tanto, y por eso insistieron en ir.

A lo tonto, a lo tonto, sería nuestra última noche juntos allí, puesto que la siguiente la pasaríamos volando. Solo de pensarlo, los vellos se me pusieron de punta, aunque a ella debía pasarle lo mismo.

—Esta noche os quedáis a dormir aquí, ¿vale? —les preguntó en buen tono. Ella primero lo hacía así y, si no, ya utilizaba otros métodos más fuertes, algo que en esa ocasión no haría falta.

—¡Yupiiii! —chillaron los dos a la vez.

—Sí, mucho «yupiiii», pero como agarréis el cañón de espuma y tengan que llamarnos porque estéis ahogando a alguien, una bombilla tendrá mucho pelo a vuestro lado, ya que haré que se os caiga. Y yo no soy una blandita como él. —Me señaló y es que siempre cataba yo.

Cualquiera le llevaba la contraria. Si lo llevo a intentar es ella quien coge el cañón y me arregla allí mismo, de manera que no dije ni media palabra y salí andando.

—¿Hoy qué haremos? ¿Nos tumbamos en la piscina a beber y allí que nos las den todas? —me preguntó.

—Yo casi que eso lo dejaría para mañana, hoy tengo otra idea.

—Tú y tus famosas ideas, a mí no me lles a ver más bichos que no por eso me convencerás de que adopte al bicho de Kike, que yo con Toño tengo bastante, menudo bicho...

—No dirías que no sería bonito. —Se me escapó y es que solo quería pensarlo.

—¿Vivir los cuatro juntos? Pues claro que sí, ya lo hemos hablado. Pero, como no sea que nos toque la lotería y podamos arreglarlo todo, el asunto lo veo más turbio que un charco de sapos.

—Bueno, bueno, no te emparanoies ahora, que nos vamos de excursión. —Tiré de su mano porque yo no quería abordar ese tema que también me dolía.

—¿Y dónde vamos? Porque contigo cada día es una aventura.

—Nos vamos a la India, preciosa —le dije guiñándole un ojo.

—¿Cómo a la India? ¿Nos vamos a otras vacaciones y dejamos a los niños aquí? Me parece una idea cojonuda, pero vamos a dejarles dinero o algo en el barco, no sea que nos los encontremos en los huesos.

—Que no —reí—, que nos vamos a la Pequeña India de Mauricio, a Grand Bassin —le comenté refiriéndome a ese otro destino que dejé para un día que estuviésemos solos, puesto que no me pareció divertido para los niños.

—¿Al Gran Bazar dices? ¿Eso no está en Estambul?

e

—No, a Grand Bassin, que es el templo sagrado preferido de los que practican la religión hindú aquí en Isla Mauricio.

—Ay, puñetas, miraré si tengo un tapón en el oído. De todas maneras, ¿tú crees que es necesario ir? Porque yo rezar no rezo mucho, aunque siempre diga que si han escuchado mis plegarias desde arriba y esas cosas. No creas todo lo que digo —me soltó apretando los dientes.

—Sí, te va a encantar; te prometo que te va a encantar, ¿tú confías en mí?

—Digamos que no tengo más remedio...

—Me encanta saber que así es —reí—. Venga, que nos vamos.

Realmente mereció la pena ir. Es increíble pensar hasta qué punto puedes empaparte de otras culturas cuando las ves con tus propios ojos, por mucho que no tengan nada que ver con la tuya.

Ya los alrededores del templo nos estremecieron, con esa campana tocada por una señora descalza que anuncia su entrada.

—A mí esto me da un poquito de biruji, si te digo la verdad —me comentaba ella en voz bajita mientras yo le

apretaba la mano.

—No, es solo que este aire sagrado es muy formal, pero te aseguro que te entusiasmará.

Entramos con un grupo de personas y nos detuvimos delante del dios mono, Hánuman, el cual está cubierto con un manto rojo adornado por unas flores amarillas que se utilizan para los ritos sagrados y que llaman allamandas.

Todos nos quedamos muy quietos mientras encendieron el incienso y purificaron el aire con fuego, momento en el que me alegré de que no nos acompañasen nuestros pequeños terremotos o se hubiese podido mascar la tragedia.

De todo Grand Bassin que, como ya digo es realmente sobrecogedor, me quedé con la impresionante estatua del dios Shiva que da la bienvenida a los visitantes y que cuenta con más de treinta metros de altura, la cual no he mencionado aún y que nos hartamos de fotografiar.

Tras un recorrido por los templos, disfrutamos más tarde del espectáculo de volver al lago donde las familias realizan ofrendas, metidos en el agua hasta los tobillos...

—Son rituales de fertilidad y amor que hacen con fuego, flores, frutas y luces, como ves.

—¿De fertilidad? Pues ya me voy yo volando de aquí, no sea que se me pegue algo —me sonrió.

—¿Cómo puedes ser tan bonita? —le pregunté mientras la abrazaba.

—Pues la bonita no tiene ganas de volver a reproducirse, así que andando.

Por la tarde ya estábamos de vuelta y, tras echar un vistacito a los críos, nos quedamos tranquilos. De momento jugaban con los otros niños y no había nada que temer. Quedamos en recogerlos por la mañana y en pasar una última noche en la intimidad, como la ocasión lo merecía.

Toqué su puerta para ir a cenar y estaba divina con un vestidito azul que le favorecía cantidad, gracias a ese moreno que lucía en su piel por el mucho sol que tomamos en aquellos días. Cortito y con escote palabra de honor, lo complementaba con unas preciosas cuñas que le permitirían bailar sin tener que sufrir un tormento en sus pies.

—¿Cómo puedes ser tan bonita? —le pregunté mientras la besaba.

—No lo sé, pero tengo más potencia que un coche de Fórmula 1 y también rujo más —me advirtió y la temperatura de mi cuerpo subió una barbaridad.

Una cena romántica a la luz de las velas y unas copas en un lugar abarrotado en el que derrochó estilo, volviendo a bailar para mí, pero deleitando a la vez a todos los que tenían el gusto de poder admirarla, y yo ardía por dentro y

por fuera. Me tenía loquito, mi Cris me tenía a tres palmos sobre aquella arena de la playa.

Tenía gancho, era hipnotizante, atrayente y a mí, a mí me tenía loco en una noche en la que las copas cayeron a pares mientras me animé a bailar con ella y nuestros cuerpos estuvieron a punto de entrar en fase de desfase y liarla allí mismo.

Cerramos el local, no quedaba ni un alma cuando nos dimos cuenta de que nos invitaban amablemente a que nos marchásemos de la playa.

A pesar de que no llevaba mal calzado, se lo quitó de camino a la habitación. Ella quería sentir la arena bajo sus pies y yo solo quería sentirla a ella.

—¿Me coges en brazos? —me pidió en un momento en el que justo me quedé a cuadros porque me faltaba solo un segundo para hacerlo. Por favor, si es que parecía queuviésemos conexión mental, aparte de otro tipo, que esa ya estaba más que demostrada que existía entre ambos.

La cogí en brazos y comencé a dar vueltas con ella como si el único objetivo que tuviese en el mundo fuera el de hacerle olvidar que esa era la última noche que nos quedaba allí y que la siguiente subiríamos a un avión que nos llevaría a un destino cierto, a Madrid, pero que era incierto para nuestra relación.

Escuché sus carcajadas mientras se cogía fuerte a mi cuello y pensé que, pasara lo que pasase, nadie podría robarnos ya los fascinantes momentos que estábamos viviendo juntos, esos fascinantes momentos en los que me habría fundido con ella, haciendo de nuestras vidas una sola.

Terminamos sobre la cama de la habitación, locos por devorarnos, arrancándonos la ropa y con ella pidiéndome a gritos que la hiciera suya. De nuevo no nos entretuvimos, de nuevo el ansia nos llevó a que me metiera en ella, a horcajadas sobre mí, hundiendo su vagina sobre mi miembro con la misma sensualidad que una bailarina erótica bajaba por la barra.

Los botes que sus nalgas daban sobre mis piernas y me hacían pensar que ese y solo ese era el sonido más sexy del mundo, mientras que su pelo revuelto me daba una imagen de ella que no podría olvidar por muchos años que pasasen.

Después de ese primer asalto, terminamos en la ducha, donde otra vez nos enganchamos y donde dimos rienda suelta a nuevas posturas que nos llevaron una vez más al orgasmo, incluso al mismo tiempo.

Luego la llevé a la cama y, con suavidad, fui secando cada uno de los recodos de su piel mientras mi erección se hacía evidente para no variar, una que ella aprovechó para practicar un sexo oral de esos que te dejan seca la garganta, al mismo tiempo que yo a ella, pues terminamos acoplados en la postura del sesenta y nueve antes de que fuera yo quien la tomara por los brazos y, con Cris bocarriba, la poseyera por última vez en una noche que se hizo bien larga, pues ya eran varias horas regalándonos amor sobre el colchón, ese que fue tantas veces testigo de eso que sentíamos los dos.

Llegó el momento de dormir y con él las caricias, los susurros, las confidencias y hasta alguna que otra lágrima por su parte que logré frenar a base de decir todo tipo de tonterías que sacasen su risa.

—No sé cómo nos vamos a enfrentar a esto, te lo digo de verdad. Y no solo nosotros, fíjate que creo que los niños también van a sufrir.

—No pienses ahora o te costará mucho dormir —le aconsejé mientras le daba el más cariñoso de los besos en la frente.

—¿Esto será lo que me quede cuando no estemos juntos? —me preguntó con voz entristecida.

n—No sé a qué te refieres...

—Al recuerdo, solo al recuerdo de las que han sido las mejores noches de mi vida —me confesó en ese momento en el que la ahuequé en mi pecho.

—Y también de la mía, preciosa, y también de la mía —murmuré con un nudo tal en la garganta que amenazaba con dejarme mudo.

Era evidente que a los dos nos dolía mucho, pero que nada podíamos hacer por el momento. Por más que me estrujaba la cabeza, pensaba que la solución vendría de un hecho fortuito que el universo nos aclararía más adelante, porque de momento todo lo veíamos negro.

Me costó que se durmiera, no fue como el resto de las noches, y eso que habíamos pateado, bailado, cantado y hecho el amor lo suficiente como para coger el sueño de golpe y, sin embargo, ella suspiraba y yo me daba cuenta de que ahora eso era difícil.

Hubo de pasar un buen rato hasta que comprobé que, por fin, ya estaba en alguno de sus sueños, aunque ni ese quería que la rozase. La sentía tan mía, tan infinitamente mía que el adiós no cabía en mi cabeza.

Yo sí que vi prácticamente el amanecer con ella entre mis brazos, velando su sueño y dándole besos que sentía, porque en esos momentos me sonreía, por mucho que no estuviese despierta.

La luz del día me sorprendió sin apenas haber dormido y acumulé fuerzas para, dejándola todavía en la cama, ir a buscar a los críos. Tocaba hacer algo con ellos, no podía permitir que la pena nos ahogase ese día y que lo perdiéramos, porque un día perdido es un día no vivido y vida solo hay una.

Capítulo 14



Los niños llegaron conmigo a la habitación y se tiraron sobre ella en la cama.

—¿Qué ha pasado? ¿Un terremoto? ¿Ha habido un terremoto y no me he enterado? —Me miró.

—No, mamá, no ha habido ningún terremoto, somos nosotros —le contestó Toño.

—Claro, nosotros. —Abrió mucho los brazos Kike, que era como un *showman* en miniatura.

—Pues peor me lo ponéis, mucho peor, ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué no estáis en el barco? —les preguntó, todavía un poco desubicada.

—No viven en el barco, ¿lo recuerdas?

—Por tu culpa, que a los niños hay que fomentarles la independencia, que lo sepas...

Ya era mi culpa otra vez, pero yo, con tal de ver que sacaba esa sonrisa, me habría declarado culpable hasta del mismísimo asesinato de Kennedy.

Permanecimos un rato en la cama, con ella rajando de los críos todo el tiempo, aunque en el fondo estaba encantada, consciente como era de que serían nuestras últimas horas en la isla y que eso les añadía un valor incalculable.

—Bueno, ya está bien de vagar, ¡todos arriba! —gritó.

—Pero si nosotros nos hemos levantado hace mucho rato y papá también. —Me señaló Toño. Qué gracia me hacía eso de que me hubiese salido otro hijo.

—Niño, menos replicar a tu madre y más buscarme las chanclas, que no sé dónde han caído —les ordenó—. Y tú también, Kike, ¡movimiento!

Mandaba más que un coronel, eso estaba claro, y nos ponía firmes a cada momento a todos. Un poco después, salimos para tomar el desayuno en una de las agradables terrazas con vistas y nos tuvimos que reír con los críos.

—Si ya nos vamos, hoy nos lo vamos a comer todo, me crecerá la barriguita. —Se la tocaba Kike.

—Y a mí también —le decía Toño.

—Mientras no me crezca a mí, todo va bien —les contestó ella—. Y otra cosita, mucho cuidado con lo que coméis, ¿no os habéis enterado de que un avión ha tenido que hacer un aterrizaje de emergencia por la diarrea de un loco que se subió yéndose de vareta? El piloto lo calificó de «riesgo biológico», así que pamplinas las mínimas que no quiero yo hacerme viral por tener un par de mocosos que caguen tanto que jodan el vuelo.

Ya estaba yo que me tiraba encima de la mesa. Un poco más y me ahogo con el desayuno. No podía con ella, era abrir el pico y vérseme hasta la campanilla, ¿cómo no me iba a enamorar de alguien así?

La mañana la pasamos en la piscina. Los niños decían de volver al barco por si todavía estaba el cañón de espuma aunque yo pensé que debíamos pasar el día juntos puesto que, dadas las circunstancias, era lo mínimo.

—Y todo porque eres más cumplido que un luto, ahora nos tocará estar todo el día pendientes de ellos y nos iremos para España con un tic en un ojo. Y eso, por mucho que le diga yo al padre biológico del niño que son daños colaterales que se pagan aparte, no cuela, ya te digo yo que no cuela.

—No te preocupes por nada, que yo me encargo de todo.

—Más te vale, más te vale —me advirtió.

Les pedí a los críos que ese día se comportasen un poco porque no quería guerra, que Cris enseguida se venía arriba.

—Vale, papá, pero son veinte euritos. —Extendió la mano Kike y me dejó loco.

—¿Cómo dices? Tú tienes que estar equivocado —le contesté.

—Es verdad, son treinta euritos, se ha equivocado. Y otros treinta para mí —me indicó Toño y casi me caigo de espaldas.

—Pero... vosotros sois dos pequeños chantajistas, ¿no?

—Claro, pequeños, por eso te pedimos poquito dinero, si fuéramos grandes tendrías que pedirle dinero al cajero automático, ese que te da todo el dinerito que quieras —me aclaró Kike con su inocencia.

Inocentes serían, pero chantajistas también. Tuve que rascarme el bolsillo para que todo fuera sobre ruedas en un día en el que se portaron genial, previo pago de su importe, como ya he confesado. Me tenían agarrado por los huevos, como se solía decir, pero era la realidad, aquellos dos mocosos ganaban más que perdían.

Pese a todo, fue un pago que hice con todo el gusto del mundo porque al día no se le pudo poner una pega, las cosas como son. Risas, chapuzones, cócteles para nosotros y otros sin alcohol para los niños, fotos, abrazos, besos bromas, chistes, no le faltó un detalle para ser un día perfecto, porque tanto Cris como yo hicimos de todo para que no se nos notase la incertidumbre y la tristeza que nos producía esa inminente despedida.

Lo último que tomamos fueron unos impresionantes helados que a los niños les llegaron hasta los codos, por lo que tuvimos que terminar duchándolos después de hacerles unas fotos divertidísimas en las cuales todos salimos con las narices manchadas y con unas risas dignas de ser immortalizadas.

—Son tan lindos —le dije mirándolos.

—¿Los helados? Claro que sí. Si no fuera por lo que engordan y porque te ponen el colesterol del malo por las nubes, yo no comería otra cosa —me contestó ella.

—Gracias por la información, pero yo me refería a los niños.

—Sí, un poco ricos sí que son, más que antes —rio.

—Esa risa me huele mal...

—Pues yo estoy la mar de limpiita y perfumada, a ver qué vas a insinuar.

—Tú me has entendido, ¿estás al tanto de que me han dado el sablazo?

—Correcto y te digo más, yo les di la idea.

—No me jodas, esto es increíble. —Me eché las manos a la cabeza porque ella nunca dejaba de sorprenderme.

—No, no te jodo. Te habría jodido el día si consiento que los niños la llien, así que me aseguré de que estuviésemos tranquilos. Y encima no te salió caro.

—Ah, vale, vale. De manera que te tengo que dar las gracias, ¿no es eso?

—Afirmativo y de nada —me dijo mientras cogía su bonita pamea, esa que apenas se quitó desde que se la regalé, y se disponía a ir a su habitación para recoger el equipaje.

Nos marchamos una hora después. Íbamos con margen para que ningún contratiempo nos dejase en tierra, si bien,

en parte, eso es lo que más hubiésemos deseado.

Dio la casualidad, porque nosotros parecíamos conectados desde antes de llegar a Isla Mauricio, que Toño también llevaba un correpasillos de ruedas a modo de maleta, por lo que ambos se dedicaron a hacer todo tipo de competiciones en el aeropuerto.

,

—Todavía se abre uno la cabeza y no podemos embarcar —decía ella mirando esa rivalidad que mostraban y que es tan típica de los niños.

—Mientras no se crean que una de las columnas es la del andén 9 y $\frac{3}{4}$ y se quieran colar por ella —dije aguantando la risa.

—¿Qué dices del andén y de ocho cuartos? —reía— No me asustes, ¿eh? ¿Se te tuerce la boca? Capaz eres de fingir algo malo para que no nos marchemos.

—No, mujer, el andén 9 y $\frac{3}{4}$ de Harry Potter, no me digas que no has visto la saga.

—Pues claro que no, a mí no me han detenido nunca para que tenga que pasar por ese suplicio.

—¿Cómo un suplicio? Si es la saga más bonita del mundo. Yo las primeras las he visto muchas veces con Kike, las últimas no porque todavía podrían darle miedo, estoy esperando a que tenga unos añitos más.

—Pues yo, a esos repelentes con túnica y varita no me los trago ni harta de vino. Bueno, igual si me pagas, me lo planteo. Pero mientras, ni en broma, para eso veo a penitentes de Semana Santa, que en vez de varitas llevan capirotos, pero no abren el pico. Yo con los niños no me entiendo muy bien, se siente.

—¿Otro sablazo? A mí me vais a dejar sin blanca. No, no, ya la veré yo con los niños cuando se tercie.

—Pues a ver cuándo se tercía, que eso digo yo —me dijo mirando para otro lado porque, mucho meterse con Harry Potter, pero en realidad hablaba hasta por los codos para no reconocer que estaba triste.

—Se terciará. Hemos quedado en que nos veremos pronto, este mismo verano, ¿no?

—Sí, pero yo si no lo veo no lo creo.

—Por favor, no te pongas mal, ¿vale? Seguro que, si nos empeñamos, lo logramos.

—Ya, ya...

Embarcamos y eso fue otro espectáculo. Nos tocaba sentarnos separados y eso era algo que no entraba en los planes de Cris, quien enseguida le dio a la cabeza y resolvió la situación.

A mi lado y al de Kike se sentó una parejita joven. Los dos llevaban alianza y debían estar recién casados.

—¿Habéis estado de luna de miel? —les preguntó ella.

—Sí —le respondieron sonrientes.

—Uy, qué lástima, porque no sabemos lo que tiene Kike, que viene malísimo, e igual os lo pega. Igual duráis casados tres días porque palma uno de los dos. Mirad lo malito que está, ¿verdad Kike?

Siempre me sorprendía. Ya estaba en complot con mi niño, quien se mostró fatigado y como con fiebre.

—Yo lo que quiero es que me pongan un cubo para vomitar, mami.

—Ay, mi niño, que va a echar lo más grande. A saber, la cantidad de bacterias que soltará. Qué se le va a hacer, hijo, nos ha tocado separarnos.

No hace falta decir que los chavales se levantaron como alma que lleva el diablo y les cambiaron los sitios, lo que nos permitió hacer el viaje juntos.

Se me hizo corto. Supongo que sería por tratarse de las últimas horas que pasásemos juntos, porque el vuelo se me pasó en un santiamén.

Nuestros caminos se separaban en Madrid, aeropuerto al que llegamos y que fue el testigo de nuestra despedida. El alma se nos rompió porque los críos se dieron un abrazo.

—Te quiero, Kike —le dijo Toño.

—Y yo también te quiero, amigo, aunque más que mi amigo quisiera que fueras mi hermano —le contestó él.

Ambos tuvimos que aguantar el tipo para que nuestros ojos no se inundasen en lágrimas, aunque algunas se deslizaron hacia nuestras mejillas en el momento en el que nos dijimos ese «hasta pronto» cuya duración, de momento, era indeterminada.

—Estoy seguro de que te voy a ver muy pronto, te lo prometo —le dije mientras la besaba.

—Más te vale porque yo esto no pienso resistirlo durante demasiado tiempo —me advirtió mientras yo borraba una lágrima que se le volvió a escapar.

—Algo va a pasar, y no a mucho tardar, que nos llevará a poder estar juntos, te lo prometo.

—El universo te escuche. Venga, lárgate ya o perderás el avión y tendrás que venirte a Cáceres conmigo, que es lo que estás deseando.

Impulsos me dieron, eso desde luego. La vi marchar y un trozo de mi corazón se fue con ella. En cuanto a Kike, me dio la mano y enseguida noté que no pudo reprimir un puchero.

—Es que yo los quiero, papá. —Me los señaló.

—Y yo también, cariño mío. —Le tomé en brazos.

Con el corazón encogido me subí a ese avión con rumbo a Lanzarote, la isla que me vio salir siendo un hombre sin compromiso y que me vería volver enamorado, pues así me sentía de Cris, esa mujer tan especial de la que me enamoré hasta las trancas en los pocos días que permanecimos juntos.

Al desembarcar comprendí que, por mucho equipaje con el que volviese, me faltaba una parte de mí. Una parte que no sería fácil de sustituir por ninguna otra, ya que el nombre de Cris lo llevaba yo tatuado en el corazón. Apenas la había dejado y ya la estaba echando de menos. La echaba tanto de menos que su ausencia dolía.

—El universo te escuche. Venga, lárgate ya o perderás el avión y tendrás que venirte a Cáceres conmigo, que es lo que estás deseando.

Impulsos me dieron, eso desde luego. La vi marchar y un trozo de mi corazón se fue con ella. En cuanto a Kike, me dio la mano y enseguida noté que no pudo reprimir un puchero.

—Es que yo los quiero, papá. —Me los señaló.

—Y yo también, cariño mío. —Le tomé en brazos.

Con el corazón encogido me subí a ese avión con rumbo a Lanzarote, la isla que me vio salir siendo un hombre sin compromiso y que me vería volver enamorado, pues así me sentía de Cris, esa mujer tan especial de la que me enamoré hasta las trancas en los pocos días que permanecimos juntos.

Al desembarcar comprendí que, por mucho equipaje con el que volviese, me faltaba una parte de mí. Una parte que no sería fácil de sustituir por ninguna otra, ya que el nombre de Cris lo llevaba yo tatuado en el corazón. Apenas la había dejado y ya la estaba echando de menos. La echaba tanto de menos que su ausencia dolía.

Capítulo 15



Miraba al pequeño que estaba tomando el desayuno ya que se había acabado de levantar. Estaba cabizbajo y echaba de menos a Toño, ese que se había convertido en su amigo inseparable de aventuras. Lo comprendía por completo ya que a mí me pasaba lo mismo con Cris, es como si me faltase algo que no me dejaba sentirme completo.

Tres días eran los que llevábamos en Lanzarote y parecía como si la casa se nos fuese a caer encima, el ánimo se notaba que lo teníamos por los suelos y andábamos todos los días recordando los momentos que vivimos en Mauricio, una isla que se nos quedaría grabada para siempre en nuestros corazones.

Kike los representaba con muchísima gracia, me refiero a esos momentos, y a mí me sacaba la sonrisa, solo que se trataba de una sonrisa triste porque nos faltaban ellos. No habernos separado ni siquiera un momento de Toño y de Cris creó una unión muy fuerte entre los cuatro y unos lazos de cariño de esos que no pueden cortarse fácilmente. Además, yo sentía que me había enamorado de esa chica tan peculiar que sacaba mi risa con solo abrir la boca, que me resultaba tan fresca y sencilla que moría con ella.

Cris y yo habíamos estado enviándonos varios mensajes de voz durante estos primeros días y a ella le pasaba lo mismo, no lograba concentrarse y sentía que le habían arrancado un trozo de su ser.

Cuando eso ocurría, cuando notaba su tristeza, era como si me desgarrasen por dentro. Entonces, yo trataba de decir algo que la hiciera reír y hasta lo lograba en ciertos momentos. El problema era que enseguida detectaba de nuevo que ella trataba de disimular su verdadero estado y que, por tanto, los dos íbamos en el mismo barco, que no era precisamente ese barco pirata en el que tan buenos momentos pasaron los niños.

—Papá, ¿por qué no se pueden venir a vivir aquí con nosotros?

—Hijo, Toño tiene a sus abuelitos allí y deben de cuidarlos.

—¿Y por qué nosotros no nos vamos a Cáceres?

—Tenemos la casa aquí, tu colegio, nuestra vida. No es tan fácil, los cambios no lo son, Kike.

—Pero papá, yo puedo ir al mismo cole que Toño y tú puedes trabajar desde cualquier lugar, es muy injusto que estemos separados, además tú y Cris parecíais novios y, además yo le decía mamá. —Se me hizo un nudo en la garganta.

—No te creas que no me lo he planteado estos días, pero si te soy sincero, me da miedo cambiarlo todo y que no salga bien.

—Cris nos quiere mucho —dijo con un tono un tanto triste.

—Y nosotros a ella y a Toño, pero en la vida no se pueden tomar decisiones a la ligera.

—Ni lentas, podemos perderlos y que encuentren a otros que sí quieran estar con ellos. —Eso me causó un pellizco en el estómago de lo más grande.

Solo de pensar que Cris pudiera conocer a otro hombre que sí que estuviera dispuesto a estar con ella y dejar su vida atrás, me ponía de lo más nervioso y es que nunca había tenido unos sentimientos tan fuertes por nadie.

Pero algo me frenaba a llevarme a decidir algo de lo que luego me pudiera arrepentir, era como si de repente, supiera que mi vida dependía de jugármela a un todo o al nada. Reconozco que me daba miedo dar un paso por el cual luego pudiera salir mal y haber puesto todas nuestras vidas patas arriba.

Y el caso es que notaba que Cris me recriminaba de algún modo y en forma de bromas el que no la quería lo suficiente para convertirme en un príncipe que luchaba por su princesa. Bromas o no, a mí me dejaba un poco noqueado, porque sinceramente había algo que me frenaba a hacerlo.

Kike parecía razonar de un modo tan sencillo y simple como solo podía hacerlo un niño. Yo podía pensar que estuviese equivocado, pero ¿y si todo se reducía a que la vida fuese así de sencilla?

En ciertos momentos, me imaginaba cogiendo mi maleta y plantándome del tirón allí con ellos, hasta sin decirle nada, en plan sorpresa y para ver cómo reaccionaba. No obstante, enseguida apartaba ese pensamiento de mi mente y caía en la cuenta de que yo no era así de impulsivo.

Quizás fuera ese el problema; yo siempre pensaba demasiado las cosas. Cada uno cargamos una cruz en esta vida y yo sentía el peso en la espalda de haber tenido un padre que fue una cabeza hueca y que nunca miró por sus hijos. Vale que el problema de las adicciones estuvo ahí, aunque tenía que reconocer que antes de eso tampoco el mío fue un padre que optase a ningún premio.

Igual por esa razón, o igual porque yo ya venía así de nacimiento, tenía mucho miedo a dar un paso en falso y perjudicar a Kike, para quien yo había creado una vida bonita y tranquila, una vida que me parecía la mejor que podía darle. Hasta que apareció Cris llenándolo todo. Y su ausencia dolía, dolía porque yo me había acostumbrado a sus gritonas risas, a sus disparatadas quejas, así como a cuidarla, a mimarla y a hacer mil planes en familia.

Si Kike tenía razón, lo mismo yo estaba perdiendo a la mujer de mi vida y terminaría por lamentarlo, ¿cómo saberlo? No contaba con una bolita de cristal con la que predecir el futuro.

Pese a ello, a partir de esa mañana comencé a barajar posibilidades durante los siguientes días, obviamente sin contarle nada a ella ni al niño ya que no tenía muy claro si sería capaz de intentar alguna de las opciones que tenía en mente, pero el destino es muy caprichoso y a veces, te lleva a situaciones de lo más inesperadas.

Estaba en ese punto, en un punto trascendental en el que no sabía muy bien hacia dónde me llevaría la vida, cuando algo lo cambió todo. Fue de pronto y por sorpresa. Como acabo de mencionar, el destino puede ser extremadamente caprichoso y la falta de noticias de esa mujer que tanto me llenaba lo cambió todo.

Dos días llevaba sin recibir mensajes de Cris y me comencé a poner un tanto nervioso, en este momento ya eran ocho días los que habían pasado desde que nos despedimos en el aeropuerto de Madrid.

Si no estar con ella dolía, no os puedo decir cuánto me partía el alma el hecho de ni siquiera poder comunicarme por ningún medio. Eso sí que podría conducirme directo a la locura y a que me tuviesen que poner una camisa de fuerza, puesto que lo pensaba y no lo podía soportar...

La comencé a llamar desesperado, pero ni descolgaba las llamadas, ni mucho menos veía mis mensajes, eso me hizo comenzar a pensar en que algo le podía haber pasado. Ni siquiera en sus redes sociales colgaba nada, cosa que mínimo un post al día solía poner.

No quería ser negativo. De hecho, yo era un hombre que trataba de ver siempre el vaso medio lleno y no medio vacío, si bien aquello era demasiado y me hizo perder la razón.

Solo una idea en mi cabeza: tenía que dar con Cris, tenía que asegurarme de que no le hubiese sucedido nada ni tampoco a Toño, tenía que hacerle ver que eran parte de mi vida y que, si algo malo les sucedía, yo estaría allí como el primero. No pensaba dejarlos tirados en ningún momento, eso sí que no formaba parte de mis planes.

El caso es que yo no tenía su dirección y los únicos datos con los que contaba era sus apellidos, sus redes y su número de teléfono. Llamé incluso al número de teléfono que venía en su página de la tienda, pero claro, los pedidos los llevaban desde una empresa, de la cual los trabajadores no sabían de ella ni tenían contacto. Todo estaba siendo una locura.

Tenía que seguir investigando y eso implicaba más tiempo, un tiempo que a mí se me hizo eterno, pues cada hora que pasaba sin tener noticias de ella me parecía una eternidad. Llegué a obsesionarme con el móvil hasta no poder soltarlo en ningún momento, por si acaso se comunicaba conmigo. No me perdonaría que ella me llamase y no poder atender la llamada.

,

Kike comenzó a desesperarse porque decía que a su amiguito le había pasado algo o ya no quería saber nada de él

dado que solían hablar por videollamadas, pero desde dos días atrás también habían perdido el contacto por completo.

Lo que me faltaba, porque no solo yo estaba hecho un manojo de nervios, sino también mi niño. Y yo era quien tenía que controlar la situación. Obviamente, no iba a ser él, que era un crío pequeñito.

Me había planteado ir a Cáceres si seguía sin tener noticias de ellos, pero claro, era ir a buscar una aguja en un pajar ya que la ciudad contaba con casi cien mil habitantes y me iba a tener que poner a hacer una búsqueda que no sabía si me terminaría dando resultados.

Ese plan sería el último, por si todos los demás me fallaban. Sería ese as en la manga en caso de que viera que podía perder definitivamente la partida y, aunque no sería fácil, tendría que terminar por planteármelo en el caso de que Cris siguiera sin dar señales de vida.

La desesperación se fue acrecentando en los siguientes días en los que seguía igual, ni la veía conectada, ni leía mis mensajes ni cogía mis llamadas, cosa que me extrañaba ya que, si les hubiera pasado algo, a estas alturas no tendría batería en el móvil. Todo era un rompecabezas que cada vez estaba afectando más a mi casa, tanto el niño como yo teníamos los ánimos por los suelos.

En el día a día, yo era un muerto viviente, como un fantasma y hacía lo mínimo en la casa, ocupándome de la comida de Kike, de su ropa y de poco más, porque me era imposible pensar en nada que no fuera Cris y eso que pudiera haberle ocurrido.

Y no sabía a quién acudir, ella solo me habló de sus padres, por mucho que mirase en sus redes para ver si había alguien que le comentase más de lo normal o en plan amigas, no encontraba indicio de nada. Solo comentarios de chicas que no dejaban entrever si realmente había una gran amistad o no con ellas.

Tampoco me sentía quién para meterme a saco en su vida, llegar arrasando en su mundo, un mundo en el que no podía irrumpir de esas maneras, salvo que ya no me quedase más remedio.

Desesperado hasta tal punto que ya me estaba afectando en todo, psicológicamente estaba por los suelos, tanto que no me concentraba en el guion que estaba haciendo para una peli, menos mal que iba sobrado de tiempo y lo llevaba muy adelantado, pero no tiraba para adelante en ninguno de los ámbitos de mi vida.

Y tanto fue así que me volví tan loco los siguientes días que compré un par de vuelos, hice una maleta y pusimos rumbo a la península a intentar encontrar las respuestas a todas esas preguntas que no solo me azotaban a mí, sino también a Kike que estaba de lo más decaído y triste. Me partía el alma verlo de esa manera tan cabizbaja.

Al fin y al cabo, apenas tenía nada que perder y mucho que ganar. Si daba con ella, mi alivio sería infinito, y eso era lo que buscaba, el alivio a una situación que, de otro modo, acabaría psicológicamente conmigo.

Sé que puede sonar a arriesgado por mi parte, aunque no lo era tanto conociéndola como yo la conocía. Me refiero a que Cris no me parecía una chica que le hubiese dado carpetazo a lo nuestro sin dejármelo claro. Ella no era ninguna niñata para actuar de un modo tan raro, por lo que tendría sus razones.

Kike, pese a su corta edad, también le daba muchas vueltas a la cabeza. A veces, sus razonamientos me sorprendían muchísimo, y hasta llegaba a ponerme más nervioso de lo que él pudiese imaginar.

—Papá, ¿y si ya no nos quieren? —Esa pregunta me llegó a lo más hondo y es que era una de las posibilidades con las que contaba.

—¿Qué te digo Kike? —El avión estaba despegando en esos momentos—. Tendremos que enfrentarnos a lo que quiera que haya pasado.

—Yo no quiero perderlos. Papá, es que no quiero. Si ellos han cambiado, si ya no nos quieren en su vida, tú tienes que convencer a Cris y yo a Toño — me propuso.

—No me vayas a llorar otra vez que me rompo, hijo.

—No deberíamos haberlos dejado marcharse.

—Eso no era una opción.

—Pues hay que luchar por las personas que se quieren —protestó.

—Kike, tienes razón, pero a veces la vida no es tan sencilla como los niños la imagináis, ojalá fuera todo decirlo y que pasara, pero estamos aquí y si es así es por algo. —Traté de calmarle porque, si no, terminaría de lo más triste

—Si los encontramos, prométeme que no los perderemos más. —Se le cayeron unas lágrimas.

—No sabemos con lo que nos vamos a encontrar, Kike, no puedo prometerte algo de lo que aún ni siquiera tengo las respuestas para decidir nada, pero sí que puedo prometerte, que, si todo sale bien, haré todo lo que esté en mis manos para que permanezcan en nuestras vidas.

—Pero de verdad, no por videollamadas —me recalcó hasta señalándome con el dedo y sin dejar de lagrimear, cosa que me partía el corazón.

—De verdad, mi vida, de verdad. —Le eché la mano por encima y le besé la cabecita.

—Es que por videollamadas no vale. La gente que se quiere está juntita y hace las cosas como una familia. Nosotros podemos ser una familia, porque Cris es una buena mamá y tú... Tú eres el mejor papá del mundo.

» —Kike, yo ya te lo he prometido, no tienes que hacerme la pelota, cariño.

—Eso no te lo digo por hacerte la pelota, eso te lo digo porque es verdad de la buena —recalcó y entonces quien tuvo que reprimir las lágrimas para que aquello no pareciera un funeral fui yo.

No podía fallarle a Kike, pero tampoco a Cris ni a Toño. Era como si me sintiera responsable de todos ellos y eso solo podía tener que ver con una cosa, es decir, con el amor que sentía por los tres.

Mi niño me miraba y me creía. Esa era una responsabilidad todavía mayor, como digo. Mi corazón latía fuerte y se debatía entre la ilusión por encontrarla y el miedo a que me recibiera fría y distante. Más que miedo era verdadero terror a que la mujer por la que me podría replantear mi mundo al completo hubiese cambiado de idea y no quisiese saber nada de mí.

» En espera de descubrir hacia dónde nos llevaría el destino, si algo tenía yo claro era que aquel vuelo se me haría e más largo de mi vida, y eso que su duración no era en absoluto excesiva.

Miraba esas nubes por la ventanilla y pensaba en la ironía de que, en ellas, en las nubes, sentí cada minuto que pasé con Cris.

/

».

—Kike, yo ya te lo he prometido, no tienes que hacerme la pelota, cariño.

—Eso no te lo digo por hacerte la pelota, eso te lo digo porque es verdad de la buena —recalcó y entonces quien tuvo que reprimir las lágrimas para que aquello no pareciera un funeral fui yo.

No podía fallarle a Kike, pero tampoco a Cris ni a Toño. Era como si me sintiera responsable de todos ellos y eso solo podía tener que ver con una cosa, es decir, con el amor que sentía por los tres.

Mi niño me miraba y me creía. Esa era una responsabilidad todavía mayor, como digo. Mi corazón latía fuerte y se debatía entre la ilusión por encontrarla y el miedo a que me recibiera fría y distante. Más que miedo era verdadero terror a que la mujer por la que me podría replantear mi mundo al completo hubiese cambiado de idea y no quisiese saber nada de mí.

En espera de descubrir hacia dónde nos llevaría el destino, si algo tenía yo claro era que aquel vuelo se me haría el más largo de mi vida, y eso que su duración no era en absoluto excesiva.

Miraba esas nubes por la ventanilla y pensaba en la ironía de que, en ellas, en las nubes, sentí cada minuto que pasé con Cris.

Capítulo 16



Aterrizamos en el aeropuerto de Sevilla y nos dirigimos a la empresa de alquiler de coches donde me entregaron las llaves del que había reservado *online*. Metí las maletas en el maletero, senté al niño en su sillita y arranqué para ir directos a Cáceres que nos quedaba a dos horas y media de carretera.

—Papá, ¿ya estamos muy cerquita de la casa de Toño? —me preguntó.

—No, cariño, ahora lo mejor será que te duermas un ratito, porque todavía queda.

—Y si todavía queda, ¿por qué el avión no ha volado un poquito más y nos ha dejado más cerca? —Su inocencia le llevaba a hacer una pregunta tras otra.

—Porque el billete solo llegaba hasta Sevilla, no nos podían acercar más.

—¿Y es el piloto quién lo decide?

—Más o menos, cariño, más o menos.

—Pues se lo podrías haber dicho, que los queremos mucho y que tenía que dejarnos más cerquita de ellos, que no ha dejado demasiado lejos y yo tengo muchas ganas de verlos.

—No podía ser, Kike, no podía ser.

—Pero tú siempre me dices que, si las cosas no se intentan, no se consiguen ¿y entonces?

—Entonces vamos a tratar de encontrar a Cris y a Toño, ¿vale?

—Vale, eso es fácil, todos los conocerán, porque son muy buenos —opinó.

—Ya, cariño, aunque no es cuestión de bondad. Cáceres es grande, ¿lo entiendes?

—Da igual, papá. Yo siento aquí, en mi corazoncito, que los vamos a encontrar.

El trayecto lo pasamos de lo más nerviosos, se notaba en las preguntas que hacía Kike y en las respuestas que yo le daba como buenamente podía. El pequeño se pensaba que por ser adulto tenía las claves de todo, y nada que ver con la realidad, ojalá fuese así de simple.

En un momento dado, el crío se quedó dormido y yo lo agradecí, porque estaba atacado de los nervios y necesitaba pensar con claridad y él, al que le pasaba lo mismo, apenas me dejaba concentrarme en nada.

Yo lo tenía todo atado y bien atado para el momento en el que llegásemos, porque viajando con niños no se puede improvisar.



Habíamos cogido un hotel en una zona muy céntrica de Cáceres, en donde después de registrarnos y dejar las cosas en la habitación, nos echamos a la calle para comer y hacer un poco de equipo de investigación.

No sería nada fácil y menos con los pocos datos con los que contaba, pero si algo tenía yo claro es que, una vez allí, no pensaba tirar la toalla. Yo daría con Cris, así se hubiera escondido en un búnker.

Una cosa era evidente: si ella no quería estar conmigo me rompería el corazón, aunque siempre sería mejor eso que no llegar a conocer nunca la verdad de lo que ocurrió con lo nuestro.

Nos sentamos en una terraza que estaba a la sombra, la calor daba bien fuerte y de ahí a que recordara eso que siempre me decía Cris, que le quedaba un verano de lo más asfixiante.

No se había equivocado ni un poquito, dado que no corría ni una pizca de brisa y, entre eso y el agobio que yo sentía, estaba que me faltaba el aire, como si me fuera a dar un colapso.

Si de algo me di cuenta enseguida fue de que allí la gente era muy amable y le gustaba ayudar. Sin ir más lejos, el camarero que nos atendió era majísimo, así que aproveché para preguntarle si conocía a Cris y le enseñé una foto de ella desde mi móvil.

Obvio que habría de ser una enorme casualidad, porque aquella ciudad no era un pañuelo y casi seguro que eso mismo me diría él, pero por algún lugar tenía que comenzar yo a tirar del hilo. Y ojalá que ese hilo me llevase a Cris, puesto que no estaba dispuesto a abandonar la búsqueda a la primera de cambio.

Fue mirarla y ponerse pálido, su expresión cambió por completo. Algo estaba ocurriendo, él debía conocerla porque nadie pone esa expresión tras ver la foto de un desconocido, si bien debía haber algo más porque su palidez era cada vez más evidente.

—¿Qué sabes de esta chica? —me preguntó en tono bajo.

—La conocí en un viaje y perdí el contacto con ella, también su dirección —mentí para lograr que se abriera más conmigo. Una simple mentirijilla piadosa para lograr algo de información por parte de una persona que podría dármela, eso se notaba.

—Lleva unos días siendo noticia en televisión y en los periódicos de la ciudad. Le dieron una paliza y está debatiéndose entre la vida y la muerte en el hospital —me confesó con un tono que expresaba tristeza e ira al mismo tiempo. Si él la sentía, no puedo ni describir lo que sentí yo, puesto que el mundo se me vino encima en ese momento.

—¡No! —gritó Kike haciendo que los dos lo mirásemos, puesto que no pudimos evitar que se enterase, pese a no hablar alto.

—¿En qué hospital está? —le pregunté porque iría disparado hacia allí en cuanto le diese algo de comer a mi niño

—Te lo apunto. —Cogió una servilleta y me apuntó hasta la dirección. Como digo era un tipo estupendo y, además, que notó el interés que yo tenía en saber de Cris y lo mucho que me afectó la noticia.

—¿Se sabe quién hizo eso? —le pregunté cerrando y apretando mis manos tanto que, sin darme cuenta, me clavé las uñas en las palmas. Fue un acto reflejo por la mucha rabia que sentía en mi interior.

—Todo apunta a que tuvo que ser algo sentimental porque los que la conocían decían que podía ser el padre de su hijo, ese que nadie sabía quién era, pero ella por lo visto lo detestaba. Ahora todo son hipótesis y está la policía trabajando en ello.

Le agradecí la información a pesar de estar reprimiendo mis lágrimas, algunas lograron escapar. El chico apretó mi hombro en señal de que me daba ánimos y fuerza. Se lo agradecía, no le conocía de nada y, aun así, me había servido de gran ayuda, lo cual era muy de agradecer.

No me entró la comida, no hace falta que diga que ni siquiera la probé. Kike muy poquito, pero estaba llorando y haciendo mil preguntas, la verdad que el que hubiera escuchado eso era terrible, pero el chico no se podía ni imaginar el cariño que mi hijo le tenía a Cris.

—Papá ¿qué le va a pasar? Dime que se va a poner bien. Es la mamá de Toño y yo quiero que también sea mi mamá —me decía.

—No le va a pasar nada, hijo, nada. —Trataba de tranquilizarle cuando lo cierto es que me moría de pensar que un malnacido la hubiese maltratado hasta ese punto, hasta el de no saber si ella podría seguir disfrutando de la vida.

—Es que yo no quiero que le pase nada, porque yo ya perdí una mamá y ahora no quiero perder otra, papá, es que

no quiero, ¿tú me entiendes? ¿Me entiendes? —insistía en un estado de lo más nervioso.

—No la vamos a perder, cariño. Cris es muy fuerte y va a luchar, estoy seguro de que va a luchar —le decía implorándole al universo que así fuese, que no me la arrebatase en la flor de la vida. Ella no solo le hacía falta a Toño, sino también a Kike y a mí, a mí porque yo ya no me imaginaba la vida sin ella.

¿Quién cojones le había hecho eso a Cris? Sentía un dolor en mi pecho muy difícil de aguantar. La respiración me fallaba mientras el niño degustaba lo poquito que conseguí que comiese.

La entrada y la salida del aire de mis pulmones como que necesitaba gestionarla, porque me estaba costando. No podía permitirme el lujo de que me diera un ataque de ansiedad, no con un crío pequeño a mi cargo y con la necesidad de dar con ella.

Regresamos al hotel donde vi que tenían servicio de cuidadoras de niños, así que pregunté en la recepción e hizo una llamada para ver si la chica estaba disponible ya que venía de la calle y la avisaban según la requirieran. En quince minutos llegó y me pareció un encanto, se la veía con unos gestos muy bonitos hacia Kike. Lo iba a llevar a un parque y luego a merendar. No tenía problema por horas y les autoricé a entrar a la habitación por si se me echaban las horas encima.

Para mí fue una bendición. No sabía qué demonios me encontraría en ese hospital y, en cualquier caso, no era un sitio para un niño, eso lo tenía más que claro.

no quiero, ¿tú me entiendes? ¿Me entiendes? —insistía en un estado de lo más nervioso.

—No la vamos a perder, cariño. Cris es muy fuerte y va a luchar, estoy seguro de que va a luchar —le decía implorándole al universo que así fuese, que no me la arrebataste en la flor de la vida. Ella no solo le hacía falta a Toño, sino también a Kike y a mí, a mí porque yo ya no me imaginaba la vida sin ella.

¿Quién cojones le había hecho eso a Cris? Sentía un dolor en mi pecho muy difícil de aguantar. La respiración me fallaba mientras el niño degustaba lo poquito que conseguí que comiese.

La entrada y la salida del aire de mis pulmones como que necesitaba gestionarla, porque me estaba costando. No podía permitirme el lujo de que me diera un ataque de ansiedad, no con un crío pequeño a mi cargo y con la necesidad de dar con ella.

Regresamos al hotel donde vi que tenían servicio de cuidadoras de niños, así que pregunté en la recepción e hizo una llamada para ver si la chica estaba disponible ya que venía de la calle y la avisaban según la requirieran. En quince minutos llegó y me pareció un encanto, se la veía con unos gestos muy bonitos hacia Kike. Lo iba a llevar a un parque y luego a merendar. No tenía problema por horas y les autoricé a entrar a la habitación por si se me echaban las horas encima.

Para mí fue una bendición. No sabía qué demonios me encontraría en ese hospital y, en cualquier caso, no era un sitio para un niño, eso lo tenía más que claro.

Capítulo 17



Me noté tembloroso al ponerme al volante del coche. Aun así, debía conducir hasta ese hospital en el que estarían haciendo cuanto pudiesen por ella.

Mierda, cómo me dolía pensar en los días que había perdido haciéndole llamadas y enviándole mensajes que de pronto sabía por qué ella no podía contestar. Y el hecho de que el teléfono siguiese encendido ya no era un misterio para mí, puesto que sus padres debieron mantenerlo con batería.

Llegué al hospital y pregunté por ella, me dijeron que avisaban a sus familiares para que bajaran a hablar conmigo ya que sin autorización no me podían dar ninguna información. Rápido me dijo que venía la madre para reunirse conmigo aquí.

Me alegré de que no hubiese preguntado quién era ya que no me habría conocido y quizás hubiera declinado el bajar. No parecía que fuese así y eso fue algo que me agradó, dentro de toda aquella locura en la que yo ya ni sabía dónde estaba de pie.

Apareció una señora mirando hacia todos los lados y por la edad que sabía que tenía, presentí que era ella, la madre de Cris. Su aspecto era bondadoso e incluso noté cierto parecido físico entre ambas. Además, llevaba las huellas del sufrimiento en la cara, como si le hubiesen hecho un daño infinito.

—Hola, ¿es usted la mamá de Cris? —le pregunté compadeciéndome porque, si yo estaba sufriendo, no podía ni imaginarme cuánto de mal lo estaría pasando ella.

—Sí, hijo ¿quién eres? —preguntó con tristeza. Apenas le salía la voz del cuerpo y era normal. Demasiado bien parecía estar llevándolo al mantenerse entera y hasta bajar para hablar con alguien a quien no conocía.

—Mi nombre es Mauro y soy amigo de su hija, la conocí a ella y su nieto en estas vacaciones en Mauricio.

—¿Eres el papá de Kike y vivís en una isla? —me preguntó y su rostro, tan doloroso como se mostraba, se encendió por un segundo, como si viese una lucecita detrás de aquel oscuro túnel.

—Sí —dije a la misma vez que comenzaban a caer las lágrimas sobre las mejillas.

—Tú estás aquí, al final has sido tú quien ha venido, no me lo puedo creer —murmuraba. Pese a lo mal que se la veía, parecía estar en su sano juicio. Me inspiraba una enorme ternura, debía de ser una de esas personas buenas de condición.

—No entiendo sus palabras, ¿por qué dice usted eso?

—Porque ella había sacado un vuelo para los dos para ir a daros una sorpresa hace unos días —me confesó y es cuando no pude contenerme y comencé a llorar. No dudó en abrazarme y nos fundimos como si nos conociéramos de toda la vida.

—Y yo pensando que quizás me estuviese echando de su vida. Me volví loco cuando vi que no contactaba conmigo.

—¿Echarte? No, ella estaba muy ilusionada con ese viaje. Y yo también, porque hacía muchísimo tiempo que no veía a mi hija así de feliz.

—¿Me lo está diciendo en serio? —le preguntaba tratando de contener esas lágrimas que se habían empeñado en salir a cántaros de mis ojos. Y más que iba a llorar porque ella tenía mucho que contarme.

Cris había salido del peligro, pero estaba muy mal y sedada, aún no querían despertarla, iban a esperar un poco más. Los médicos eran optimistas, aunque en un caso como el suyo, que fue de extrema gravedad, no se la iban a jugar.

En cuanto a sus padres, que eran mayores y estaban extremadamente cansados, se turnaban para quedarse con ella los pobres iban y venían en taxi y a su edad no la dejaban sola ni un rato.

Se notaba que eran unos buenos padres. Unas personas que se habían volcado en su hija y a las que la vida se les paró cuando les dieron la cruel noticia.

Yo no quería molestarles, pero ardía en deseos de verla. La noticia que ella me había dado sobre su recuperación era estupenda y, aun así, debíamos andar con cautela, no era todavía tiempo de lanzar cohetes.

Le hice saber que no podía esperar más, que había volado desde lejos para saber de Cris y que necesitaba verla cuanto antes. Ella, agradecida, se hizo cargo.

Me invitó a subir y aunque sabía que me iba a matar verla de esta manera, no quería perder la oportunidad de estar a su lado en estos momentos. Yo nunca me lo habría perdonado en el caso de no brindarle todo mi apoyo y ayuda.

Fue poco lo que lloré abajo para lo que me derrumbé y lloré cuando subí y la vi con todos esos moratones por su cuerpo y dormidita. Aquello había sido una salvajada que no podía quedar impune. El criminal que le había hecho

aquello a Cris debía pagar entre rejas.

Me acerqué a ella, tembloroso. La rabia hacia ese animal la dejé dentro, en lo más profundo de mí. Ella solo percibiría mi cariño y mi dulzura.

—Cris, mi vida, estoy aquí. —Le acaricié la mano y me la llevé a mis labios para besarla—. Toño y Kike te están esperando, por no hablar de mí que no se vivir sin ti.

s —Yo estoy segura de que te está escuchando —dijo su mamá acariciando mi espalda y empatizando conmigo.

Ella salió un poco para dejarnos a solas. Tenía la absoluta certeza de que su hija oía mis palabras y de que le harían mucho bien. Yo también lo deseaba desde el fondo de mi corazón, ¿cómo no iba a desearlo si me moría porque despertase?

Estuve unos minutos mirándola y roto por el dolor de ver lo que le habían hecho, una salvajada que tuvo que venir de alguien sin escrúpulos ni corazón, no podía ser de otra manera. Hasta me hice sangre en el labio inferior sin apenas darme cuenta, al mordérmelo por la mucha rabia que debí reprimir.

Si hubiese tenido a ese animal delante no sé lo que hubiese hecho. Probablemente, buscarme la ruina, puesto que habría podido despedazarle con mis propias manos. Hasta ese día no conocí un sentimiento como aquel, uno que me llevaba a desearle lo peor a ese criminal que a punto estuvo de llevársela por delante.

Unos minutos después, salí para hablar con su madre. Había mucho que organizar y mi prioridad era poder quedarme con ella sin desatender a Kike, algo que le hice saber.

,

Ella me propuso llevar a Kike al campo con Toño ya que le dije que me quería quedar unos días y si me lo permitían turnarme con ellos, todo eso para no decirle que por mí no me movía de allí. Eso sí, yo solo llevaba unos días en la vida de su hija y no podía llegar como un dictador imponiendo órdenes, de modo que debía contar con su opinión para todo, como es lógico.

La buena noticia era que ella estaba por la labor de que nos ayudásemos en todo. No me equivoqué al pensar que se trataba de una buena mujer que, además, veía con muy buenos ojos mi relación con su hija, porque eso se notaba. Yo no parecía un simple amigo de unos días, sino un hombre enamorado que fue a buscarla y que las pasaría canutas, igual que ellos, hasta que la viésemos mejor.

Esa mujer también quería hasta que dejara el hotel y me instalara en su casa, casi me lo imploró, decía que no tenía que estar pagando un hotel y que así estaba también cerca de los críos. No podía ser mejor.

.

—Pero yo no me puedo meter así en su casa y en su vida. Yo se lo agradezco mucho, se lo agradezco de corazón, aunque no puede ser.

,

—Lo primero que tienes que hacer es tutearme, hijo, y después hacerme caso. Lo que yo te ofrezco, te lo ofrezco de corazón, nadie me obliga, de manera que deberías aceptarlo.

Isabel que así se llamaba era una gran persona, por no decir también la humildad de su marido que llegó dos horas después a hacer el relevo y cuando supo quién era yo, me dio un entrañable abrazo.

Fernando, el papá de Cris no insistió en que me fuese a su casa a instalarme, sino que casi me dio una orden que me sacó una sonrisa en estos momentos tan dolorosos.

Se daba la curiosa circunstancia de que se llamaban Isabel y Fernando, como los Reyes Católicos, y puedo decir sin temor a equivocarme que reyes no serían, pero que contaban con una grandeza infinita.

Me fui con Isabel al hotel a recoger al pequeño y mis cosas. Ella lo abrazó con todo el cariño mientras Kike le preguntaba si Cris se iba a poner bien. Lo trató como si fuese su propio nieto desde el minuto cero. Yo ya comenzaba a apreciarla, pero con ese gesto me dejó con las rodillas como un flan.

—Claro, esa joven es un toro, puede con todo y pronto estará dando chillidos alrededor de vosotros y perdiendo la poca paciencia que tiene —le dijo con una sonrisilla consiguiéndole arrancar otra a Kike.

¿Quién iba a conocerla mejor que su madre? Cielo santo, ya salió su poca paciencia a relucir. Ojalá que también la tuviese, la poca paciencia, para no querer estar demasiado tiempo en esa cama y que pronto la viéramos, así como decía su mamá.

Fuimos hacia las afueras donde estaba su campo y el encuentro de Toño y Kike fue de esos de película, ambos cayeron al suelo abrazados y llorando, eran como dos almas gemelas que no se podían separar.

Solo con verlos así, supe que ellos estaban hechos para vivir juntos. Sin duda que el viaje a Isla Mauricio había sido lo mejor en mi vida, porque yo no solo había encontrado en él a una mujer, sino a una familia al completo, lo mismo que Kike.

Era curioso porque si de algo me lamenté desde que me lo llevé a vivir conmigo fue de que mi niño pudiera estar un poco solo en el mundo, y de pronto éramos un montón.

La casa era inmensa, antigua, pero la tenían muy bien conservada y con un terreno donde tenían un pequeño huerto y mucha zona para que los niños corrieran. Un paraíso para los críos, pues no se me ocurría un lugar mejor en el que pudieran quedarse mientras que Cris se recuperaba y veíamos qué hacer con nuestras vidas.

Me instalé en una de las habitaciones que tenía dos camas, eso sí, Kike y Toño ya advirtieron que dormían juntos en la habitación de este. Todavía mejor, así ellos podrían descansar tranquilos mientras yo me hacía cargo de Cris.

Sobre las diez de la noche después de cenar, fui a por el marido para traerlo a la casa y regresé al hospital, les

había pedido por favor el poder quedarme con ella y así también de algún modo que ellos descansaran, no tenían edad para pasar más noches en un sillón.

s —Hijo, pero tú también estás muy cansado por el viaje —me decía Isabel, que más buena no la había. Siempre mirando por los demás, como me había demostrado durante todo el día con cada uno de sus detalles.

—Yo soy joven, por esa parte no hay ningún problema. Además, que no os puedo estar más agradecidos, para mí es un honor que me permitáis acompañarla.

—Bueno, yo no sé si podré pegar ojo hasta que vea a mi niña despierta, la verdad, pero te reconozco que necesito al menos descansar un poco. Tengo varices en las piernas y me duelen a rabiar.

—Pues trata de descansar, Isabel, e infinitas gracias. —Me despedí de ella con un beso en la frente, me salió del alma.

—Muchas gracias a ti. Estoy muy contenta de que hayas venido, y más que se pondrá mi niña cuando se despierte y te vea. Saltos de alegría dará.

—Claro que sí, Isabel, claro que sí...

a

Llegué al hospital y me la encontré como la dejé. Era desesperante no tener la certeza de que me estuviera escuchando y de que supiera que yo estaba allí para darle ánimos y para pedirle de rodillas si hacía falta de que luchara.

A pesar del cansancio por la intensidad del día, y por lo difíciles que fueron también todos los anteriores, era como si no quisiera cerrar los ojos, como si solo pretendiera quedarme allí, delante de ella y esperar a que por fin abriese los suyos.

Me costó mucho coger el sueño, sostenía la mano de Cris a la que le hablaba mientras iba dejando caer todas esas lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Era bueno llorar y echar para fuera toda la tensión antes de que ella se despertase, puesto que entonces todo debería ser alegría para ayudarla con su recuperación, porque yo quería pensar en que se recuperaría, me negaba a admitir otra cosa.

Verla así era el hecho más doloroso que había pasado en mi vida, a pesar de todo lo que viví, pero esto me parecía lo más inhumano del mundo.

s

.

había pedido por favor el poder quedarme con ella y así también de algún modo que ellos descansaran, no tenían edad para pasar más noches en un sillón.

—Hijo, pero tú también estás muy cansado por el viaje —me decía Isabel, que más buena no la había. Siempre mirando por los demás, como me había demostrado durante todo el día con cada uno de sus detalles.

—Yo soy joven, por esa parte no hay ningún problema. Además, que no os puedo estar más agradecidos, para mí es un honor que me permitáis acompañarla.

—Bueno, yo no sé si podré pegar ojo hasta que vea a mi niña despierta, la verdad, pero te reconozco que necesito al menos descansar un poco. Tengo varices en las piernas y me duelen a rabiar.

—Pues trata de descansar, Isabel, e infinitas gracias. —Me despedí de ella con un beso en la frente, me salió del alma.

—Muchas gracias a ti. Estoy muy contenta de que hayas venido, y más que se pondrá mi niña cuando se despierte y te vea. Saltos de alegría dará.

—Claro que sí, Isabel, claro que sí...

Llegué al hospital y me la encontré como la dejé. Era desesperante no tener la certeza de que me estuviera escuchando y de que supiera que yo estaba allí para darle ánimos y para pedirle de rodillas si hacía falta de que luchara.

A pesar del cansancio por la intensidad del día, y por lo difíciles que fueron también todos los anteriores, era como si no quisiera cerrar los ojos, como si solo pretendiera quedarme allí, delante de ella y esperar a que por fin abriese los suyos.

Me costó mucho coger el sueño, sostenía la mano de Cris a la que le hablaba mientras iba dejando caer todas esas lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Era bueno llorar y echar para fuera toda la tensión antes de que ella se despertase, puesto que entonces todo debería ser alegría para ayudarla con su recuperación, porque yo quería pensar en que se recuperaría, me negaba a admitir otra cosa.

Verla así era el hecho más doloroso que había pasado en mi vida, a pesar de todo lo que viví, pero esto me parecía lo más inhumano del mundo.

Capítulo 18



Antes de que entrasen a primera hora las enfermeras yo ya llevaba un rato despierto. Me avisaron de que iban a comenzar a despertarla, que a partir de estos momentos tenía que estar muy vigilada.

Esa era una gran noticia, muy impactante, pero grande. Hasta que ella no estuviera despierta del todo no podríamos saber en qué estado se encontraba ni si le quedaría alguna secuela a consecuencia de la brutal paliza.

Los nervios me comían porque, sin duda, era uno de los días más importantes de mi vida. Quién me lo iba a decir, cuando me acerqué a ella sin conocerla unas semanas atrás. Y, de repente, se había convertido en el eje central de mi vida, junto con los niños.

Esperé una hora prudente para llamar a su madre tal y como quedamos y le conté lo que me habían transmitido, se emocionó mucho y me dijo que venía para el hospital en taxi. No me quería mover de allí por lo que pudiera pasar y por lo que me había dicho la enfermera.

La mujer se mostraba cauta también, aunque no podía esconder su emoción. Me dijo que llevaba toda la noche rezando, que no sabía cuántas plegarias habían salido de su boca, y que por fin surtirían efecto. Yo me acordé de ese tipo de frases en la isla, cuando Cris miraba al cielo y decía eso de «han escuchado mis plegarias» en esos momentos en los que los críos decidían quedarse en el barco. No la había más salada, moría por volver a escuchar cómo me decía esas cosas.

Su mamá llegó con un sándwich de pan de cereales con una muy buena pinta, se notaba que lo había hecho desde el cariño. Me lo comí por el respeto que le debía a tal gesto, pero, la verdad es que tenía el estómago de lo más cerrado.

De todos modos, debía pensar en ir comiendo más, porque ella se iba a despertar, claro que se despertaría, y yo necesitaría poder echar mano de todas mis fuerzas para poder ayudarla.

El enredo por parte de enfermeros y médicos fue considerable. En casos así, se genera mucha expectación, a sabiendas de que la prensa recogía a diario las noticias de cómo iba evolucionando.

Fue sobre las once de la mañana cuando Cris comenzó a despertar, pero sin enterarse de nada, abría un poco los

ojos, nos miraba y se volvía a dormir.

Isabel y yo también nos mirábamos y nos abrazábamos. Suponíamos que para ella sería un *shock* cuando por fin se despertase y nos encontrase juntos, uniendo fuerzas a su madre y a mí.

—Espero que cuando se despierte del todo nos reconozca —me comentó ella mientras lanzaba un suspiro. Uno de los muchos que le salían del alma a lo largo del día, porque esa mujer estaba pasándolo muy mal, como suele decirse.

—Claro —la miré con cariño —claro que sí, solo que ahora está muy adormilada y no se da cuenta de nada. Pero cuando lo haga, abrirá mucho los ojos y nos soltará una de las suyas —la animé.

—Le va a ser muy doloroso recordar todo —se lamentó a la vez que se le notaba ese nudo grande en la garganta.

—Sí, pero para eso estamos todos, para ayudarla a salir de esto que se le viene encima. No la vamos a dejar sola ni un momento y eso hará mucho.

—Creo que la quieres mucho, hijo —me comentó mientras me miraba con infinita dulzura.

—Sí, debo reconocer que en la otra parte del mundo me robó el corazón —me sinceré.

—Ella es así, tiene esa habilidad. También nos lo robó a Fernando y a mí cuando nació, aunque claro, nosotros somos sus padres. Y luego vino Toño, y la alegría fue total. Ella puede decir muchas cosas, porque es así de loquilla y porque el mundo se le vino un poco encima, pero adora al crío con todo su corazón.

—Lo sé, Isabel, lo sé.

Me contó que Toño se había enterado por la tele, que a ella la encontraron en las escaleras de su casa así, moribunda. El pequeño se encontraba con los abuelos en un rato que lo dejó allí para venir al piso a recoger una cosa. Al menos no tuvo que presenciar la agresión en primera persona, ya que eso sí que hubiera sido ya lo peor de lo peor. Bastante mal lo estaba pasando, pese a todo.

Los minutos se nos hacían eternos. Teníamos unas ganas increíbles de que ella volviera a la vida, de que resucitara, como decía Isabel con ese desparpajo suyo que me sacaba la sonrisa.

No obstante, el personal nos explicó que esas cosas llevaban su tiempo y nosotros por nada del mundo queríamos forzar la situación, sino que su despertar fuese el más natural del mundo.

Fue sobre la una de la tarde que abrió los ojos más detenidamente y nos miró mientras se le derramaban algunas que otras lágrimas. No sabíamos muy bien a qué obedecían, si era por vernos juntos o porque pudiera haber recordado algo de golpe.

—Hija, mira quién está aquí —le comentó su madre con esa dulzura suya.

—Quiero hablar con la policía. —Ni siquiera se alegró de vernos, era como una mujer ida, dolorida y con mucha rabia en su corazón.

Entendí la situación perfectamente y no me sentí mal por ello. Todo lo contrario, lo primero sería que ella pudiera contarles su verdad y que, a ese miserable, fuera quien fuese, le detuviesen de momento y le metiesen entre rejas.

Isabel me miró asintiendo. Ella pensaba lo mismo que yo, pues ya nos entendíamos con solo mirarnos.

No dudé en llamar a la policía y un inspector junto con un agente vinieron a tomarle declaración. Dio nombres y apellidos, además, que era muy conocido, como ella ya me había dicho, solo que hasta ahora no había desvelado el nombre.

La carne se me puso de gallina cuando desveló su identidad. Durante todo el tiempo sospeché que fuese él, pero en el fondo de mi corazón albergaba la esperanza de que la hubiese atacado un desconocido. Y no...

Había sido el maldito padre de Toño, ese ser que se enteró, no sé cómo, de que ella había estado en la isla con un hombre y fue hasta su casa para amenazarla, no quería bajo ningún concepto que su hijo tuviese relación ni se encariñase con nadie. Discutieron y la cosa se fue de madre, de las palabras pasó a los golpes hasta darle una brutal paliza.

Cris lo contó con pelos y señales. Era curioso, porque acababa de despertar, pero describió la situación como si la estuviese viviendo en ese mismo momento, algo que resultó tan doloroso como necesario.

Ese maldito hijo de puta debía ser de esos que piensan que las personas son de su propiedad y que, con su hijo, podía hacer y deshacer a su antojo. Qué poco valen algunas personas para ser padres. Costaba pensar que hubiese cometido una atrocidad así cuando lo cierto era que, para colmo, su hijo le importaba un pimiento, como demostró en todo aquel tiempo en el que Cris me contó que se fue distanciando de Toño solo porque a su pareja no parecía caerle bien.

Ahora lo peor de todo es que me sentía con peso de conciencia de que por mi culpa hubiera pasado eso tan fuerte, que sé que no lo era del todo y que nada en la vida justificaría su acción ni mucho menos, no podía quedar impune, pero saber que le había pasado eso por haber estado conmigo me dejaba de lo más abatido.

Creí que me iba a volver loco, y más cuando la veía tan ida a consecuencia de esa brutal agresión que parecía haberla marcado más allá de sus golpes físicos.

Durante su declaración tuve que hacer un verdadero esfuerzo por contener esas lágrimas de rabia e impotencia que luchaban por salir de mis ojos. Era lo más injusto del mundo, ella no tenía que pagar por las inseguridades y la

prepotencia de aquel miserable que trataba a las personas como mercancía.

Cuando se marchó la policía su mamá nos dejó a solas y regresó a la casa para atender a los niños, sabía que en cierto modo quería dejarnos tranquilos y que yo intentara animarla de alguna forma. Ella no lo había logrado, por mucho que la trató con todo el cariño del mundo, y me cedió el lugar para que yo probase suerte.

—Cris. —Me senté a su lado y le cogí la mano—. No estás sola, no te voy a dejar sola.

—Sabía que esto pasaría, ¿cómo te enteraste? —me preguntó y yo le abrí mi corazón.

—Pues al no saber... —le conté todo, haciéndole saber lo muy preocupado que estaba por ella y lo que eso significaba.

—¿Has venido a buscarme? —Sus lágrimas no se reprimían de ninguna manera. Ya comenzaba a reaccionar. La declaración ante la policía le sirvió como terapia, soltando toda la mierda que ese criminal le había metido dentro.

—Sí, mi vida y ahora a cuidarte. No te voy a dejar sola más.

—Volverá a por mí —me confesó desolada porque no debía haber un tipo más malo.

—Que lo haga, aquí lo espero, pero confío en que le caiga todo el peso de la ley.

—Tiene mucho poder. Tú no lo comprendes, él puede comprar muchas cosas —insistió.

—Me da igual todo lo que tenga, no me voy a achantar, no voy a permitir que se acerque más a ti. Quiero estar contigo, Cris, ahora más que nunca no quiero separarme de ti, no sé vivir sin ti, no quiero estar sin ti. Lo tengo decidido y no podía esperar más tiempo para confesártelo.

⁵ —Mira lo que soy —decía llorando.

—Lo eres todo, Cris, la mujer más fuerte y con mejor corazón del mundo, a pesar de las barbaridades tan graciosas que suelta por su boca. —Me acerqué y le di un beso en los labios.

—No soy persona ahora, Mauro, no debes estar aquí comiéndote algo que no te pertenece. Esto es un marrón muy grande, tú no sabes cómo es el padre de mi hijo, ya lo ha demostrado y lo seguirá haciendo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a echar? Estoy instalado en el campo con tus padres y no creo que ellos acepten eso. —Carraspeé sacándole una sonrisilla de lo más triste, pero al menos se la había sacado.

⁶ —¿Eso has hecho? ¿Has aprovechado mi estado para meterte a saco con mi familia? —me sonrió y lagrimeó al mismo tiempo.

—Sí, sí, era la ocasión ideal —bromeé mientras acariciaba su cabecita, la misma que había recibido golpes, igual que el resto de su cuerpo.

Cris estaba muy decaída y no dejaba de llorar constantemente, se quedaba largos ratos en silencio mirando hacia el exterior desde su cama por los grandes ventanales mientras yo acariciaba su mano y me maldecía por dentro por no haber estado con ella cuando apareció ese hombre.

Ojalá lo hubiera estado, ojalá le hubiese podido hacer frente, parándole los pies. Mi vida habría dado por intentar defenderla, yo no habría permitido que le tocara ni un pelo.

Pasamos unas cuantas horas entre confidencias, pero, sobre todo, entre abrazos y carantoñas. Si algo necesitaba ella en aquellos momentos eran mimos y yo pensaba dárselos en grandes dosis, todo por verla mejorar.

Su padre vino a verla por la tarde y se quedó hasta la cena, la verdad es que su familia me lo estaba poniendo todo demasiado fácil. Esos señores eran lo más adorables que yo había conocido en mi vida, junto a mis abuelos.

Había hablado esa tarde con un abogado que conocía de Sevilla a través de las productoras y cuando le dije del caso que se trataba, lo reconoció de inmediato y no dudó en cogerlo.

Me quedé mucho más tranquilo teniendo ya abogado, porque era evidente que el peso de la ley debía caer sobre ese tipo y que sería ideal estar lo mejor representados posibles, aunque el caso se las traía y el Ministerio Fiscal estaría de uñas contra el acusado desde el segundo cero.

Fue por la noche sobre las diez cuando me llamó sorpresivamente y me dijo que ese miserable estaba detenido e iba a pasar a disposición judicial en dos días. Por un momento sentí alivio, por otro sed de venganza y que ojalá que le cayera la máxima condena posible.

Ella ya estaba durmiendo y no le conté nada hasta por la mañana durante el desayuno. En cierto modo se alegró de que al menos, ahora estaba detenido y que nada le iba a frenar a contar la verdad, ya que como nos dijo el abogado, por mucho contrato de confidencialidad que hubiese, con estos gravámenes podía enfrentarse a él judicialmente sin temor a nada, menos con lo que había hecho. Y constató que el tribunal estaría de parte de ella, como no podría ser de otra manera.

El abogado vino a hablar con ella para exponer todo ante el juez ya que, dado su estado, él asistiría al juzgado en representación de Cris, quien no estaría en condiciones de desplazarse hasta allí.

Ese día lo pasó muy nerviosa, los padres vinieron a verla y, además, siempre me transmitían que los niños estaban portándose bien y disfrutando mucho, además de que no dejaban de preguntar por Cris.

Yo estaba, pero no estaba. Quiero decir que me alegraba mucho de todo lo que me decían, pero que mi cabeza

estaba en ese juzgado en el que se celebraría un juicio rápido cuya sentencia protegiera a Cris definitivamente.

Quedé con ellos en que vendría uno de ellos por la mañana y yo iría al juicio acompañando al letrado, cosa que puso un poco nerviosa a Cris, pero como le dije, no me iba a achantar un ser como ese y además iba a ver que no estaba sola ante todo lo sucedido.

r

—Es muy malo, ya lo ha demostrado y lo volverá a hacer, Mauro.

—No, no se lo permitiremos. Ese ya ha hecho en este mundo todo el daño que tenía que hacer. El juez le cortará las alas definitivamente y lo meterá un buen puñado de años en una celda. Se le acabó el campar a sus anchas por ahí como el matón de tres al cuarto que es.

—Y aun así le tengo miedo. No me ha matado de milagro, pero si tuviera ocasión de hacerlo...

’ —No la tendrá, Cris, ¿tú crees en mi palabra? Pues mírame porque no la tendrá.

Yo me iba duchando y cambiando de ropa aquí ya que había traído cosas para intentar moverme lo menos posible. Mi objetivo era pasar el máximo tiempo posible con ella.

e

l

estaba en ese juzgado en el que se celebraría un juicio rápido cuya sentencia protegiera a Cris definitivamente.

Quedé con ellos en que vendría uno de ellos por la mañana y yo iría al juicio acompañando al letrado, cosa que puso un poco nerviosa a Cris, pero como le dije, no me iba a achantar un ser como ese y además iba a ver que no estaba sola ante todo lo sucedido.

—Es muy malo, ya lo ha demostrado y lo volverá a hacer, Mauro.

—No, no se lo permitiremos. Ese ya ha hecho en este mundo todo el daño que tenía que hacer. El juez le cortará las alas definitivamente y lo meterá un buen puñado de años en una celda. Se le acabó el campar a sus anchas por ahí como el matón de tres al cuarto que es.

—Y aun así le tengo miedo. No me ha matado de milagro, pero si tuviera ocasión de hacerlo...

—No la tendrá, Cris, ¿tú crees en mi palabra? Pues mírame porque no la tendrá.

Yo me iba duchando y cambiando de ropa aquí ya que había traído cosas para intentar moverme lo menos posible. Mi objetivo era pasar el máximo tiempo posible con ella.

Capítulo 19



Me reuní con el abogado en una cafetería frente a los juzgado, me había costado la vida separarme de Cris, pero esto no me lo quería perder por nada del mundo, quería que ese hijo de puta me viese la cara y supiese que no iba a descansar hasta verlo hundido.

Por lo que me decía, y como era obvio, lo teníamos todo de nuestra parte, faltaría más. La agresión estaba más que clara y el tipo, pese a ser un prepotente total, no estuvo nada acertado a la hora de procurarse una coartada que no le sirvió para una mierda, pues la policía la desmontó en la primera hora tras su detención.

La sorpresa fue mayúscula en muchos ámbitos...

La primera es que al verlo pasar por delante de mí me di cuenta de que a ese lo cogía yo solo y no volvía a respirar en la vida, pero bueno, como decía, seguía confiando en la justicia. Me refiero a que no tenía ni media guantada y a que solo se aprovechó de la sorpresa que su aparición le causó a Cris, cogiéndola desprevenida para molerla a palos.

Lo segundo es que había sido juzgado por una denuncia de unos clientes a consecuencia de la cual le cayó un año y nueve meses de cárcel, por lo que, al no tener antecedentes, no entró en prisión, pero como la juez vio claro que aquí había otros delitos imputables y no solo por la paliza, sino por esos contratos, lo tuvo claro, es más, dictó sentencia inmediata echándole una condena de siete años y una indemnización de cien mil euros para Cris. Además de no poderse acercar al niño ni a la madre bajo ningún concepto y de forma indefinida, cosa que recaló claramente.

El juicio fue tan rápido como contundente y la sentencia no dejó ningún margen para la duda. Habíamos triunfado como la Coca Cola y yo me sentí el hombre más dichoso del globo en ese momento, ¿cómo no sentirme así si la justicia demostró que se podía confiar en ella?

Se lo llevaban derecho a prisión y esperé a que pasara por mi lado, un instante que disfruté como pocos en mi vida. La venganza se sirve fría y frialdad absoluta fue la que yo le demostré a aquel monstruo despiadado que no lo pasaría demasiado bien en la cárcel, pues todos sabemos que aquellos que abusan de su superioridad física sobre una mujer o un niño, lo suele pagar en prisión a manos de sus mismos compañeros. Vaya, que igual recibía allí más leña de la que se pudiera imaginar, pero siendo frío y viendo lo que le había hecho a Cris, se lo tenía más

que merecido.

—Que te vaya bien entre rejas —dije con una sonrisa de oreja a oreja mientras los policías proseguían su camino con él.

No tuvo los santos huevos de contestarme, es más, miró hacia otro lado el muy cobarde y no solo eso, anduvo más rápido para separarse lo antes posible de mí, como si me tuviese miedo, cuando lo cierto es que me di por satisfecho con su condena y no pensaba arruinar mi vida dando un mal paso allí dentro de la sala. Yo no era un descerebrado como él.

El abogado estaba de lo más satisfecho al igual que yo y fuimos a tomar una cerveza rápida antes de regresar al hospital y contar la buena noticia. Se lo debía, aunque reconozco que la cerveza casi me la tomé de un trago porque no paraba de mirar la hora. Deseaba estar frente a Cris y contarle que la pesadilla había acabado para siempre.

^e —Entre rejas —dijo emocionada rompiendo a llorar mientras su madre estaba postrada a su lado igual de emocionada mientras la abrazaba y yo contenía el nudo que sentía en la garganta y que no me dejaba apenas hablar—. Ya no volveré a pasar más miedo y no me volverá a pegar más —dijo en un tono que su madre y yo nos miramos.

^r —Hija, ¿te hizo alguna vez algo más? —le preguntó horrorizada, con los pelos como escarpías, lo mismo que me sucedió a mí.

—Me abofeteó muchas veces por decirle que era muy injusto con su hijo y me decía que yo era una puta que vendí mi cuerpo. —A su madre la había puesto al tanto de toda la historia esa mañana.

[,] Hasta ese día no supimos nada y la mujer volteó la cabeza, como si le hubieran dado una bofetada a ella. Yo contenía la respiración porque Cris tampoco me contó nada al respecto. Nunca sospeché, allí en la isla, que se trataba de una mujer maltratada por una bestia parda que, para colmo, era el padre de su hijo.

—Hija, debiste decirnos todo lo que estaba pasando, no sé si mucho, pero algo podríamos haber hecho. Hubiéramos buscado ayuda, todo menos permitir que ese criminal te pusiera la mano encima —le decía sin poder reprimir el llanto.

—Mamá, no llores por favor —le pedía Cris entre lágrimas mientras yo me aguantaba los puños por no darle a la pared y dejarme allí la mano.

No sabíamos qué pasaba en su piso, pero nos pidió que sacásemos todas sus cosas porque allí no quería volver, que lo iba a vender. No insistimos en que nos contara nada porque podíamos imaginar la de más de un calvario que había pasado entre esas cuatro paredes.

Hay recuerdos que es mucho mejor tratar de enterrar cuando debes mirar hacia delante. Ese hijo de puta la había machacado y ella aguantó sus insultos y sus golpes en silencio, con todo el dolor del mundo y tratando de que los suyos no sufrieran.

Suerte que el tipo ya estaba condenado, porque su revelación me llevó a odiarle con toda mi alma, con un dolor que jamás habría imaginado poder llegar a sentir, con un dolor del que debía deshacerme porque, si no, ese tío se habría salido con la suya y yo me habría quedado tocado, no pudiendo ofrecerle lo mejor de mí a Cris.

Durante los siguientes días fui yo quién fui al apartamento y le iba guardando todo en cajas que iba llevando al campo, allí llegaría cuando saliese del hospital.

Tenía muy claro que ella no debía pasar por otro tormento al poner sus pies allí. Eso habría sido muy injusto, bastante mal lo pasó ya.

Me quedé cada día con ella: cuidándola, mimándola y contándole planes de futuro juntos, los cuales iban poco a poco sacando su sonrisa. Todavía le faltaba un poco para ser ella, para ser esa chica pizpireta que conocí y que decía disparates a pares, lo cual era normal, y así nos lo hicieron saber los médicos que nos comentaron que tenía un estrés postraumático y que no se le iría de la noche a la mañana.

Con todo y con eso, iba reaccionando bastante bien y cada día mostraba algo más de entusiasmo, lo que me hacía esforzarme más y más para sacar a esa Cris que tanto echaba de menos.

Le iba contando todo lo que hacía, al igual que me iba cada día un rato a trasladar cosas y aprovechar para estar con los niños que me estaban sorprendido con su buena conducta, es más, pensaba que en el fondo eran listos y sabían que no era momento de hacer trastadas y sí de ayudar un poco a los abuelos que bastante mal lo estaban pasando.

Ambos me esperaban con los brazos abiertos y deseando saber de su mamá, como también la seguía llamando Kike. Y más que lo haría, porque si algo tenía mi hijo claro era que deseaba que fuésemos una familia.

En cuanto a Cris, de la que sabía muchas cosas pero que quedó claro que no todas, me sorprendió mucho su piso ya que estaba todo muy organizado y ordenado, por no hablar de limpio a pesar de los días que no había estado allí.

Para mí eso era importante también, porque el orden me da mucha paz y más trabajando en casa como trabajaba, lo mismo que ella. Quienes compartimos hogar y zona de trabajo, mayoritariamente, necesitamos de ese orden para que nuestro rendimiento no se resintiera.

Le coloqué todo muy bien en las cajas para que supiera dónde estaban cada cosa y lo que era ropa se la fui colocando en los armarios empotrados que tenía en su habitación en casa de sus padres y que era gigante, al ser un campo aquello tenía muy buenos habitáculos.

Me ocupé personalmente de todo. Isabel, todo hay que decirlo, no paraba de comentarme que, si me hacía falta ayuda, ofreciéndomela, pero para nada era así. Bastante hacían ellos, a su edad, con ocuparse de los niños. Yo lo hacía con todo mi corazón y así seguiría haciéndolo.

Sonreía viendo que tenía una cama nido de las que se sacaban la de abajo y se ponía a nivel con la otra y así parecer una de matrimonio. Me imaginaba ahí durmiendo con ella. Ese tipo de pensamientos me hacían mucho bien y me daban cantidad de fuerza, una fuerza que yo necesitaba para seguir adelante y que me llegaba por parte de ella y de su entorno.

Si algo tenía claro, era que yo debía permanecer fuerte como un roble para sostener a Cris. Pensar que ese criminal le diese más palos hacía que mi sangre hirviese y me llevaba a pensar que yo construiría el más bonito de los futuros para ambos, uno en el que la violencia no existiera.

En unos días ya le tenía el piso vacío y listo para poner a la venta, que era lo que deseaba. Todo hay que decirlo, el piso no estaba nada mal, aparte de que ella lo tenía perfectamente cuidado. Tampoco pidió un precio excesivo por él, lo suficiente para no salir malparada sin querer hacer negocio, puesto que lo que realmente quería era pasar página cuanto antes.

Cada día hubo una mejoría por su parte, eso sí, no había día en el que varias veces se echara a llorar de tristeza y al final terminaba yo rompiendo de la misma manera mientras la abrazaba impotente por saber lo mal que lo estaba pasando.

De todas maneras, si algo me alegraba era saber que yo siempre estaba ahí y que la desolación nunca le llegaría estando sola, puesto que me partía el alma para dividirme con todo y, pese a ello, hacerle la máxima compañía posible.

Echaba mucho de menos a esa Cris chillona y que solo soltaba barbaridades por su boca, pero detrás de ella había una chica sensible con el corazón roto en mil pedazos y saliendo de algo tan grave como fue por lo que ella pasó.

Era el noveno día que yo amanecía en el hospital cuando nos sorprendieron con la grata sorpresa de que le daban el alta. Ya nos habían dado un aviso, si bien no creyésemos que fuese tan rápido. Por lo que nos contó el médico, él era el primer sorprendido por su pronta recuperación, aunque lógico que se refería a la de su cuerpo. Lo de su mente ya iría algo más lento.

—Señorita, parece ser que usted se va, que le dan carta de libertad, que podrá volar y que, probablemente, aterrice en un nido calentito donde hay dos polluelos esperándola —le dije entre risas.

La Cris de antes me hubiera vestido de limpio con solo mencionar lo de que aquel par la reclamaba, pero la de ese momento se emocionó tanto que se tiró un buen rato llorando antes de que la ayudara a vestirse para irnos de allí.

Su mamá tenía pensado venir después de comer con lo que no le dijimos nada y fuimos directos para el campo a darle la sorpresa, no solo a sus padres, sino también a los niños, pero sobre todo a Toño que sabía de buena mano que lo estaba pasando muy mal y se lo veía en los ojitos cada día.

La emoción cuando la vieron bajarse del coche fue lo más bonito que había vivido en mi vida. Se abrazó tanto a su hijo como a Kike y les comenzó a decir que los había echado mucho de menos y que los quería con todo su corazón. Se dirigía a los dos y a mí que estaba de lo más sensible, me dio por llorar, pero con quejido y todo.

Nada de soltar cosas de las suyas, nada de pretender apartarlos y provocarlos con sus bromas. Al contrario, Cris derrochó sensibilidad con ellos y a mí también se me debió meter algo en los ojos en ese momento, porque las lagrimillas no dejaban de salir de ellos.

Sus padres también tuvieron un abrazo de ella muy emotivo en el que no les dejó de decir cuánto los quería. Los había visto todos los días en el hospital porque ninguno de los dos faltó un solo día, pero al llegar a casa era como un reencuentro familiar que la tenía con los sentimientos muy a flor de piel.

La ayudé a instalarse y vi felicidad en su rostro. Aquel era el hogar de sus padres y el lugar en el que se sentía segura, aparte de que estábamos juntos, y eso, por su mirada, le suponía mucha felicidad y subidón.

El día acompañaba, como si el cielo también se alegrase de verla allí, de comprobar que estaba bien y que en breve volvería a ser la Cris de antes, esa que aún no había aparecido, pero que no me cabía duda de que terminaría apareciendo.

Estuvimos en el porche delantero toda la mañana para que le diera un poco el aire, estaba pálida, eso sí, las ganas de fumar no se le habían quitado en este tiempo.

—¿Y ahora qué? —me preguntó agarrando mi mano y acariciándola mientras de nuevo derramaba algunas lágrimas.

—Dijimos en algún momento de pasar el verano juntos, sin planearlo está sucediendo ¿qué es lo siguiente que le podemos pedir a la vida? —Le devolvía las caricias en su mano.

—No sé, dímelo tú. —Sonó temblorosa.

—Yo no me quiero separar de vosotros, me cueste lo que me cueste.

—Sabes que mis padres me atan, aunque ellos no quieran.

—De los días que he estado pasando algunas horas aquí, me he dado cuenta de que esta vida en el campo es muy parecida a la que tengo en Lanzarote, creo que nos podríamos adaptar bien. No me importaría buscar casa, además tengo una parte de mi herencia sin tocar y puedo darlo como pago de una parte de la casa y la otra hipotecarla.

—Te recuerdo que voy a vender un piso en el centro con el que tengo que comprar una propiedad, así que la podríamos comprar a medias —murmuró con timidez.

u—¿Tú quieres casarte conmigo? —le pregunté cogiéndola por sorpresa y sin haberlo sopesado, pero es que me salió por instinto.

—Claro, pero ¿me lo estás preguntando en serio?

—A ver, esto es un avance de lo más improvisado, si me dices que sí, ya me encargo de comprar una sortija y pedírtelo formalmente de manera más bonita. —La miré con la sonrisa de medio lado.

—A mí no me hace falta sortija, Mauro, a mí lo que me hace falta es un hombre como tú; que me hace sentir tanto y me trata tan bonito, que me coja de la mano como ahora y no me la suelte más, porque me daría mucho miedo aprender a vivir sin ti, no sabría cómo hacerlo.

—¿Y por qué me lo dices llorando? —Le pasé la yema de mi dedo pulgar por sus mejillas para frenar ese lago que las recorría.

—Es que te amo, te juro que te amo, lo siento aquí —se tocó el corazón— y despertar de ese infierno y encontrarme contigo ahí, fue lo más bonito que me pudo pasar en la vida.

—Siempre estaré a tu lado, princesa, siempre. —Le di un beso en los labios y nos quedamos con las frentes pegadas llorando unos segundos.

—Te recuerdo que voy a vender un piso en el centro con el que tengo que comprar una propiedad, así que la podríamos comprar a medias —murmuró con timidez.

—¿Tú quieres casarte conmigo? —le pregunté cogiéndola por sorpresa y sin haberlo sopesado, pero es que me salió por instinto.

—Claro, pero ¿me lo estás preguntando en serio?

—A ver, esto es un avance de lo más improvisado, si me dices que sí, ya me encargo de comprar una sortija y pedírtelo formalmente de manera más bonita. —La miré con la sonrisa de medio lado.

—A mí no me hace falta sortija, Mauro, a mí lo que me hace falta es un hombre como tú; que me hace sentir tanto y me trata tan bonito, que me coja de la mano como ahora y no me la suelte más, porque me daría mucho miedo aprender a vivir sin ti, no sabría cómo hacerlo.

—¿Y por qué me lo dices llorando? —Le pasé la yema de mi dedo pulgar por sus mejillas para frenar ese lago que las recorría.

—Es que te amo, te juro que te amo, lo siento aquí —se tocó el corazón— y despertar de ese infierno y encontrarme contigo ahí, fue lo más bonito que me pudo pasar en la vida.

—Siempre estaré a tu lado, princesa, siempre. —Le di un beso en los labios y nos quedamos con las frentes pegadas llorando unos segundos.

Capítulo 20



Amanecí con ella sobre mí de medio lado, la miré sonriendo al recordar que por la noche sus padres me habían enviado, casi como una orden, a dormir con ella a su habitación, eran dos amores y a mí me estaban tratando de lo más bonito, por no hablar de Kike que ya los llamaba abuelos y a ellos se les caía la baba.

La noche la pasé superdependiente de Cris, sin apenas dormir, velando su sueño y procurando que adoptase posturas que no le hicieran daño, porque eran muchas las magulladuras que todavía se dejan ver sobre su piel.

Yo tenía la esperanza de que esas terminaran por desaparecer a lo largo de los días. Apenas le quedaría cicatriz alguna y, aunque así hubiese sido, me habría importado un comino, sobra decirlo. En lo que me estaba dejando la piel era en curarle esas otras heridas, las del alma que, sin ser visibles, a veces dejan más cicatrices que las del cuerpo.

—Entonces cuando vayamos al mismo cole y digamos que somos hermanos y nos pregunten porque no tenemos el mismo apellido, decimos que papá y mamá se separaron cuando nacimos y uno se te llevó a ti y otro a mí, pero que ahora han hecho las paces y vivimos todos juntos. —Escuchamos decirle en el pasillo Toño a Kike y nos tuvimos que echar a reír.

Nos moríamos de la risa. Se pasaban el día planeando y eran la viva imagen de la felicidad desde que ella volvió a casa. No pudimos evitar que Toño se enterase de que el animal que apaleó a su madre fue su padre, aunque lo cierto es que eso no le afectó tanto, porque la realidad es que a estas alturas él apenas le tenía ningún cariño. Ese tipo logró que la relación con su hijo se enfriase y ya jamás la recuperaría.

—Pero ¿cómo se le pueden ocurrir esas cosas? —me preguntó Cris con la risa suelta mientras ponía el oído para empaparse de todo lo que decían. Aparte de mis caricias, que también las consideraba como tal, las risas y las ocurrencias de los niños eran su mejor terapia.

—Niños, ni más ni menos, niños... —La besé sin perder la risa.

Por hora que pasaba iba siendo más ella. Llegar a casa produjo en su mente un efecto muy beneficioso, como si todo el mal hubiese quedado fuera, como si nada ni nadie pudiera volver a hacerles daño ni a ella ni a Toño.

Llamaron a la puerta de nuestro dormitorio sin ser conscientes de que los habíamos estado escuchando, pero vamos, que el tono de voz es que ni lo intentaron bajar, se hablaron tan normal dando por hecho de que estaban solos. Entraron directos para subirse a la cama con nosotros.

—Mamá que dice Kike que vamos a ir a Lanzarote a recoger sus cosas.

—Hombre, qué bien que tenemos quién nos hace los planes y todo —le contesté mirando a Kike de reojo y este se reía.

—Anoche dijisteis a los abuelos que íbamos a venirnos a vivir a Cáceres. —Se encogió de hombros y es que tenía razón, durante la cena le contamos todas nuestras intenciones a sus padres por lo que se pusieron de lo más felices

) Cris me miró como diciendo que da igual, dijera lo que dijera siempre tenían por donde salir, pero en cierto modo es que estaban de lo más emocionados al saber que viviríamos todos juntos y que no se iban a volver a separar.

;) —Bueno, pues nos lo tendremos que pensar, ¿no? —Los picó ella un poquito porque para eso ya estaba mejor.

—No hay nada que pensar, mamá, hay que ir a recoger todo antes de que empiece el colegio, que después tú dices que no podemos movernos a ninguna parte.

—Así es, Toño, que sabes más que los ratones, igual que Kike. ¿Tú qué opinas? —me preguntó ella.

—Pues yo opino que, si estos niños tienen tantas ganas de que nos traslademos definitivamente aquí, tendremos que ir a por nuestras cosas, aunque antes deberemos pensar dónde viviremos —le contesté.

—¡Aquí en el campo! —contestaron los dos al mismo tiempo.

;) Todo iba volviendo a la normalidad y hasta aquel par ya estaban haciendo de las suyas, planeando coordinados.

—Un momento, un momento, que una cosa es que los abuelos nos hayan acogido con mucho amor una temporadita, y otra muy distinta que nos vayamos a quedar para siempre, que tanta cara no tenemos —reí.

—¡Abuela, que papá quiere irse del campo! —le chilló Toño y esa mujer vino flechada, como si llevara patines. Y su marido igual, mostraban mucha más vitalidad desde que su hija comenzó a recuperarse.

Isabel y Fernando nos sonrieron e, incluso antes de que abrieran la boca, yo intuí lo que nos iban a decir. Fue un palpito y no me equivoqué.

—A ver, Mauro, yo no quiero ser la típica suegra que se mete en todo, ni mucho menos, pero mi marido y yo hemos pensado... Verás, hijo, que no queremos meternos dónde no nos llaman y aun así...

—Mamá, arranca ya la moto, que más o menos nos imaginamos lo que vais a decir —le pidió Cris con su preciosa sonrisa en la boca.

—Pues que nosotros, hija, lo único que decimos es que el campo es muy grande y que tiene mucho terreno. Por eso hemos pensado que, si os apetece, os podríais construir una casita en él. De esa forma, no tendríais que vivir aquí con nosotros, porque tendríais intimidad, pero los niños vivirían en un lugar inmejorable, con aire puro, y con más ventajas, que yo no digo nada, pero sentimos pasión por este par y tu padre y yo estaríamos encantados de ayudaros a criarlos.

Yo no había escuchado un ofrecimiento más sincero en la vida, y el hecho de que en él se incluyera a Kike como un nieto más, provocó que hasta me temblase la barbilla.

En mi caso, conocía muy bien el valor que tienen unos abuelos en la crianza de sus nietos y sentía mucho que mi hijo no contase con esa figura en su vida. Y, de golpe y porrazo, le habían caído un par de abuelos de lo mejorcito del mundo.

—Mamá, papá, ¡decid que sí! —nos pidieron ellos dando saltitos— Nosotros queremos vivir en el campo y tener un perrito —nos pidieron porque se ve que ya lo habían hablado y porque, en su caso, por pedir que no quedase.

—¿Tú cómo lo ves? —me preguntó Cris con una luz en la cara que yo no le veía desde nuestro viaje.

—¿Cómo lo veo? Si yo cruzaría de la isla a la península a nado con tal de verte esa preciosa sonrisa, cariño mío.

—Pues déjate de tanta frasecita y plantéate cuándo nos vamos a Lanzarote a por vuestras cosas —soltó con todo su arte.

—¿Eso es un sí? ¿Aceptáis nuestra oferta? —le preguntó su madre de lo más emocionada.

Los dos la miramos emocionadísimos, moviendo la cabeza sin parar para que entendiera que no solo era un sí, sino que la idea nos gustaba más que un crep de Nutella, que no era lo mismo.

La vida se presentaba ante nosotros preciosa y todo ello estaba ayudando a tope en la recuperación de una Cris que parecía dejar atrás un pasado de lo más oscuro para brillar con luz propia, con esa luz que procedía de su interior y que me a mí me alumbraba el alma.

—Mamá, arranca ya la moto, que más o menos nos imaginamos lo que vais a decir —le pidió Cris con su preciosa sonrisa en la boca.

—Pues que nosotros, hija, lo único que decimos es que el campo es muy grande y que tiene mucho terreno. Por eso hemos pensado que, si os apetece, os podríais construir una casita en él. De esa forma, no tendríais que vivir aquí con nosotros, porque tendríais intimidad, pero los niños vivirían en un lugar inmejorable, con aire puro, y con más ventajas, que yo no digo nada, pero sentimos pasión por este par y tu padre y yo estaríamos encantados de ayudaros a criarlos.

Yo no había escuchado un ofrecimiento más sincero en la vida, y el hecho de que en él se incluyera a Kike como a un nieto más, provocó que hasta me temblase la barbilla.

En mi caso, conocía muy bien el valor que tienen unos abuelos en la crianza de sus nietos y sentía mucho que mi hijo no contase con esa figura en su vida. Y, de golpe y porrazo, le habían caído un par de abuelos de lo mejorcito del mundo.

—Mamá, papá, ¡decid que sí! —nos pidieron ellos dando saltitos— Nosotros queremos vivir en el campo y tener un perrito —nos pidieron porque se ve que ya lo habían hablado y porque, en su caso, por pedir que no quedase.

—¿Tú cómo lo ves? —me preguntó Cris con una luz en la cara que yo no le veía desde nuestro viaje.

—¿Cómo lo veo? Si yo cruzaría de la isla a la península a nado con tal de verte esa preciosa sonrisa, cariño mío.

—Pues déjate de tanta frasescita y plantéate cuándo nos vamos a Lanzarote a por vuestras cosas —soltó con todo su arte.

—¿Eso es un sí? ¿Aceptáis nuestra oferta? —le preguntó su madre de lo más emocionada.

Los dos la miramos emocionadísimos, moviendo la cabeza sin parar para que entendiera que no solo era un sí, sino que la idea nos gustaba más que un crep de Nutella, que no era lo mismo.

La vida se presentaba ante nosotros preciosa y todo ello estaba ayudando a tope en la recuperación de una Cris que parecía dejar atrás un pasado de lo más oscuro para brillar con luz propia, con esa luz que procedía de su interior y que me a mí me alumbraba el alma.

Capítulo 21



La vida nos dio un giro de ciento ochenta grados. En las siguientes dos semanas, no solo nos salió un comprador para su piso, sino que se trataba de un inversor que, dado su buen precio, se interesó por él y lo pagó a tocateja, por lo que se escrituró con mucha rapidez y ella recibió su dinero.

Para ese día, y aunque estaba terminando de recuperarse de la paliza, ya se encontraba mejor y se empeñó en ir ella misma a la notaría, no permitiendo que ninguno actuásemos en su nombre a través de un poder notarial.

Menuda era Cris, quien ya volvía a ser ella misma, y hasta comenzaba a hacer las mismas bromas de siempre con respecto a los niños, con la diferencia de que ya no le pesaba en absoluto la crianza de Toño y todo lo decía en broma.

Tras salir de la notaría nos fuimos a brindar, y yo mencioné eso, aparte de otros temas. Era la primera vez que salíamos a solas desde que le dieron el alta y decidimos almorzar fuera.

—Te veo radiante, preciosa.

—Y cómo no voy a estarlo, si tengo un novio que cruje y encima un cheque bancario en el bolso. La vida me sonríe. —Me sacó la lengua.

—¿Solo por eso? ¿Y por nada más? —La busqué un poco.

—Bueno, también tengo un par de granos en el culo, como dirías tú, pero esos ya no me pesan. Ahora los comparto y estoy como loca con ellos.

—¿Te viste muy sola con la crianza de Toño? Si te digo la verdad, cuando estábamos en Isla Mauricio, ciertas cosas no me cuadraban mucho, pero luego he entendido que era porque me faltaba información.

—Yo me hubiera podido refugiar más en mis padres y lo habría llevado todo mejor, solo que el innombrable ese no me dejó. Después del parto, y dado que todo fue tan extraño e inesperado, sufrí lo que se llama una depresión postparto y entonces le comenté de desplazarme a vivir con ellos.

—Y no le pareció bien, qué malnacido.

—No solo eso, sino que me amenazó con quitármelo todo en el caso de que lo hiciera. No vería ni un euro por ningún lado y me quedaría pobre como las ratas.

—Y todo porque no podía soportar compartir el cariño del crío con nadie más, todo por ser un celoso y un acaparador. Ahora lo veo todo claro.

—Fíjate, como si en realidad su cariño le importase algo. Pues sí, todo eso fue lo que pasó. Ese maldito no me permitió refugiarme en los míos, y por esa razón la depresión no se me fue nunca del todo. Desde entonces, fui por la vida a trancas y barrancas.

—Ya, y él no es que ayudase precisamente.

—Ya te digo, siempre me despreció. Me trató como si fuese de su propiedad y eso que, por suerte, no estaba interesado en mí, que si llega a estarlo no para hasta meterme debajo de tierra.

—Lo va a pagar bien caro.

—Sí, ese no merece que le dediquemos ni un momento más de nuestro tiempo, ¿vale?

—Vale —asentí porque ella tenía toda la razón y porque ya habíamos hablado más tiempo de la cuenta de esa alimaña.

Quise darle un giro a la conversación por completo, y entonces me fijé en su mano, esa que seguía sin lucir una sortija.

—¿Qué miras? —me preguntó risueña.

—Que tienes unas manos preciosas, ¿lo sabes?

—Claro que sí, si yo todo lo tengo precioso. Mira, son como de esas modelos de cremas de manos y tal, no consiento que se me rompa una uña. Antes muerta que sencilla.

—Me parece muy bien...

—Así que no pienso fregar nunca, que lo sepas —se echó a reír.

—Oído cocina. Yo fregaré, no te preocupes. Además, que conozco a un par al que les pondremos las pilas.

—¿Fregar esos dos? No ganaremos para vajillas, te lo digo yo...

—Son adorables y están felices.

—Ya y deseando comer perdices, como atrinquen una, ya puede darse por jodida. No, lo digo por decir, si los animales les encantan.

—Eso es verdad, y lo del perrito no se les va del pensamiento.

—Como nada de lo que les interese a ellos, que son muy cucos.

—Les vendrá bien para hacerse más responsables. Tendrán que sacarle a pasear, darle de comer...

—Ya, ya, ¿qué te juegas a que terminas haciéndolo tú? —me preguntó muerta de la risa.

—Mujer, que a mí ya me toca fregar...

—Y encargarte del perro si no lo hacen ellos porque espero que no estés pensando en que lo haga yo.

—Claro que no, ¿tú de qué te vas a encargar?

—Yo, de quejarme todo el día, de chillar y de.... —Puso mirada de pillina.

—¿Por qué me imagino que lo que te has callado es lo que más me gusta?

—Y de provocarte, de provocarte a todas las horas —soltó finalmente.

—Pues tú ten cuidado con tanta provocación, no vaya a ser que la familia crezca.

—Si va a crecer, ¿no dices que estás de acuerdo en lo del perrito?

—No iba por ahí y lo sabes, listilla —la reté con la mirada.

—Sé muy bien por dónde vas y eso no lo lograrás. Yo ya me reproduje una vez, eché al mundo todo lo que tenía que echar entre terribles sufrimientos y, ni con una tajada como un piano, me convences para que vuelva a ese potro de tortura.

—Pero esta vez sería muy distinto —le comenté sin dejar de acariciar su mano.

—Claro que sí, ¿lo vas a parir tú?

—No, eso sabes que no puedo.

—Ya, ya, pues entonces de distinto tendrá bien poco. La respuesta es no, ¿he sido lo suficientemente clara?

—Como el agua —asentí.

—Pues me alegro, solo me faltaba a mí otro niño, vamos —murmuraba mientras miraba la carta y le daba la risa floja.

Yo, si soy sincero, nunca me había planteado la paternidad biológica hasta que la conocí. Kike me cayó como del cielo y apenas tuve tiempo de digerirlo cuando ya le tenía en casa. Con él me era más que suficiente y en esos momentos, además, había llegado Toño. Ya me consideraba más que satisfecho y, sin embargo, estaba tan enamorado de ella que no descartaba para nada la idea de tener un hijo en común.

Tras un almuerzo, en el que hablamos de todo y de nada, porque realmente nos reímos lo más grande, tuve la madre de todas las ideas.

—Cariño, tú sabes que los niños lo han pasado muy mal y que, todo hay que decirlo, ahora se están portando de lujo, ¿no?

—Ya, y tú no hace falta que vayas con tantos rodeos porque se te ve el plumero. Me quieres pedir algo y el chequ que llevo en el bolso no creo que sea.

—No, por supuesto que eso no es.

—Normal, de otro modo serías un gigoló y todito te lo consiento menos eso...

—No, esa no es mi condición —seguí entre risas.

—Porque culo tienes para eso, que partes cuellos. Yo me doy cuenta, hago como que no, pero veo a más de una y a más de dos mirándotelo y un día pierde una los pelos.

—Oye, que, si nos ponemos así, yo también veo cómo te miran —le solté entre carcajadas.

—A mí no se te ocurra cambiarme de conversación, que te la monto aquí mismo, ¿qué es eso que me quieres preguntar con tanto misterio? Mira que parece que te has tragado a Iker Jiménez —me soltó como si tal cosa.

—Pues nada, que se me había ocurrido que ellos bien se merecen que les demos la sorpresa del perrito ya, ¿para qué vamos a esperar?

—Vale, admito lo del perrito como animal de compañía siempre que te olvides de lo del crío y no lo menciones más.

—Pero si es que un perrito es un animal de compañía, claro que lo es.

—Pues eso. Oye, que a mí eso de discutir por discutir ni mijita, ¿eh? ¿Te estás enterando?

¿Yo no quería que volviese la Cris disparatada que conocí? Pues allí volvía a verla en toda su esencia.

El perrito lo adoptaríamos, por lo que fuimos a una protectora en la que encontramos un montón de ellos.

—Esto va a ser muy difícil, pero que muy difícil —le decía—. Es que por mí me los llevaría todos.

—Oye, que esto no es la peli de *101 dálmatas*, escoge uno ya y nos vamos.

—¿Y tú por qué no los miras? Porque estás muy callada, pero sé muy bien lo que te pasa, que también te dan lástima y te los llevarías a todos. No lo niegues porque te he pillado con el carrito de los helados.

—Pues igual es eso, sí, ¿y qué pasa? Yo también tengo mi corazoncito, lo cual no volveré a reconocer si no es en presencia de mi abogado.

°Por Dios que era misión imposible. Todos te miraban con esa carita de «llévame a casa» y uno no sabía cuál adoptar.

—¿Por cuál te decantas? —le pregunté resoplando.

—Yo no puedo porque me da una punzada en el corazón y todavía me estoy recuperando. —Escribió el bulto, algo que se le daba sensacional.

—Pues, al menos, dame una idea...

—Yo no cogería uno demasiado grande, porque los veo a los dos comiendo tierra mientras el animal los tira de boca, ya que tienen menos carne que la rodilla de un jilguero... Tampoco uno muy pequeño, porque igual se les escurre de los brazos y hay que escayolarle las cuatro patas.

—¿Y entonces?

—Entonces uno mediano. Venga, tira tú...

Era mucho más sensible de lo que quería reconocer. Cris lo era y por eso fue incapaz de acercarse a alguna de aquellas jaulas y señalar a uno como el elegido.

De entre todos ellos, me quedé mirando a uno medianito que parecía tener un problema en el pelo, porque lustrosos

no lucía, para qué vamos a decir lo contrario. Hablé con la chica de la protectora y lo cierto fue que le agradó mi elección.

—Mira, en realidad es una perrita y tiene un problema en la piel que le afecta al pelo. Se puede solucionar, pero necesita un tratamiento que no es barato y aquí no se lo podemos proporcionar. Por ese motivo tiene menos posibilidades que otros de ser adoptada, así que si te la llevas le estarás salvando la vida.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Bella. Nosotros recomendamos que, a poder ser, no se les cambien los nombres, porque lo cierto es que los animalitos ya se identifican con el suyo. Es como si yo ahora mismo te llamo a ti, no sé cómo decirte, Mauro, por ejemplo, que es el nombre de mi padre, ¿tú qué me dirías?

—Que pongas un negocio de tarot, porque has dado en el blanco.

La chica no se lo podía creer y se reía mientras sacó a Bella de la jaula. Al animalito se veía que nunca la habían tratado bien y mostraba cierto recelo, aunque bastó con comenzar a acariciarla para que se mostrara dócil y muy cariñosa.

Rellené el papeleo y me la llevé. Cris esperaba en el coche, fumándose un piti, y cuando me vio aparecer los ojos se le pusieron como platos.

—¿Ese es el que has elegido?

—Es una perrita y se llama Bella —le anuncié.

—¿Bella? ¿Estás de cachondeo? Pobrecita, que yo no la quiero ofender, pero que es más fea que pegarle a un padre con un calcetín sucio.

—Venga ya, tienes que mirarla con otros ojos.

—Mira, si lo dices porque todavía tengo uno un poco hinchado vale, pero que tendría que ir a Lourdes para ver bonita a la perrita, si está despeluchada...

Casi se me ve la campanilla al reírme. Sus frases siempre me dejaban loco y ese día no sería una excepción.

De camino a casa, ella la llevaba sobre su falda, en el asiento del copiloto y me lanzaba miraditas como de que vaya telita.

Los niños son maravillosos, de eso no hay duda, porque ellos no miraron su defectillo físico, sino que era su ,perrita y ya.

—Eso se le arregla, hay que comprarle un champú especial y unas pastillas que, si es necesario, se las meteremos con un embudo —les dijo a los dos, que daban botes de alegría. Para grabarlos, cosa que hicimos, por cierto.

—¿Qué se le arregla, mamá? Si es perfecta —le decían y también era para grabar la carita de ella.

—Lacios, lo del pelo, ¿qué va a ser?

—Si el pelo lo tiene precioso...

—Claro que sí, lo tiene para ganar una competición canina. Oye, Mauro, yo a Toño hace mucho que no lo llevo al oculista, ¿y tú a Kike? ¿Voy cogiendo hora...

—Que no, cariño, que no. Que ellos la ven preciosa, igual que te veo yo a ti.

—Oye, no se te ocurra comparar, ¿eh? Porque te digo yo que te lío una que tienen que venir los geos a liberarte.

Los críos corrían por el terreno con la perrita detrás. Solo tenía un añito, por lo que todavía era un cachorrito y pareció hacer las mejores migas con ellos.

Los abuelos los miraban felices. Les daba igual que, de momento, la perrita tuviera que estar todavía en su casa. De hecho, estaban encantados por tenernos a todos.

—Mamá, tranquila, que pronto os liberaremos de tanta carga —le decía ella.

—Hija, si yo no he sido más feliz en mi vida.

—Ni yo tampoco y eso que Mauro todavía no me ha puesto una sortija en el dedo. —Me picó.

—Cariño, si tú dijiste que no había ninguna prisa, pero sabes perfectamente que tengo una pedida pendiente.

—Sin prisa, pero sin pausa, que tampoco es plan de que vayas pisando huevos.

Ya había vuelto mi Cris al cien por cien, una Cris única e inigualable que me hacía rabiosamente feliz a todas las horas del día.

Los dejamos allí y nos fuimos a comprar las cosas para la perrita. Ella se hacía la dura, pero no solo eligió la mejor camita, por poner un ejemplo, sino que se terminó llevando hasta el último de los accesorios para que al animalito no le faltase un detalle.

—Menos mal que no querías perro —reí ya de vuelta en el coche.

—Ya, pero si se tiene, se tiene en condiciones. Además, que es perrita y ya la iré yo introduciendo, poquito a poco, en el mundo de la moda. Cuando se le enmiende el pelo, eso sí, que ahora parece que ha metido las patas en un enchufe...

—Eres única, Cris...

—Única e irrepetible, eso lo puedes tener claro. Conmigo rompieron el molde, chaval.

Me costaba hasta conducir con ella soltando disparates por la boca y encima con esos gestos que hacía. La idea de quedarnos a vivir en Cáceres había cambiado mi mundo y para bien. Nada se me perdía en Lanzarote sin ella, cuando lo cierto es que Cris pasó a ser mi vida, la mujer que me complementaba y la que me hacía tan feliz que, en ciertos momentos, sentía hasta miedo, aunque eso no tenía sentido porque a nosotros ya la vida nos golpeó una vez y salimos indemnes.

—Ya, pero si se tiene, se tiene en condiciones. Además, que es perrita y ya la iré yo introduciendo, poquito a poco, en el mundo de la moda. Cuando se le enmiende el pelo, eso sí, que ahora parece que ha metido las patas en un enchufe...

—Eres única, Cris...

—Única e irrepetible, eso lo puedes tener claro. Conmigo rompieron el molde, chaval.

Me costaba hasta conducir con ella soltando disparates por la boca y encima con esos gestos que hacía. La idea de quedarnos a vivir en Cáceres había cambiado mi mundo y para bien. Nada se me perdía en Lanzarote sin ella, cuando lo cierto es que Cris pasó a ser mi vida, la mujer que me complementaba y la que me hacía tan feliz que, en ciertos momentos, sentía hasta miedo, aunque eso no tenía sentido porque a nosotros ya la vida nos golpeó una vez y salimos indemnes.

Capítulo 22



Antes de irnos a Lanzarote, un viaje que a los críos les hacía muchísima ilusión, comenzamos con el encargo de la casa nueva.

No iba a ser tan fácil ponernos de acuerdo, ya se veía venir.

—Yo quiero un dormitorio que sea como un campo de fútbol, mamá —le dijo Toño.

—Y yo otro igual —añadió Kike.

Así se pasaron el desayuno de aquel día en presencia de sus abuelos, que estaban encantados de escucharlos alborotados y tan contentos. Cris, que ya había vuelto a ser ella, recuperando su esencia, se mostraba algo menos encantada.

—¿Como un campo de fútbol? ¿Queréis decir que la habitación sea igual de grande o de horterera? Pero vamos, que os dará igual... Yo la voy a decorar de Ikea y punto pelota, que esos muebles sirven para todas las edades y a tomar por saco —decía ella.

—Que no, mamá, que no...

—Y dale con el fútbol, ¿qué perra les ha entrado a estos niños?

Hablando de perra, allí estaba Bella a nuestros pies. El animalito era superdócil, solo que tenía una cosilla conmigo que no le gustaba mucho que Cris se me acercase, algo que sacaba mis carcajadas a cada momento.

—No tiene guasa esto, que me vuelvo para echarte más leche en el café y la perra me gruñe. La leche que te han dado, Bella —le decía ella sin poder reprimir su risa como cada vez que tenía que nombrarla.

—No te rías de ella, mamá, que sí que es Bella...

—Sí, sí, tiene un pelo Pantene que da gloria la jodida, le va a hacer la competencia a Paula Echevarría al final.

—Pues yo ya se lo voy viendo mejor, no digas que no —le comenté.

—Es verdad, tiene dos o tres calvas menos, pero de aquí a que lo tenga bien del todo, estos nos han hecho abuelos —me decía ella.

—Pues yo no te haré abuela nunca, mamá, porque me voy a quedar traumatizado si no me pones un dormitorio de futbolista, quiero hasta una portería —insistió Toño.

—Y yo quiero que os calléis un poquito y os pasáis todo el desayuno poniéndome la cabeza como un bombo. Se siente, a cada uno le toca lo que le toca, de manera que termina de desayunar, Toño, y eso va por los dos. Y otra cosita, lo de tener dos dormitorios como si la casa fuese La Zarzuela ni mijita, que aquí no hay más príncipe que el de Beckelar de las galletas. A compartir dormitorio como toda la vida de Dios...

—Pues te quedas sin nietos —la provocó Kike, a quien también le gustaba hacerlo.

—Mirad, micos, si os habéis creído que eso es una amenaza, en realidad es una bendición. Yo mi jubilación me la pienso pasar con vuestro padre viajando por el mundo, que igual nos compramos hasta un velero, y no cambiando pañales de micos apestosos.

—¿Un velero? Primera noticia que tengo de que te gustan, amor —le comenté.

—Y yo también, no lo he sabido hasta ahora que he visto mi jubilación amenazada. Vamos, no he querido nunca niños y ahora voy a querer nietos. —Le dio tal bocado del cabreo a la tostada que, si se lo llega a dar igual a una esquina, hace un quiosco.

—Cariño, a lo mejor no estaría tan mal que les decorásemos el dormitorio como quieran, aunque estoy de acuerdo contigo en que hacerles dos es una tontería, uno y a su gusto, ¿lo negociamos?

—Ya salió el padre con las negociaciones, que había servido para trabajar en la ONU —resopló—. Y este animal, ¿por qué me mira a mí tanto? Si ahora ni te estoy besando ni nada, que más bien te estoy echando la bronca para que no pierdas costumbre.

—Ya, ya lo veo, cariño, ¿decoración futbolera entonces?

—Al final me ablandaréis. Está bien, pero como a mí me parecerá una hortera ni entraré en ella. Apúntate que os tenéis que encargar vosotros...

—Mamá, pues como de todo, si se lo estás echando todo en lo alto a papá, lo de fregar y todo lo demás —rieron.

—A callar, monos. Vuestro padre tiene lo que quiere, que nadie le ha mandado a conquistarme. Ese ha sido su gusto, él paga las consecuencias. Y otra cosa, que si lo llego a saber os llamo Benji y Oliver, joder con los niños y

el dichoso baloncito.

—Mujer, el deporte es sano. —Le hice ver.

—Sobre todo para ti, Mauro, que te tienes que mantener cachas para que yo te siga deseando.

—Hija, por Dios. —A su padre casi le sale el sorbo de café por la nariz.

—Muy mayor y todo lo que tú quieras, papá, pero el oído lo tienes estupendamente. Y otras cosas también, que os oí la otra noche dándole al tema, así que a mí no me digas ni mu. Yo solo estoy velando por mi relación, para que Mauro y yo duremos juntos más que un martillo metido en manteca. Y para eso me tendrá que dar la misma candela que tú le has dado toda la vida a mamá. Cuéntale cuál es tu secreto para llegar a mayor como un toro.

Su madre se revolcaba de la risa y yo también. Era impresionante, la Cris de siempre había vuelto y con más fuerza que un ciclón.

Ese mismo día comenzamos con lo que sería el primer paso para levantar esa casa que entre todos convertiríamos en un hogar. En concreto, echarían el hormigón sobre el que levantarla y yo no cabía en mí de ilusión. También los niños estaban expectantes porque eso de que entrase un camión enorme en el campo suponía para ellos toda una novedad.

—Mucho cuidadito con perderlos de vista, os lo digo a todos —nos advertía ella, quien solía delegar esas cosas en el resto. Según sus palabras era, por si alguna vez pasaba algo, poder culparnos.

En fin, que fue de lo más emocionante ver cómo la excavadora cavaba la zanja y cómo más tarde la rellenaba la hormigonera del camión.

—¡Yo quiero hacer eso de mayor! —le decía Toño a Kike.

—Y yo también —le contestaba el otro con los ojos como dos platos.

—Muy bien, adjudicado. Así nos ahorramos universidad y toda la pesca, Mauro. Total, si es lo que quieren, yo no me pienso calentar el coco matrícula va, matrícula viene... Un carné de camión para cada uno y arreglado.

No lo decía en serio, porque ella haría todo lo que hiciese falta y más para que cumplieran sus sueños. En lo único en lo que tenía razón, eso sí, era en que nosotros queríamos que fuesen felices eligieran lo que eligiesen.



Unos días más tarde ya estábamos en Lanzarote. Íbamos a recoger nuestras cosas, algunas de las cuales nos llevaríamos en maletas de vuelta y otras las dejaríamos embaladas y listas para su envío en una empresa de

paquetería.

Ella nunca había estado allí y le fascinó. La isla estaba preciosa e hicimos varios recorridos para que la vieran al completo. Haber unido nuestras vidas en verano nos estaba dando la posibilidad a todos de pasar mucho tiempo juntos y eso era maravilloso.

Estuvimos por la zona de El Golfo y de allí nos llevamos una serie de fotografías preciosas.

—Esto parece como de un planeta de por ahí, de esos que están muy altos —le decía Toño a Kike viendo aquel paisaje volcánico que al pequeñín le sorprendió tanto como a mi hijo cuando lo vio la primera vez.

—Todos los planetas están altos, Toño, pero tú quieres decir que esto se parece a Marte —le contestó Kike.

—Yo qué sé o a miércoles o a jueves, me da igual —negaba el otro con la cabeza.

Habrían servido para humoristas, porque tenían unos golpes increíbles y es que les salían solos. Ellos no pretendían hacernos reír y, sin embargo, lo lograban a todas las horas.

—Tu vida aquí ha tenido que ser muy bonita —me decía ella, mirando a su alrededor mientras comíamos en un precioso restaurante de la zona en el que nos sirvieron unos pescados y mariscos tan frescos que parecían estar vivos.

1

—No me quejo de lo que he vivido aquí, la verdad, ha sido una etapa de mi vida bonita y gratificante, pero me faltabas tú.

—¿Y eso cómo va a ser? No te puede faltar algo que no conoces —me contradecía.

—Sí, porque uno sabe, desde el fondo de su corazón, cuándo le falta algo. Y a mí me faltaba —suspiré mientras le abrazaba.

Ya estaba totalmente restablecida y su juventud logró que su piel se regenerase hasta el punto de que apenas le quedaban ya marcas en el cuerpo, aunque lo mejor era que no parecían quedarle tampoco en el alma. De hecho, Cris era otra desde que el padre de Toño estaba encarcelado. Ella nunca podría haber vivido tranquila si no le hubiesen condenado.

,

A veces, hasta de las desgracias pueden sacarse cosas buenas, y así nos ocurrió, porque aquella brutal paliza fue el detonante para que pudiera vivir una nueva vida, una nueva vida que yo me encargaría de hacerle lo más feliz posible.

No quise que nos fuésemos de allí, de la isla que yo conocía ya como la palma de mi mano, sin que visitásemos el Parque Nacional de Timanfaya, donde podía contemplarse el más puro de los paisajes volcánicos, esos que tanto

llamaban la atención de los críos.

Una vez en el interior, le sugerí a Cris que podríamos hacer la excursión a lomos de un camello, cosa a la que se negó en rotundo.

—Ni harta de vino, ¿me oyes? Ni harta de vino. Estos dos tienen más peligro que una piraña en un bidé y en camello no montan porque a mí no me da la gana de que salgamos en todos los telediarios —me soltó de lo más ofuscada.

—Igual tienes algo de razón y sería mejor que fuésemos en el bus, hay uno turístico que hace el recorrido. Mira, por allí viene.

—Sí, mamá, el bus es chulo, y a lo mejor nos lo dejan conducir a nosotros —le propuso Kike.

—Sí, pero dentro de ochenta años, cuando yo ya haya palmado, que no me da la gana de morir a manos de dos mocosos.

Desde el bus, íbamos viendo la bonita estampa de la caravana de camellos, todos los cuales subían por la montaña en fila. Una montaña que, por cierto, es un espectáculo con sus colores rojizos y ocre, hasta que llegas a la cima y encuentras esa porción de tierra abrasada que, ahí sí que les doy la razón a los críos, te hace pensar que estás en otro planeta.

—¿Ves lo tranquilitos que van los camellos? —Me los señalaba ella—. Pues eso es porque no se han subido estos que si no ya te diría yo dónde llega la estampida. Los pobres correrían más que galgos...

Fueron unos días preciosos, en los que aprovechamos para hacer algo de turismo y también para reencontrarnos en el terreno más íntimo, puesto que hasta entonces no tuvimos demasiada ocasión.

1

Reconozco que la posibilidad de que Cris se lastimase, después de lo mal que lo pasó me mataba, por lo que fui muy cauteloso, hasta que la primera noche que llegamos a la isla ella me habló con claridad.

—Oye, Mauro, ¿tú sabes lo primero que eché yo en la maleta para venir hasta aquí?

—No, cariño, no tengo ni idea —le comenté.

1 —Pues el Satisfyer. De manera que espabila ya o lo quemó, es que te juro que lo quemó, ¿cómo lo ves?

—Veo claro que ha llegado el momento de...—Hasta la boca se me secaba cuando lo pensaba. No podía tener más ganas de volver a sentirla como lo hice en esa otra isla, en Mauricio, donde nuestros cuerpos se encontraron por primera vez.

Los niños se durmieron pronto, y nosotros tuvimos toda la noche por delante para recobrar esos juegos y posturas increíblemente sensuales, eróticos y ardientes que me recordaron por qué el sexo con Cris me llevaba a enloquecer, porqué era ella y ninguna otra la que podía hacerme estallar de placer con el simple contoneo de sus caderas.

Esa noche recuperamos el sexo, del que haríamos muy buen uso el resto de ellas, porque a partir de entonces contábamos las horas para que los críos se durmiesen y empezara la hirviente fiesta de adultos.

l

y

,

n

Los niños se durmieron pronto, y nosotros tuvimos toda la noche por delante para recobrar esos juegos y posturas increíblemente sensuales, eróticos y ardientes que me recordaron por qué el sexo con Cris me llevaba a enloquecer, porque era ella y ninguna otra la que podía hacerme estallar de placer con el simple contoneo de sus caderas.

Esa noche recuperamos el sexo, del que haríamos muy buen uso el resto de ellas, porque a partir de entonces contábamos las horas para que los críos se durmiesen y empezara la hirviente fiesta de adultos.

Capítulo 23



Unas semanas más tarde, perfectamente instalados ya en Cáceres, decidimos salir a comprarles a los críos todo lo necesario para la vuelta al cole.

Sí, puede parecer mentira, pero el verano voló, se nos pasó en un suspiro. Desde que volvimos a estar juntos, los días se encadenaban con una rapidez sorprendente.

Ella iba de muy buen humor y recordábamos lo que nos dijeron los niños en el desayuno sobre cómo eran las escenas de *Harry Potter* en las que iban a comprar sus libros de texto para el cole los protagonistas en el Callejón Diagon. Después los dejamos en casa para que ella no se estresara.

—Sí, mamá, que yo ya he visto la primera y la segunda con Kike y con papá, ¿tú por qué no quieres verlas? —le preguntó Toño.

—Porque son muy repipis y punto, no te digo yo por dónde les diría que se metieran las varitas a los niñatos esos —se le escapó—. Ya está, Toño, que me sueltas la lengua, a mí, que soy pura paz y armonía.

Sí, sí, pura paz y armonía. Justo lo demostró en el momento en el que nos cruzamos con aquella mujer cuya cara me sonó, aunque tuve bien claro quién era en cuanto abrió el pico. Anda que era fina también. Menos mal que íbamos solos porque Cris, en su infinita paciencia, me dijo que ni amarrada se los llevaba para esas compras, que nos volverían majaras.

Se trataba de Rosario, la mujer del padre de Toño. Yo la había visto en el juicio rápido, de eso me sonaba, aunque no la reconocí porque estaba muy desmejorada, aparte de que llevaba el pelo recogido y gafas de sol de pantalla que ni las de Rosalía.

—Tú, por fin te encuentro. Ya sabía que un día me toparía contigo para poder cantarte las cuarenta —le dijo.

—Hombre Rosario, yo también tenía muchas ganas de verte —le contestó ella con toda la ironía del mundo.

—Claro que sí, para reírte de mí, ¿no? Pues que sepas que conmigo no vas a poder. Eres una zorra que no ha parado hasta meter a mi hombre en la cárcel, pero me las vas a pagar, te lo juro —la amenazó—. Como tú no

podías tenerlo a tu lado, no has aguantado y lo has apartado de mí.

—¿Tú de qué coño vas? ¿De verdad te has creído que yo quería tener a ese gusano a mi lado? Mira, Rosario, te voy a decir una cosa: si yo hubiera querido, le habría tenido con un chasquido de dedos, pero, a diferencia de ti yo lo quería, sí... pero a mil kilómetros de distancia.

—No, eso no es verdad, tú estabas deseando abrirte de piernas para él, pero como no te hizo caso porque me quería a mí, te has inventado lo de que la paliza te la dio él para meterle en la cárcel.

—Claro que sí, porque ese angelito no es capaz de matar ni a una mosca, ¿verdad? Mira, Rosario, no sé si me das más pena o asco. A mí casi me mata, así que quítate de mi vista antes de que, ahora que he recuperado las fuerzas, te atrinque por los pelos y le ahorre trabajo a los de la limpieza de las calles, barriéndolas con tu melena.

—No tendrás valor de tocarme, infeliz...

—¿Infeliz yo? Qué más quisieras tú... Yo tengo lo único bueno que ha salido de ese indeseable, a mi hijo Toño, además de un hombre que me quiere y que me respeta, cosa que él no hará contigo en tu puta vida, ¿es que acaso quieres que a ti sí que te mate? Porque esta vez ha estado a puntito, ese ya le ha cogido vicio a sacar a pasear la mano.

—¡Eso es mentira! ¡Él no pudo ser!

—Vuelve a ponerme por mentirosa e igual quien acaba hoy ingresada eres tú.

—Pues te vuelvo a poner una y mil veces, ¡mentirosa, embustera! —le chilló.

—Uy, lo que me ha dicho... Sin pelos se queda.

No me dio tiempo a sujetarla. Sí que estaba recuperada porque se fue para Rosario y yo creí que terminaría en una casa de pelucas porque la desmoñaba fijo. La cogió por la cola de caballo esa que llevaba, y se la dejó en la mitad

La otra no era manca y también trataba de arrancarle pelos, pero Cris estaba como poseída y la esquivaba divinamente, mientras que ella se llevaba los manojos en la mano.

En mi vida había visto a nadie arrancar pelos con esa velocidad, y por más que yo trataba de meterme en medio para separarlas no hubo manera.

Para colmo, los materiales que llevábamos para los niños acabaron desparramados por el suelo y mi chica le echó mano a una de las reglas.

—¿Quieres más? —La miró con cara de señor Miyagi, el de la peli de *Karate Kid*, y a la otra le faltó calle para

correr mientras se echaba mano a los cuatro pelos que le quedaban.

Ella me miró, yo tenía los ojos fuera de las cuencas y, a pesar de eso, me sacó la risa, para no variar.

—¿Esto se vende? Porque me voy a sacar un pastizal gracias a la imbécil esta. No te jode, decirme que yo quería follarme a ese criminal, ¿pues sabes lo que te digo? Que con lo que me den por sus pelos nos compramos el colchón de agua, que a ti sí que te quiero yo follar —me espetó de buenas a primeras y se quedó tan campante.

En los siguientes días, ella parecía tener incluso más vitalidad. No hacía falta más que verla, parecía como si el encuentro con Rosario le hubiese sentado fenomenal, dándole más energía de la que ya tenía.

Las obras de la casa iban viento en popa, aunque debíamos tener siete ojos con los enanos, porque eran más que capaces de liar una y arruinarlas.

Por esa razón, y para que estuvieran entretenidos, les pusimos a repasar las lecciones del curso anterior, para que de paso fueran repasando.

—Se lo van a pasar pipa en el colegio los dos juntos, ya lo verás. Estos son capaces hasta de decir que son gemelos, aunque se parezcan lo mismo que un huevo a una castaña. —Se desternillaba ella solo de pensarlo.

—Sí, son tremendos. La verdad es que cuando no la está liando el uno, la lía el otro...

—Verdad, menos mal que ahora están calladitos, aunque en el fondo me mosquea, ¿tú estás seguro de que están repasando? No sea que se hayan metido en la obra.

—No, cariño, si está allí toda la cuadrilla, nos hubieran avisado.

Todavía no terminábamos de decirlo cuando escuchamos unos chillidos procedentes de la obra, algo que me hizo levantarme como si tuviese un muelle en el culo, lo mismo que a ella.

—¿Son los niños? ¿Son los niños los que chillan? —nos preguntó Isabel saliendo de la cocina con el mandil puesto, que la pobre estaba haciendo la masa de las croquetas.

—Eso parece, Isabel —le dije mientras daba zancadas para salir de la casa.

—Jesusito de mi vida, estos dos están hechos de la piel del demonio. —Hasta se santiguó.

Llegué y el espectáculo no tenía desperdicio. Alguien debió dejar un cubo con cemento sin usar antes de irse a comer el bocata, el mismo en el que Kike había metido el pie. Como el cemento se estaba secando, no lo podía sacar y chillaba como un condenado.

—Mi pie, mi pie, lo he metido por tu culpa. —Señalaba a Toño.

—¿Por mi culpa? ¿Eres tonto? Yo te dije que yo no metía el mío.

—No, me dijiste que no lo metías hasta que yo no metiera el mío, y ahora lo voy a perder. —Comenzó a llorar.

—A mí me da algo, es que me da... ¡Castigados los dos de por vida! —les chilló su madre.

—¿Más? Si voy a perder un pie, mamá, y Toño se reirá porque él tendrá dos y yo solo uno... Y tendré que ir a la pata coja todo el día y ya no podremos echar carreras.

—¿Carreras? Estudiando la carrera es como os quiero ver ya, ¿no podíais ser superdotados o algo y que os dieran una beca a cada uno en Harvard? Ya iríamos a veros una vez en el año, hombre.

—Superdotados para los líos son los dos. A ver, hijo, ¿te duele el pie? —le decía yo tratando de movérselo

—No, papá. Me duele la cabeza del susto...

—Mira qué listo el niño, y a mí también de los chillidos y tan calladita, que no podrá decir nadie que estoy rajando.

Isabel y yo la miramos. Hasta Toño negó con la cabeza porque lo de su madre era de traca.

—A ver, ayudadme, que igual hay que llevarle al hospital con cubo y todo —les decía yo.

En esas llegó Fernando, que venía de la compra, y acudió.

—¿Qué ha pasado? —Se llevó las manos a la cabeza cuando vio el plan.

—Abuelo, que Toño me ha obligado a meter el pie en el cubo porque es muy listo y él no quería meter el suyo. Y ahora me lo tendrán que cortar.

—El rollo, el rollo es el que os vamos a cortar a los dos porque yo no puedo más —les decía Cris, a quien ponían como una moto entre los dos.

—Mamá, si pierdo el pie, dile a Toño que tendrá que tirar de la sillita de ruedas, que para eso ha tenido la culpa.

—Eso será si Toño vive para contarlo y tú también, porque hoy estoy pensando en hacer albóndigas de niño.

—Eso, con mi pie, tú lo que quieres es que te salgan baratas. —Se echó a llorar él, en su total inocencia.

Viéndolo así, ya Fernando no pudo más y se abrazó a él.

—A ver, cariño que, seguro que podemos hacer algo, pero me tienes que prometer que no te volverás a acercar a la obra, que es muy peligroso.

—Si yo no quería, me empujó Toño. —Le acusó con lágrimas como puños rodando por sus mejillas.

—De eso nada, que dijiste tú que íbamos a engañar a nuestros padres como si estuviésemos haciendo tarea y que nos veníamos de expedición a la obra.

—De expedición os mando yo a La Antártida a los dos. En cuanto esto se arregle, cogéis los plumíferos y a la gran puñeta —les ordenó Cris.

—¿A ver pingüinos? —se entusiasmaron.

—Sí y a coméroslos, que allí no estará abuela con el perol. A tomar por saco, con el frío espabilaréis más que si os fuerais al ejército.

—A mí me gusta el ejército, mamá, ¿a qué edad se puede ir? —le preguntó Toño.

—¿Te gusta? Pues yo les envío un 2x1 y me quedo en la bendita gloria. Tú di que tenéis más años, hijo, que ahora no paran de quitar requisitos y seguro que cuela. Además, si parecéis dos viejos, sabéis latín los dos.

Tan convencida ella de que esa podría ser la solución a todos nuestros problemas. Al final, entre Fernando y yo, le sacamos el pie y Kike se llevó todo el día tumbado en el sofá, puesto que del miedo que pasó decía no sentirlo. Quien se dejó sentir fue Cris, que no paró de relatar hasta por la noche.

La Cris impaciente llevaba regular el tema de la obra y más cuando los niños se empeñaban en hacer de las suyas como ese día. Yo ya estaba deseando que nos terminasen la casa y podernos trasladar a ella. Esa iba a ser la mudanza más corta del mundo, a unos cuantos metros. Allí viviríamos felices. Nuestros sueños se estaban cumpliendo a marchas forzadas por lo que había algo que me rondaba la mente todo el día, y que no era otra cosa que prepararle la pedida de mano más bonita del mundo.

Viéndolo así, ya Fernando no pudo más y se abrazó a él.

—A ver, cariño que, seguro que podemos hacer algo, pero me tienes que prometer que no te volverás a acercar a la obra, que es muy peligroso.

—Si yo no quería, me empujó Toño. —Le acusó con lágrimas como puños rodando por sus mejillas.

—De eso nada, que dijiste tú que íbamos a engañar a nuestros padres como si estuviésemos haciendo tarea y que nos veníamos de expedición a la obra.

—De expedición os mando yo a La Antártida a los dos. En cuanto esto se arregle, cogéis los plumíferos y a la gran puñeta —les ordenó Cris.

—¿A ver pingüinos? —se entusiasmaron.

—Sí y a coméroslos, que allí no estará abuela con el perol. A tomar por saco, con el frío espabilaréis más que si os fuerais al ejército.

—A mí me gusta el ejército, mamá, ¿a qué edad se puede ir? —le preguntó Toño.

—¿Te gusta? Pues yo les envío un 2x1 y me quedo en la bendita gloria. Tú di que tenéis más años, hijo, que ahora no paran de quitar requisitos y seguro que cuela. Además, si parecéis dos viejos, sabéis latín los dos.

Tan convencida ella de que esa podría ser la solución a todos nuestros problemas. Al final, entre Fernando y yo, le sacamos el pie y Kike se llevó todo el día tumbado en el sofá, puesto que del miedo que pasó decía no sentirlo. Quien se dejó sentir fue Cris, que no paró de relatar hasta por la noche.

La Cris impaciente llevaba regular el tema de la obra y más cuando los niños se empeñaban en hacer de las suyas como ese día. Yo ya estaba deseando que nos terminasen la casa y podernos trasladar a ella. Esa iba a ser la mudanza más corta del mundo, a unos cuantos metros. Allí viviríamos felices. Nuestros sueños se estaban cumpliendo a marchas forzadas por lo que había algo que me rondaba la mente todo el día, y que no era otra cosa que prepararle la pedida de mano más bonita del mundo.

Capítulo 24



El curso por fin empezó y los niños se mostraron muy ilusionados por eso de poder asistir juntos al cole.

El segundo día que asistieron, que era viernes, yo iría a recogerlos. El primero lo hizo Cris porque yo debía entregar unos guiones y estuve más liado que la pata de un romano.

Mientras conducía hacia el cole, en lo único en lo que podía pensar era en la cara que pondría Cris al día siguiente cuando nos fuéramos de cenita romántica y allí le pidiese matrimonio; en un lujoso restaurante que estaba recién abierto, con una maravillosa terraza y la música de un saxofonista que contraté de fondo, puesto que a ella le encantaba ese instrumento.

Dejé el coche en doble fila porque no cabía ni un alma. Ciertamente ella me había avisado de que la puerta del cole se ponía como el metro de Tokio en hora punta, pero el hecho de que comenzara a caer un chaparrón hizo que todavía acudieran más padres en coche ese día.

Cris me indicó por dónde salían los pequeños y que su profe se llamaba Aída, la misma Aída que me recibió con cara incrédula.

—¿Dices que eres el padre de Toño y Kike? ¿Es una broma? —me pregunto.

—A ver, si me pides una prueba biológica igual te llevas dos sorpresas, pero técnicamente sí que soy su padre, ¿dónde están? —le pregunté algo nervioso porque su cara era de no entender nada.

—Es que, verás... Hace un rato vino un hombre que decía llamarse como tú, me dijo que era Mauro y que Cris le enviaba porque se tenía que llevar a los niños, que ella olvidó que les tocaba vacuna. No paraba de mirar el reloj y decía que iba tarde.

—¿Cómo? No, no puede ser... Esta es una jodida pesadilla, ¡¡es imposible!! —le dije echándome las manos a la cabeza y pensando que mi mundo, una vez más, se venía abajo.

—Lo siento, te prometo que lo siento. Es que yo soy nueva, quizás debí pedirle más datos, quizás...

La chica tenía poca edad y debía ser su primer año dando clases porque estaba al borde del infarto también. No era para menos porque alguien se había llevado a nuestros hijos y no teníamos ni idea de la razón.

En esas me llamó Cris para preguntarme qué tal todo y tuve que descolgar, ¿cómo no iba a hacerlo? Nuestros hijos habían desaparecido y ella tenía tanto derecho como yo a saber lo que había sucedido, por mucho que yo quisiera protegerla.

No me moví de allí porque llamamos a la policía y ella llegó en un periquete con sus padres. Como anécdota, diré que Isabel apareció hasta con el mandil y las babuchas, como llamaba a sus zapatillas de estar por casa, todo un cuadro.

—¿Qué ha pasado, Mauro? ¿Dónde están los niños? Por el amor del cielo, que yo rajo mucho de ellos, pero que ya sabes que todo es coña, ¿quién se los ha llevado? ¡¡¡Yo lo hago pedazos, cuando coja a quien sea lo hago pedazos!!!

A Isabel se le bajó la tensión y tuvieron que venir a atenderla mientras que la policía llegó y sometió a un interrogatorio exhaustivo a Aída, que también estaba a punto del desvanecimiento.

—Yo no puedo estar aquí, vámonos a buscarlos —me pedía Cris en el colmo de la desesperación.

—Cariño, yo estoy igual que tú, pero ¿por dónde comenzamos a buscar?

—Por cualquier lado, yo me muero aquí de brazos cruzados. Habla con la policía y diles que nosotros nos vamos, que yo no puedo ni hablar. —Estaba completamente temblorosa y con los ojos idos. Ese último rasgo sí que me recordó bastante al día que se despertó en el hospital y no parecía estar en este mundo.

La policía, desde el primer momento, apuntó en la misma dirección, ya que resultaba muy mosqueante que a ella le hubiesen dado una paliza de muerte poco antes y pocos meses después desaparecieran nuestros niños.

—Pero ese tipo está en prisión, él no puede haber sido. —Trataba yo de razonar.

—Todas las hipótesis están abiertas, aunque no descartamos en absoluto que la desaparición esté relacionada con él —nos decían.

—La desaparición será la suya, porque como tenga algo que ver con esto, tendrá que desaparecer del mapa —les respondía Cris, atacada.

Nos subimos en mi coche y, tras dejar a los abuelos en casa, que ellos no estaban para esos trotes, nos dispusimos a recorrer una a una todas las calles de Cáceres, incluso preguntando a la gente con las fotos de los niños.

Nadie había visto nada, aunque a ella sí que la reconocieron de meses atrás, cuando la vieron en las noticias

alocales y mucha gente se ofreció a buscar a los niños, incluso se organizaron en grupos.

La policía nos llamó un par de horas después con una pista fiable: el retrato robot que proporcionó Aída se correspondía con el de un delincuente que acababa de salir de prisión y que, curiosamente, coincidió allí con el padre de Toño.

Suele ocurrir que blanco y en vasija sea leche fija, y aunque ese malnacido negó hasta la saciedad tener nada que ver con aquello, la policía lo tuvo tan claro como nosotros.

—Que me lo dejen a mí y ese termina cantando hasta por soleares, tiene que saber dónde se ha llevado el otro a los niños. Yo me muero, me muero, ¿y si les hace algo? Es otro criminal, los dos lo son y yo me pongo en lo peor y te juro que...

—Cris, cariño, tienes que calmarte. La policía está haciendo lo posible y nosotros también. Te prometo que aparecerán, te lo prometo.

—Ya, tú qué vas a decir, lo haces para consolarme, pero en el fondo tienes el mismo miedo que yo, no lo niegues.

—Estoy aterrorizado, eso no te lo puedo negar, aunque también tengo el pálpito de que los encontraremos y de que no faltan muchas horas para eso.

—Ojalá, porque yo me muero. Si llega la noche y no están en casa. Ay, ¿habrá sido por rajar tanto de ellos? Si yo rajo y, aun así, los quiero más que a mi vida. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Sí, cariño mío. Yo lo sé, ¿cómo no lo voy a saber? Esos dos granujillas están sanos y salvos, yo lo siento en el corazón, lo siento aquí —le decía mientras me lo señalaba.

Igual estaba siendo muy iluso, porque se trataba de un criminal peligroso igual que el padre de Toño. No obstante yo prefería confiar en mi instinto entre otras cosas porque de otro modo me volvería loco.

Sin embargo, las horas pasaban y la pesadilla se intensificaba, porque nada se sabía del paradero de los críos. No fue hasta eso de las dos de la madrugada cuando el teléfono sonó y fue el mismo comisario, que se había puesto al mando de la búsqueda, debido a la gravedad de esta y a que el caso enlazaba con la agresión que Cris sufrió, quien nos dio la noticia.

—Han aparecido en perfecto estado en las inmediaciones de un pueblecito cercano, os mando la ubicación. — Fueron sus únicas y contundentes palabras.

Con eso se resumía todo y la pesadilla llegaba a su fin, una vez más. Ojalá que, a partir de entonces, solo tuviésemos buenos sueños y no experimentásemos ninguna más.

Salimos pitando desde la calle en la que nos encontrábamos hacia la carretera. Por lo que pudieron saber, la madre del tipo tenía una casa en el pueblecito en cuestión, una que llevaba un tiempo cerrada tras su muerte hacía unos meses, y allí se había escondido la sabandija aquella con los críos, en espera de hacerles a saber qué.

Por el camino, Cris lloraba y reía a la vez, gestos que yo imitaba. La lluvia seguía cayendo, porque esa nos acompañó durante todo el día para hacerlo aún más gris.

—Te dije que estarían bien, mi vida, te lo dije.

—Sí, al final tendré que confiar en todo lo que me dices, y eso que yo era reacia a confiar en los hombres —me contestaba.

—Tuviste mala suerte, amor, solo fue eso. A partir de ahora, todo será maravilloso...

—Le ha enviado él, ¿verdad? Él ha enviado a ese tipo desde la cárcel para que hiciera desaparecer a los niños. Es tan malo que, con tal de que no crie a Toño a tu lado, ha preferido que ese tipo... Tú sabes lo que le iba a hacer, y encima a tu hijo Kike también. Estás a tiempo de apartarte de mi lado, porque yo solo te traigo problemas. —Se echó a llorar desconsoladamente en ese instante, como si toda la tensión que sufrió durante el día la pudiese soltar así de golpe.

—¿Apartarme de tu lado por lo que ese criminal te odia? No se lo ha creído ni él. Yo voy a quedarme a tu lado para demostrarte que te quiero incluso mucho más de lo que él te odia. Te voy a hacer tan feliz que un día olvidarás que todo esto ha sucedido y creerás que ha sido un mal sueño.

—Ojalá, porque te prometo que yo no puedo con más problemas. Los niños deben estar aterrorizados, yo no sé cómo nos vamos a enfrentar a esto...

, Los críos tienen una capacidad infinita para sorprendernos, porque nos los encontramos alegres como unas castañuelas. Y no solo eso, sino que la policía dio con ellos en medio del campo, cuando iban a echar un vistazo a la abandonada casa. Los niños les hicieron señas desde la cuneta y les pidieron que encargaran *pizza*, así como suena.

l

1 Por suerte para todos, el tipo no los trató mal, ya que quiso engatusarlos como que era un amigo nuestro y que iríamos a buscarlos en cuanto pudiésemos. Por lo demás, eso sí, como debía tener en mente cometer una barbaridad esa misma noche, ni les dio de comer durante el día.

—Nos dimos cuenta de que no era un amigo vuestro porque ese nos tenía con la barriguita vacía, era malo, entonces nos asustamos y nos metimos en el baño. Allí, en el armario, había un tarro de pastillas como las que se toma la abuela cuando no puede dormir, mamá —le explicó Toño.

—¿Y qué hicisteis con ellas, hijo?

>

—Es que al final sí que pidió comida, a un chino. Y mira que yo le dije que a mí no me gusta la comida china, pero él se pidió una sopa muy rara, que parecía agua sucia, y Kike tuvo una idea mientras el malo calentaba los rollitos de primavera.

—Sí, yo vi en una peli que las pastillitas esas que parecen de plástico se abren y se echa lo de dentro... Así que se lo echamos en la sopa... Y sopa se quedó él, porque la policía no podía ni despertarlo. Al final se lo han llevado en una ambulancia. Eso le pasa por pedir chino, si hubiese pedido *pizza*, no se lo hubiéramos podido echar, pero en la sopa sí. —Se moría Kike de la risa.

Eran dos pequeños genios. No sabía si terminarían sirviendo para estudiar tres carreras cada uno, si para conducir camiones o si para salir al espacio como astronautas, porque lo cierto era que siempre les apoyaríamos en aquello en lo que les hiciera felices. Y más a partir de ese día en el que pasamos miedo, lo que se dice miedo y en el que pudimos perder a quienes más queríamos en el mundo.

Cris se sentó con ellos de camino a casa en el asiento de atrás. Yo la miraba por el espejo retrovisor y le guiñaba el ojo mientras ella se los comía a besos.

En cuanto al padre de Toño, ese tuvo muchas cuentas que rendir ante la justicia. En esa ocasión ya no se trató de un juicio rápido, sino de uno que se celebraría bastante después, y en el que ya os adelanto que conseguimos que le cayeran un montón de años más de prisión, los suficientes para que saliese de allí hecho ya un verdadero anciano. Ah, y otra cosa, que también tuvo que indemnizar a mi chica nuevamente con otra succulenta cantidad de dinero, por lo que el día que le pusieran en libertad ya no tendría ni para pipas.

Por lo visto, desde que Cris y Rosario tuvieron el encontronazo en la calle, él le prometió que el haberla dejado medio calva le costaría caro a Cris, y quiso llevar a cabo sus amenazas.

En cuanto al tipo que se los llevó, cuando por fin se despertó en el hospital se enteró de que su estancia en la calle sería más bien breve, puesto que le esperaban un buen puñado de años a la sombra para que recapacitase.

—Es que al final sí que pidió comida, a un chino. Y mira que yo le dije que a mí no me gusta la comida china, pero él se pidió una sopa muy rara, que parecía agua sucia, y Kike tuvo una idea mientras el malo calentaba los rollitos de primavera.

—Sí, yo vi en una peli que las pastillitas esas que parecen de plástico se abren y se echa lo de dentro... Así que se lo echamos en la sopa... Y sopa se quedó él, porque la policía no podía ni despertarlo. Al final se lo han llevado en una ambulancia. Eso le pasa por pedir chino, si hubiese pedido *pizza*, no se lo hubiéramos podido echar, pero en la sopa sí. —Se moría Kike de la risa.

Eran dos pequeños genios. No sabía si terminarían sirviendo para estudiar tres carreras cada uno, si para conducir camiones o si para salir al espacio como astronautas, porque lo cierto era que siempre les apoyaríamos en aquello en lo que les hiciera felices. Y más a partir de ese día en el que pasamos miedo, lo que se dice miedo y en el que pudimos perder a quienes más queríamos en el mundo.

Cris se sentó con ellos de camino a casa en el asiento de atrás. Yo la miraba por el espejo retrovisor y le guiñaba el ojo mientras ella se los comía a besos.

En cuanto al padre de Toño, ese tuvo muchas cuentas que rendir ante la justicia. En esa ocasión ya no se trató de un juicio rápido, sino de uno que se celebraría bastante después, y en el que ya os adelanto que conseguimos que le cayeran un montón de años más de prisión, los suficientes para que saliese de allí hecho ya un verdadero anciano. Ah, y otra cosa, que también tuvo que indemnizar a mi chica nuevamente con otra succulenta cantidad de dinero, por lo que el día que le pusieran en libertad ya no tendría ni para pipas.

Por lo visto, desde que Cris y Rosario tuvieron el encontronazo en la calle, él le prometió que el haberla dejado medio calva le costaría caro a Cris, y quiso llevar a cabo sus amenazas.

En cuanto al tipo que se los llevó, cuando por fin se despertó en el hospital se enteró de que su estancia en la calle sería más bien breve, puesto que le esperaban un buen puñado de años a la sombrita para que recapacitase.

Capítulo 25



Dado lo que pasamos, aplacé la pedida de mano para el siguiente fin de semana. Era lo menos porque ese quisimos pasarlo entero con los críos, quienes no paraban de hablar de su hazaña y de los ronquidos que daba el tipo ese a consecuencia de las pastillas. Unas pocas más y se lo llevan por delante, habría sido una verdadera lástima...

El siguiente sábado por la noche, vestido elegantemente de traje, le pedí que se pusiera el precioso vestido que dejé encima de nuestra cama, uno que ella vio semanas atrás en un escaparate y que se negó a comprarse porque decía que valía un riñón y medio, pero que le quedaba de película.

Yo tomé nota mental y no tardé en ir a por él, algo que sacó la más preciosa y brillante de sus sonrisas.

—Tú quieres algo, a mí no me la das. Y no creo que sea más sexo, porque te estoy dejando seco —rio.

—De sexo voy servido, cariño. Y, por lo demás, ¿qué voy a querer yo? —Me hacía el sueco.

—Ya, ya. Bueno, yo el vestido me lo pongo, va...

Estaba sencillamente increíble con él, no hay otra forma de definirla. Con un hombro al aire y una gran abertura que dejaba una de sus piernas al descubierto, aquel vestido rojo me provocó tal pasión que a punto estuve de tener que pedirle matrimonio en la cama, porque de momento parecí un trípode.

Intimidades aparte, logré controlarme y llegar al coche, aunque ella iba muerta de la risa, dado que se dio cuenta.

—Es que me parto, me parto —decía.

—Pues a ver qué te parece esto —le dije yo ya en la puerta.

—No me vayas a decir que daremos un numerito porno aquí en la puerta que, si hay que darlo se da, pero yo creí que tú ibas hoy más rollo romántico.

—Cariño, yo ahora ya no hablaba de mi erección, sino de la limusina que viene por ahí.

—¿Nos vamos en limusina? ¡Me muero! ¡Me muero! ¿Y dices que se te ha bajado? Mira que yo dentro podría hacerte un trabajito con champán, fresas y de todo.

—No, no será necesario —le contesté porque la vi muy dispuesta y porque esos preciosos labios suyos, pintados del mismo color que el vestido, no debían estropearse por nada del mundo.

Llegamos al restaurante y nos fuimos directamente a la terraza. La música del saxofonista tampoco se le pasó por alto. Era imposible sorprenderla, pero sí mimarla.

—Yo sé muy bien lo que hemos venido a hacer aquí, pero me haré la tonta y cuando llegue el momento pondré cara de sorprendida. Tú hazme una foto, que esa va directa al Face y al Insta. Y, aunque me quede bizca por el pedrolo del anillo, ni se ocurra sacarme así. A mí me sacas bien o se caga la perra. Y no digo Bella, que esa también. Andando cojo yo la mierda del bicho.

Era un no parar, con ella era un no parar. El metre se deshacía en atenciones con nosotros y yo le dedicaba a Cris una serie de románticas miradas para que entendiese que, por mucho que ella supiera el motivo, aquella cena sería una de las más entrañables de nuestra vida.

Por su parte, se hacía la tonta y se dejaba querer, sin parar de reírse, de hacer gestos, de hablar, de coquetear como solo mi Cris, mi preciosa novia, podía hacerlo.

Tomamos algunas de las especialidades de la casa, pura exquisitez, y dejé para el dulce postre, una deliciosa mousse de frutas del bosque, el momento más especial de la noche, ese en el que colocaron la cajita abierta con el anillo dentro de su plato, el cual el metre le puso por delante.

—Vale, vale, me lo traes tú, pero en realidad es de él, ¿no? —le preguntó mientras me miraba y sacaba su risa.

—Así es, señorita.

—No, es que lo pregunto porque un bombón como yo lo quiere degustar cualquiera y claro, lo mismo me has visto y te has querido adelantar a mi novio, que me ha traído aquí para pedir mi mano por segunda vez, que es reincidente, y yo estoy haciéndome la tonta para darle más emoción al asunto —le contó todo eso, como si le hubiesen dado cuerda, incluso antes de mirar el anillo.

Finalmente reparó en él y puso una cara que sí... Fue muy digna de immortalizar en una fotografía, cosa que hice mientras el saxofonista tocaba una de sus canciones preferidas, no digo de las de él, sino de mi prometida, que bailaba encantada el *Volví a nacer* de Carlos Vives mientras se miraba el anillo una y otra vez.

—Te lo has currado, te lo has currado, es una pasada. Solo por esto, te vas a llevar un premio esta noche que ya verás... Los ojos te pienso volver.

Me decía tal cosa cuando a través de la puerta de la terraza vimos a entrar a los niños con sus abuelos.

—¿Y estos qué hacen aquí? Ay, Dios mío, que han quemado la casa... Digo, las dos casas, que la nuestra ya iba bastante adelantadita.

—Que no, cariño, que han querido venir para compartir el momento. Ellos ya lo sabían...

—Claro, si eso lo sabía hasta quién te digo. Vale, vale, pues les enseño el anillo de lejos y ya, que se van a desvelar...

—Me temo que no será posible porque hoy tienen marcha para rato, que se han preparado durmiendo siesta.

—Vaya por Dios...

Se acercaron y los dos le cogían la mano a su madre, mientras que Fernando me felicitaba.

—Chaval, te llevas una joya —murmuraba con la lagrimilla fuera mientras Isabel besaba a su hija.

—Quien se lleva una joya soy yo, papá. Mira qué pedrolo, este vale un ojo de la cara —le soltó y lo que todos soltamos fueron buenas carcajadas.

Los niños daban brincos de alegría y ella los miraba.

—Bueno, ¿qué? Así que esta noche no hay sueño, ¿no? Pues ya lo veis, niños, ¡nos casamos!

—¿Le has dicho que sí, mamá? —le preguntaban emocionados.

—En realidad no le he dicho nada ni puñetera falta que le hace, que mi cara lo dice todo, ¿dónde voy yo a encontrar otro chollo igual? Y ahora, ¡aire! ¡A casa!

—Que no, mamá, que nosotros hemos venido a bailar y a tomar postre —le dijeron metiendo cada uno de ellos un dedito en su mousse.

—De mi postre ni en broma, ¿eh? Última vez que metéis el dedo u os lo corto...

Evidentemente, pedimos más postre, bebimos, bailamos, cantamos y llegamos a las tantas de la madrugada a casa en una noche que no fue bonita, sino preciosa. Tampoco hace falta decir que lo celebramos, y por todo lo alto, en la cama.

—Es que eso se debía aprovechar —me comentaba mirando mi erección, esa que no se terminaba de bajar debido

a la mucha excitación que ella me provocaba.

—Oye, preciosa, ¿y tú y yo cuándo nos casamos? No hemos puesto fecha.

—Pronto, pronto, en la primavera que viene, en cuanto la casa esté terminada y amueblada, ¿te parece bien? Aunque en realidad te lo pregunto por preguntar, porque lo haremos así...

—Claro que sí, cariño mío, ¿cómo no me va a parecer bien? —afirmé mientras la abrazaba con todas mis fuerzas.

Teníamos por delante unos preciosos meses en los que veríamos cómo esa casa, cuyos pilares ya estaban levantados, se terminaba convirtiendo en un hogar mientras, al mismo tiempo, nos encargábamos de todos los preparativos de una boda que nos hacía la máxima de las ilusiones, igual que a los nuestros.

No había sido fácil llegar hasta allí y, en concreto, vivimos dos momentos críticos donde los hubiese... Dos momentos en los que nuestra felicidad estuvo en el aire y pudimos perderlo todo de la noche a la mañana. Cuando uno ha vivido ese tipo de momentos, luego todo lo saborea más, entendiendo que la dulzura de la vida se le pudo volver amargor y agradeciendo al universo que no fuese así.

Cris, por mucho que volvió a mostrar su falta de paciencia en uno y mil momentos, sobre todo en lo relativo a los críos, estaba rabiosamente feliz y yo... Yo me sentía el más dichoso del globo de poder compartir con ella todo lo que estábamos viviendo.

La casa nos la tuvieron a punto para las Navidades, unos meses antes de lo previsto, y decidimos inaugurarla entonces. No por ello nos dejaron de echar un cable mis suegros, pues ellos tenían una mano excelente para la comida y se encargaron de preparar todo lo que su hija y yo compramos.

Fueron días de prisas, de colas, de idas y venidas, de compras... Unos días estresantes, pero increíblemente felices: en los que descubrí que esa era la vida que yo llevaba tantos años echando de menos y que podría disfrutar como el máximo de los regalos. No obstante, regalos hubo para parar el tren delante de aquel árbol de Navidad que días atrás decoramos Cris y yo en compañía de los niños... Un altísimo árbol que casi llegaba al techo porque nos dejamos llevar por sus deseos de que fuera inmenso.

¹ Inmenso... inmenso era el amor que yo sentía por todos ellos. Fueron unas Navidades no exentas de anécdotas, para no variar, como cuando abrimos la cajita del regalo que Santa dejó para Bella y era un champú de lo más exclusivo que Cris le compró.

—Para que por fin se le termine de enmendar el pelo, que mi niña es lo más bonito que ha parido madre —le dijo mientras que el animalito, que igual reparó en que ella estaba siendo un poco irónica, le enseñó los dientes.

—Mamá, que te muerde —le advirtieron los niños.

—Oye, que no hay manera, ni porque me gaste el dinero en la perra, me tiene atravesada.

—Mamá, si el dinerito no te los has gastado tú, los regalos los ha traído Santa —le comentó Kike.

—No, niño, esos son los vuestros, el de Bella lo he comprado yo y si llego a saber que me iba a poner esa cara de hija de perra le compro lo que yo me sé —le contestó y todos a revolcarnos de la risa.

A partir de las Navidades, el tiempo comenzó a volar y nosotros arrancábamos hojas del calendario. Nada podía hacernos más dichosos que el avance del tiempo, ese que nos llevaría directos a la primavera y a la celebración de una boda que a todos nos tenía felices como regalices.

Los niños no paraban de planear y su madre los miraba de reojo.

—A mí la boda no me la dais, advertidos quedáis, porque a veces os he querido vender y nada, nadie se rasca el bolsillo, pero si os regalo igual puedo engañar a alguien.

Bien la conocían porque se tronchaban de todo lo que decía. A veces terminaban haciéndole burla y ella los correteaba por toda la casa. Yo me unía y terminábamos todos en el suelo, unos encima de otros, entre risas, abrazos y cosquillas. Entonces yo comprobaba que eso y solo eso era la felicidad, y que no había ninguna fuerza humana ni divina que pudiese apartarme de la que ya consideraba mi familia, de esa familia que me cambió la vida para bien y para siempre.

—Oye, que no hay manera, ni porque me gaste el dinero en la perra, me tiene atravesada.

—Mamá, si el dinerito no te los has gastado tú, los regalos los ha traído Santa —le comentó Kike.

—No, niño, esos son los vuestros, el de Bella lo he comprado yo y si llego a saber que me iba a poner esa cara de hija de perra le compro lo que yo me sé —le contestó y todos a revolcarnos de la risa.

A partir de las Navidades, el tiempo comenzó a volar y nosotros arrancábamos hojas del calendario. Nada podía hacernos más dichosos que el avance del tiempo, ese que nos llevaría directos a la primavera y a la celebración de una boda que a todos nos tenía felices como regalices.

Los niños no paraban de planear y su madre los miraba de reojo.

—A mí la boda no me la dais, advertidos quedáis, porque a veces os he querido vender y nada, nadie se rasca el bolsillo, pero si os regalo igual puedo engañar a alguien.

Bien la conocían porque se tronchaban de todo lo que decía. A veces terminaban haciéndole burla y ella los correteaba por toda la casa. Yo me unía y terminábamos todos en el suelo, unos encima de otros, entre risas, abrazos y cosquillas. Entonces yo comprobaba que eso y solo eso era la felicidad, y que no había ninguna fuerza humana ni divina que pudiese apartarme de la que ya consideraba mi familia, de esa familia que me cambió la vida para bien y para siempre.

Capítulo 26



El día de nuestra boda amaneció absolutamente resplandeciente, tanto que me extrañó un poco que fuesen todavía las ocho de la mañana dada la cantidad de luz solar que entraba por las ventanas.

Miré mi móvil, que estaba al lado de la cama, y resultó ¡que eran las once! Me quedé con las patas hechas trancas y no supe ni cómo decírselo a Cris.

¿Cómo podía ser? Pues muy sencillo, ¡no nos habíamos enterado de que sonó el despertador! Y sí, sí tiene una explicación porque la noche anterior, Lucas, un primo de Cris, se acercó a brindar con nosotros por la boda, que cenamos con mis suegros, y nos trajo una botellita de orujo que resultó ser cosa fina. En aquella primaveral noche y dado que el orujo entraba solo, fina fue la que cogimos todos, de modo que mis suegros debieron quedarse dormidos a pierna suelta también.

Yo mataba al tal Lucas y tendría ocasión de hacerlo pronto, puesto que él era el encargado de llevar a Cris a la iglesia en su coche, un precioso Mercedes que se acababa de comprar y que a ella le encantaba. Por eso y por el mucho cariño que le tenía a su primo, le pidió que fuera su chófer. De jovencitos, antes de quedarse embarazada, eran compañeros de juergas y para mí que ese la juerga no la había soltado todavía.

Pensaba en todo ello y en las inmensas ganas que tenía de estrangular al tal Lucas, cuando ella abrió un ojo.

—¿Ya ha sonado el despertador? —me preguntó mientras que se agarraba a la almohada con la esperanza de que fuese más temprano.

—Sí, cariño, ha sonado...

—Vale, pues diez minutitos más. Ahora mismo no me acuerdo, pero sé que tenía que hacer algo esta mañana, diez minutitos, porfi —me pidió mientras volvía a meter la cabeza en la almohada. Era evidente que ella se había pillado un pedo considerable.

—Cariño, mejor te vas levantando ya —le sugerí.

—¿Y eso por qué? ¿Dónde vas con tanta prisa? —se quejó.

—Yo es que me caso hoy, no sé tú —le comenté entre risas y para qué os cuento... Cielo santo, qué salto pegó.

—¡Es verdad! ¡Que tú te casas! Vaya, y que yo también me caso...

—Sí, porque estaría feo que se casase uno solo.

—Es verdad, es verdad, ¿y ya son las ocho?

—Cariño, tengo una noticia mala y otra buena, ¿por cuál empiezo?

—Por la buena, por la buena. La mala no será que me hayas dejado preñada a traición, ¿no? Porque anoche estaba yo un poco piripi y no te puse el doble condón —me recordó.

No era broma, doble condón me hacía ponerme por si las moscas, que ella decía que pastillas no tomaba ni una, que eso no era bueno, que para ejemplo el de Bella, nuestra perrita, que ya lucía un pelo precioso, pero que se había puesto como un barrilete. Sí, que serían las pastillas y no que los niños le daban de comer a nuestras espaldas todo lo que a ella se le antojaba.

—No, cariño, que no es eso. La buena noticia es que la mañana se te pasará volando. Y la mala es que ya son las once....

—¿Las once? ¿Qué dices de las once? Once palos te voy a dar yo en la cabeza como no me digas que es cachondeo. Venga, ¿qué hora es de verdad?

—En realidad ya son las once y cinco, amor —le dije entre dientes y salí corriendo en dirección al pasillo porque ya veía que el pato lo pagaba yo. Ella cogió una de sus zapatillas y me la tiró. Suerte que doblé la esquina a tiempo, pero no me sirvió de nada. Era madre y, aunque no fuera la mía, el zapatillazo me lo llevé, ya que logró que siguiese mi trayectoria y me diera.

En fin, que llamé corriendo a los niños y a mis suegros. Los peques se pusieron a chillar cuando vieron la hora y la cara de su madre, que estaba que mordía, y decidí que se metieran en la casa de los abuelos o no sería yo el único que se llevase un zapatillazo ese día.

¿Mi suegro me abrió con cara de no saber en qué mundo estaba tampoco y mi suegra no daba crédito.

—Da igual, da igual, dile a la niña que yo me encargo de todo lo de los críos.

—Sí, Isabel, yo vengo luego a ayudarte —me ofrecí.

De proto escuché unos gritos que no reconocí como los de Cris y comprobé que eran de Mar, otra de sus primas,

que era peluquera y maquilladora y que decía llevar hora y media esperando en la calle.

—A partir de este momento, entras por la puerta de casa y eres hombre muerto, que no puedes verme hasta la iglesia —me advirtió Cris mientras su prima sacaba todo lo necesario para arreglarla a la velocidad de las balas.

Me quedé en la casa de mis suegros, donde me vestí y donde ayudé a vestir a los críos, que estaban ideales con unos chaqués en miniatura como el mío y como el de Fernando, que era el padrino. Isabel también era la madrina porque yo no tenía madre y nadie mejor que ella, que se comportaba como una madre también conmigo, para cumplir ese papel.

—Nos han vestido como dos pringados —le dijo Toño a Kike en su línea, en cuanto se vieron en el espejo.

—Eso, como dos pringados. Cuando dijeron que iríamos muy chulos creí que nos pondrían la equipación de fútbol —le contestó el otro.

—Claro que sí, lo que faltaba. Hoy del fútbol os olvidáis, ¿eh? No vayáis a sacar de quicio a vuestra madre —les advirtió su abuela un poco seria, porque era puro amor con ellos y, aun así, de vez en cuando tenía que advertirles en otro tono porque a traviesos no les ganaba nadie.

Por fin llegó la hora de salir para la iglesia y Lucas llegó. Eso sí, tal cual se bajó del coche, yo vi que entró haciendo eses en el campo y me quedé a cuadros.

—Oye, ¿tú estás bien? —le pregunté.

—Yo estoy de puta ma... —lo dejó ahí porque vio salir a los niños.

—Tú lo que estás es borracho perdido, tío...

—Anda ya, puede que bebiera una mijita más anoche, después de que me fuera, pero poca cosa.

a—¿Y a qué hora te has acostado?

—Qué va, si yo soy muy responsable y, para no quedarme dormido, ni me he acostado ni nada.

—Eso ya lo veo. Lo siento, pero tú no estás en condiciones de conducir...

—¿Qué dices? Si llevo haciendo carreras ilegales toda la noche y he ganado dos. Y ahora me dice el tío sieso que no conduzco.

—Mira, Lucas, quítate de mi vista que ya llevaré el coche yo.

—Vale, vale, no te pongas así. Y te digo una cosa, yo el tostón de la misa no lo aguanto, que me dará sueño. Le diré a un colega que me lleve directo al convite y voy pidiendo una copita. Te dejo las llaves del coche para que no digas que no me enrolló.

Me quedé con las llaves en la mano y con cara de gilipuetas. Mi suegro salió y me vio con ellas.

—Yo ese coche no lo llevo, Mauro, que es de esos automáticos y no me entiendo con ellos, lo tendrás que llevar tú —me dijo, porque Fernando, pese a su edad, pareció rejuvenecer con sus nietos en casa, y volvió hasta a conducir un poco.

—¿Con tu hija dentro? Me mata si la veo vestida de novia antes de tiempo...

—Eso da igual, papá. Yo te voy tapando los ojos y Toño te guía —me ofreció Kike, qué bonita es la inocencia.

No fue así, pero casi, aunque antes nos faltaba el detallito de que, ya al volante del coche, escuché chillar desde dentro de la casa a Cris que no encontraba el ramo. Primero fue un grito y después... Después casi se desgañita cuando vio el plan.

Resultó que los niños, que estaban aburridos, decidieron que algo de fútbol sí que practicarían. Y como no entraron un balón porque su abuela se los había guardado para que no se tiraran al suelo con los chaqués, en un descuido de Cris cogieron el ramo de novia y jugaron con él.

No hace falta decir que ella los llevó hasta el coche dándole con el ramo, o con lo que quedaba de él, en la cabeza a los dos. El caso es que la jodida, como valía para todo, terminó recomponiéndolo y volvió a lucir perfecto.

Ella también seguro que lucía perfecta, pero yo no la vería porque su prima Mar colocó una sábana a modo de mampara entre los asientos delanteros y los traseros, en los que Cris se sentó junto con los niños, a los que les seguía leyendo la cartilla. Así yo no la vería y no se rompería la tradición.

—Tienes que estar bellísima, cielo mío —le dije antes de arrancar.

—Y más cabreada que un mico también, ¿qué más va a pasar hoy? Parece que nos han puesto dos velas negras.

—Claro que no, amor, tú tranquila, que seguro que ya ha pasado todo.

No, ese era mi deseo, pero todo no había pasado. He de decir que elegimos para casarnos una preciosa ermita en un pueblecito que no estaba demasiado lejos de Cáceres capital y en el que nació Isabel, razón por la que mis suegros también se casaron allí.

—En el fondo es que soy una sentimental —me decía mi prometida mientras los niños estaban más callados que en misa, pues puso a cada uno mirando para una ventanilla.

Quien se quedó también bastante callado fui yo, más que nada porque en un momento dado me di cuenta de que los frenos no iban demasiado bien. Apenas quedaban un par de cuestas abajo, pero no, ni bien ni mal. No iban y entonces me acordé de lo que dijo Lucas de que se había pasado la noche participando en carreras ilegales, ¡ese cerebro de mosquito le había quemado los frenos!

Para colmo, el coche que llevábamos delante era el de mis suegros y, además, él decía que era vintage. Sí, a Fernando le dio, pese a su edad, por comprarse un cochecito que no corría nada, porque era más lento que un desfile de caracoles. El hombre, que quería distraerse. Nada de vintage, el tiesto tenía un porrón de años, lo que sucedía es que a él le encantaba y lo tenía impecable. Eso sí, correr, lo que se dice correr, nunca lo vi demasiado. Hasta ese día, claro, porque cuando el hombre se dio cuenta ya nos tenía encima y entonces solo le faltó sacar los pies por debajo como Los Picapiedra.

—Papá, papá, ¡frena, que nos comemos a los abuelos! —me decía Toño.

—Hijo, es que no puedo, no puedo —le contestaba yo sudando la gota gorda.

—Mamá, se parece a ese señor que te hace a ti tanta gracia —le soltó Kike.

—Sí, a Chiquito de la Calzada... ¡Me cago en tus muelas, Mauro! —Le imitó ella y yo me hubiese reído de no ser porque tenía más miedo que siete viejas, aunque para miedo el de mi suegro, que ese sí que sudó a chorros.

—Cariño, es que de verdad que no puedo frenar —le decía yo acojonado.

—No puedes frenar, la marcha atrás no te va, ¿tú qué tienes en contra de los frenos? —me preguntó con segundas

—Yo nada, si ha sido tu primo.

—Muy bonito, vaya ejemplo para los niños, no se acusa a quien no está delante para defenderse...

—Eso es lo que tendrá que hacer tu primo, defenderse cuando yo lo atrinque.

—¿Le vas a dar ensalada de puño a Lucas, papá? —Ya volvían a sincronizarse con sus preguntas.

—Eso será si vivo para contarle, ¡agarraos fuerte!

—No, si todavía nos la pegaremos y me volverás a joder el ramo —me soltó ella y se quedó tan pancha.

En algunos momentos creí que nos los llevábamos por delante, me refiero a mis pobres suegros, pero no. Por fin llegamos a la preciosa ermita.

—Mauro, se me puede exprimir la chaqueta, ¿tú te crees que eres un piloto de Fórmula 1? ¿Así es como llevas a tu familia en el coche? —me reprochó mi suegro.

—Fernando, no me preguntes y ayúdame luego a estrangular a tu sobrino —le respondí apretando los dientes y corriendo a mi puesto, a coger del brazo a Isabel, y a esperar dentro de la ermita a que entrara mi bellissima novia, que ese día se convertiría en mi esposa.

—Hijo, que yo entiendo tus nervios, pero si tantas ganas tenías por llegar para hacer de vientre, hubieras parado en el campo —prosiguió mi suegra y yo solo podía negar con la cabeza.

En nuestra línea, se trató de una boda de lo más disparatada, como todo lo que me sucedía desde que estaba con Cris. Mis suegros llevaban a Bella en su coche, vestida con un precioso vestido de novia perruno, imitando a su dueña, un detalle que yo no esperaba y que sacó mi risa... Aunque lo que verdaderamente me salió fue una inmensa sonrisa de felicidad cuando vi a Cris avanzar hacia mí con ese preciosísimo vestido, rabiosamente sexy, como era ella. Su escote corazón y ese corpiño de tipo corsé que le hacía un cuerpo de infarto, provocó que, entre unas cosas y otras, mi suegra terminase por tenerme que echar viento en un día en el que yo no podía con más emociones.

Los críos nos llevaban los anillos y ella caminaba hacia mí, lindísima, como si no fuese de este mundo, con ese magnífico vestido que contaba con una larga cola y con el que demostró tener el mejor de los gustos.

La ceremonia, de lo más emotiva, salvo en ese momento en el que la perrita se puso a ladrar porque estaba como enamorada de mí y no quería que Cris me besase, resultó perfecta.

—¡Que te calles ya o te vuelvo a dejar los pelos despeluchados! —le aclaró Cris antes de que nos fundiéramos en el más intenso y romántico de los besos.

Nuestros invitados se rieron hasta no poder más con su comentario y por fin salimos de la ermita ya convertidos en marido y mujer.

Desde allí pedimos un taxi para ir al hotel donde celebraríamos el convite, pues queríamos llegar con los niños y ningún invitado tenía tanto sitio en su coche.

—Es lo más original que me ha pasado nunca —nos comentaba el taxista—, llevar a unos novios.

—Y a sus niños, y a sus niños. —les comentaron ellos— ¿A usted le gusta el fútbol?

—Ni caso, no les haga ni caso, que estos están castigados sin fútbol hasta los cuarenta años.

—Papá, será mejor que tengamos un hermanito para que nos deje en paz a nosotros —sugirió Kike ante el comentario de su madre.

—¿Un hermanito? Yo no quiero más niños ni regalados, ni regalados, ¿usted tiene niños? Porque yo le regalo dos ahora mismo, hasta con el chaqué, mire qué monos —le sonrió ella, vendiéndoselos divinamente.

Nos quedaban más anécdotas en un día que vivimos felicísimos, aunque con unos cuantos sobresaltos más, como cuando a la hora del baile, de repente, se estropeó el aire acondicionado del salón, algo que no esperábamos de un hotel de lujo como aquel, pero que pasó aquel día.

Ese fue el momento en el que lo sustituyeron por varios enormes ventiladores, de esos de tipo industrial.

—Y ahora se me cae la cola, otra vez a colocármela —decía mi preciosa esposa porque se le escurrió de la cintura donde se la colocó para el baile.

—Espera, que yo te ayudo, cariño mío...

—Sí, porque estoy sintiendo unos calores que no veas... Qué sofocón.

De pronto notamos mucho fresquito, y es que los niños, que siempre estaban en todo, escucharon que su madre tenía calor y se pusieron detrás de uno de los ventiladores industriales, el cual enfocaron hacia ella con la mala suerte de que aquello comenzó a soplar más que un huracán, llevándose la cola del vestido, que terminó en el interior del ventilador, enrollada entre las aspas en el momento en el que escuché un crujido que terminó por llevarse toda la parte inferior del vestido de mi recién estrenada esposa.

Sí, sí, como os lo cuento, para ver la cara de Cris corriendo detrás de los dos en pleno convite con solo el corpiño y, por debajo, en medias y liguero... Una imagen que no olvidaré en la vida y que ya forma parte de los muchos tesoros que compusieron un día que fue una verdadera joya con sobresaltos incluidos, como nuestra misma vida.

—¿Un hermanito? Yo no quiero más niños ni regalados, ni regalados, ¿usted tiene niños? Porque yo le regalo dos ahora mismo, hasta con el chaqué, mire qué monos —le sonrió ella, vendiéndoselos divinamente.

Nos quedaban más anécdotas en un día que vivimos felicísimos, aunque con unos cuantos sobresaltos más, como cuando a la hora del baile, de repente, se estropeó el aire acondicionado del salón, algo que no esperábamos de un hotel de lujo como aquel, pero que pasó aquel día.

Ese fue el momento en el que lo sustituyeron por varios enormes ventiladores, de esos de tipo industrial.

—Y ahora se me cae la cola, otra vez a colocármela —decía mi preciosa esposa porque se le escurrió de la cintura, donde se la colocó para el baile.

—Espera, que yo te ayudo, cariño mío...

—Sí, porque estoy sintiendo unos calores que no veas... Qué sofocón.

De pronto notamos mucho fresquito, y es que los niños, que siempre estaban en todo, escucharon que su madre tenía calor y se pusieron detrás de uno de los ventiladores industriales, el cual enfocaron hacia ella con la mala suerte de que aquello comenzó a soplar más que un huracán, llevándose la cola del vestido, que terminó en el interior del ventilador, enrollada entre las aspas en el momento en el que escuché un crujido que terminó por llevarse toda la parte inferior del vestido de mi recién estrenada esposa.

Sí, sí, como os lo cuento, para ver la cara de Cris corriendo detrás de los dos en pleno convite con solo el corpiño y, por debajo, en medias y ligero... Una imagen que no olvidaré en la vida y que ya forma parte de los muchos tesoros que compusieron un día que fue una verdadera joya con sobresaltos incluidos, como nuestra misma vida.

Capítulo 27



Un par de días después de nuestra boda pusimos rumbo a Orlando. Sí, los niños no se conformaban con cualquier cosita, menudos eran ellos...

En realidad, he de decir la verdad. Después de todo lo que pasamos, queríamos hacer lo que fuese para que estuvieran sumamente felices, para que ambos tuviesen el mejor recuerdo de esa luna de miel que decidimos compartir con ellos. Sí, hasta Cris quiso, por mucho que fuese rajando de los niños como siempre.

—Ahora me dais la luna de miel y os vendo. Qué digo os vendo, que eso es muy complicado, os regalo —les decía mientras íbamos avanzando por la terminal de ese aeropuerto de Madrid que nos llevaría de cabeza a Orlando para que todos pudiésemos disfrutar en familia de ese viaje inolvidable.

La primera opción fue París, que todo hay que contarlo, pero enseguida ellos, a los que como decía Cris, les había hecho la boca un fraile de lo mucho que pedían, nos dijeron que querían ir al Disney grande, al de Orlando. Por pedir que no quedase.

—Pero es que ese es mucho más caro, micos —les dijo ella.

—No pasa nada, abrimos nuestras huchas —nos ofrecieron y morimos de amor, porque su inocencia no tenía límite.

—Claro que sí, a monedas de cinco y diez céntimos que metéis, tardaremos como unos mil doscientos años en volar hasta allí. Bonita voy a salir en las fotos, ni en broma —les soltó ella.

—Cariño, vamos a Orlando si es lo que quieren...

—Eso, tú dales todos los caprichos, Mauro. Menos mal que no tendremos más porque te gusta malcriarlos.

Así todo el día, cuando en realidad a ella se le caía la baba con los críos y era la primera que les consentía, aunque le gustaba echarme a mí la culpa de todo.

En fin, que tras la boda ya nos íbamos de luna de miel y los dos encantados de la vida con sus Converse blancas,

las mismas que iban estrenando, que pronto serían negras, y con las que protagonizaron la primera anécdota ya en el vuelo.

Resulta que ambos iban sentados en asiento pasillo con uno de nosotros al lado y los dos competían por ver cuáles de sus pares de zapatillas eran más bonitos.

—Como uno de los dos vuelva a sacar la patita, se la corto —les decía su madre porque cada uno de ellos sacaba un piececillo por el pasillo para comparar su zapatilla con la del otro, con la mala suerte de que lo hicieron de golpe en un momento en el que una azafata pasaba con una bebidas y un poco más y pierde los piños la muchacha aparte de que se echó las rodillas abajo con la moqueta y soltó unas cuantas lindezas por la boca en un idioma que por muchos que hablara, era totalmente desconocido.

—Se ha matado, se ha matado —decían los dos con las manos puestas en sus cabecitas— ¿La ayudamos? —se ofrecieron mientras ella se negaba y los miraba como si fuera a necesitar agua bendita para ahuyentarlos.

—Si es que no paráis. Fina ha sido, a mí me hacéis eso y os meto un sopapo en el culo a cada uno que os sabe a gloria —les decía Cris quien, pese a todo, tuvo que aguantar la risa porque la escena fue de comedia.

No iba a ser la última, ya os lo aviso, porque el viaje se presentó movidito.

Los niños no pudieron disfrutar más en el parque. Nunca los habíamos visto tan entusiasmados con nada y lo único que lamentaban era que no estuviera allí su perrita Bella para salir también en las fotos que se hacían con todos los personajes.

—Claro que sí, solo me faltaba a mí la perra dando botes por aquí, como esto ya no es lo suficientemente estresante —decía ella mientras uno de los personajes se le acercó. Era Pinocho y no me pude reír más porque la terminó correteando, igual que los niños.

—Le gustas, mamá, quiere algo contigo. —La picaban ellos, y para qué.

—¿Te quieres quitar ya, puñetas? —Le dio ella un manotazo y eso que, en teoría, a los personajes no se los puede tocar—. ¿No ves que estoy casada? —Le enseñó la alianza—. Si no, ya te diría yo dónde me podías meter la nariz pero yo he hecho el voto ese de que no puedo sacar los pies del plato ni en la riqueza ni en la pobreza, aunque ya le he dicho a Mauro que soy de pico fino, que él procure que comamos perdices y no pan con mantequilla, que, si no hay quien me aguante con el estómago lleno, imagínatelo vacío...

Tenía que seguir muriendo con todas sus ocurrencias y más cuando los niños se unían a ella y ya se liaba parda.

Fue el segundo día en el parque, para más señas, aquel en el que tardaron un poco más de lo debido en salir del baño público de una galería y nos mosqueamos. Yo entré con ellos, pero escuché a Cris quejarse fuera y salí a ver lo que le pasaba.

—El Pinocho este, hombre, que le ha dado por mí, pues que tenga cuidadito que yo muy pronto cojo una sierra y le dejo la nariz que lo ponen en la cola del paro, ¿dónde están los niños?

—Están todavía dentro. Oye, espera, ¿qué es eso?

«Eso» era una especie de fiesta de la espuma que salía del baño, donde aquellos dos cogieron un dispensador de gel de manos y la liaron. Los saqué a lo justo para largarnos de allí sin que nos pidieran daños y perjuicios.

—Es que queríamos hacer una fiesta de la espuma como la del barco de la isla —se quejaban mientras yo corría con ellos, con uno debajo de cada brazo.

—¡Toma ya! ¡Se mató Pinocho! ¡A tomar por saco! —se rio ella en el momento en el que el personaje se resbaló con la espuma y se quedó con la nariz clavada en el suelo.

Tuvimos que volver para auxiliarle, aunque solo lo hice yo, porque los niños estaban partidos de la risa y su madre... Su madre reía a carcajadas de un modo que se convirtió en la principal atracción del parque.

Y no, no fue eso todo lo que nos pasó porque nos llevamos un susto enorme el último de los días a la hora del desfile. Resulta que, entre tanta gente, Kike y Toño se nos escurrieron de las manos y, cuando quisimos darnos cuenta, no los encontrábamos.

A ella se le cambió la cara y a mí... A mí casi se me para el corazón mientras comenzaba a chillar y a movilizar a la gente, la cual empezó a buscar a los críos con nosotros.

—Me da, me da, yo me estoy sintiendo mareada y preñada no estoy, que a mí sin doble condón no me tocas —me decía mientras todo el mundo se hacía cargo de la situación.

No le llegó a dar del todo porque, gracias al cielo, aparecieron... Con lo que no contábamos es con que aparecieran en lo alto de una de las carrozas del desfile, moviendo el esqueleto y cantando como si no hubiera un mañana. Para verlos una vez más... Y lo mejor de todo fue ese momento en el que Cris quiso subir a por ellos trepando por la carroza, la misma en la que iba Pinocho y el pobre, pensando que iba a por él, terminó tirándose por el otro lado y casi se mata.

En fin, que el resultado fue que los responsables del parque nos invitaron «amablemente» a que no volviéramos, aunque las risas que nos echamos allí ya no nos las quitaba nadie.

Creíamos que sería la última trastada, pero no... Antes de marcharnos, y como recuerdo de todo lo vivido, Cris le compró un muñequito de Pinocho a cada uno con el que ambos fueron jugando en el vuelo de vuelta.

—Ya, Toño, que vas a molestar al señor de delante —le reñía ella porque no paraban quietos.

—Mamá, si solo le estoy pasando a Pinocho por lo alto de la cabeza, no le estoy molestando ni nada.

—Porque el señor es prudente, porque yo ya me habría vuelto y te comes a Pinocho con la napia y todo —le advertía ella.

De pronto, Kike se echó a reír y a señalar al señor en cuestión, y yo tuve que aguantar la risa como buenamente pude porque con la nariz del muñeco le enganchó lo que parecía ser un peluquín y el hombre se volvió con los ojos fuera de las órbitas, mostrando una calva como la palma de mi mano.

Lo que nos reiríamos después ella y yo recordando esa anécdota, como el resto. Nuestra vida era un puro disparate, pero era nuestro disparate y no la cambiábamos por ninguna otra.

;

—Mamá, si solo le estoy pasando a Pinocho por lo alto de la cabeza, no le estoy molestando ni nada.

—Porque el señor es prudente, porque yo ya me habría vuelto y te comes a Pinocho con la napia y todo —le advertía ella.

De pronto, Kike se echó a reír y a señalar al señor en cuestión, y yo tuve que aguantar la risa como buenamente pude porque con la nariz del muñeco le enganchó lo que parecía ser un peluquín y el hombre se volvió con los ojos fuera de las órbitas, mostrando una calva como la palma de mi mano.

Lo que nos reiríamos después ella y yo recordando esa anécdota, como el resto. Nuestra vida era un puro disparate, pero era nuestro disparate y no la cambiábamos por ninguna otra.

Epílogo



Dos años después...

Escuchamos un crujido muy fuerte en el salón y entonces vimos agua en el suelo. Cris me miró.

—¿He sido yo la que ha crujido? ¿Eso cómo va a ser? Ni que fuese una pecera.

Miramos a la tele y tenía una raja por la mitad. Kike sostenía el balón en la mano con ánimo de esconderlo.

—No lo sé, cariño —le respondí aturdido.

—¡Se han cargado la tele! ¡Pero no solo ha crujido la pantalla! —me decía ella viendo cómo de sus piernas brotaba agua.

—¡Mamá se ha convertido en una fuente! —chillaron los dos— Mola, ¿puedes convertirte también en fuente de chocolate? —le preguntaron.

—No, pero en un ogro sí, de modo que será mejor que os quitéis de en medio y no paguéis el pato de lo que solo tiene culpa vuestro padre, que terminó preñándose a traición.

Según ella, fue a traición, aunque la realidad sucedió que aquellos dos estaban hartos de escuchar lo del condón doble y le preguntaron a Alexa lo que era un condón. De ahí a pincharlos, porque se enteraron de que así podrían tener un hermanito, todo fue una. Y que daba lo mismo que me pusiese dos o dos paquetes: la embaracé.

Ellos me lo terminaron confesando, porque yo no podía entenderlo y me estaba volviendo loco, aunque ese secreto quedó entre los niños y yo antes de que Cris los quisiera guisar con patatas, de manera que me escudé en una borrachera que cogimos en Nochevieja para decirle que no tomamos medidas y punto.

Ellos morían por un hermanito, les daba igual el sexo... Y resultó ser niña. Daniela se llamaría y pareció tener prisa por asomarse al mundo y jugar con sus hermanos, puesto que a Cris todavía le faltaba una semana para salir de cuentas. Claro que igual lo del susto de la tele también ayudó.

Isabel y Fernando se quedaron con ellos mientras yo corría para acercarle el coche.

—Mamá, es que nosotros también queremos ir a ver cómo nace la hermanita —se quejaron, aunque bastó que ella los mirara de una forma que no necesitaba ser acompañada con palabras, para que hasta Bella saliera corriendo hacia el interior de la casa con el rabo entre las patas.

Nos montamos en el coche y fue clara.

—Duele que me muero, así que, si no corres, ya haré yo porque te duela también a ti —me amenazó mientras me arreaba tal pellizco en la mano que tuve que retirarla de la palanca de cambio.

—Entendido, corro, corro —le dije, pidiéndole permiso para volver a poner la mano sobre la palanca.

Por el camino, me recordó a la azafata a la que los niños tiraron en el pasillo del avión, puesto que la escuché chillar en un idioma también desconocido, aunque por su forma de mirarme podía yo entender que la cosa iba conmigo.



—Ya mismo va a nacer, eres una valiente, Cris —la animó la matrona en cuanto la reconoció.

—Lo dices porque tengo los bajos como un bebedero de patos, ¿verdad? La culpa es de este, y solo de este, que no controla, tiene un problema con el alcohol —le soltó y me dejó muerto.

—¿Ha bebido usted hoy? ¿Puede echarme el aliento? —le pidió ella pensando en que yo pudiera estar borracho, lo que me faltaba.

—Sí, he bebido agua, pero que, si se queda más tranquila, se lo echo...

—Sí, échale el aliento, porque es lo último que vas a echar en el mundo. A mí un polvo no me lo echas más en la vida, te lo prometo...

—Cariño, si lo estás haciendo muy bien...

o

—Muy bien has sabido hacerlo tú, que te has salido con la tuya y aquí me tienes a punto de explotar, pero que voy a apuntar para tu lado y te pondré perdido. Tú no te vas de rositas, Judas, que eres un Judas.

Todo el que la oyó, por muy acostumbrado que estuviera a escuchar barbaridades en las salas de parto, se tronchó con Cris,

Menos mal que el nacimiento se desarrolló sin mayores complicaciones y que Daniela llegó al mundo rebotante

de felicidad y tan guapa como su mamá.

Unas horas más tarde llegaron los niños con sus abuelos, pues todos ellos se morían por conocer a la chiquitina.

—Se parece a mí, mamá —le decía Toño.

—No, se parece más a mí —le contradecía Kike.

—Se parece a que os terminaré echando de la habitación a los dos, monos, que sois unos monos.

—Lo hemos hecho muy bien. —Chocaron los cinco en el aire en ese instante.

—Un momento, que aquí la única que ha hecho algo he sido yo, ¿eh? Que la he tenido nueve meses en la barriguita, la he parido con unos dolores de espanto y...

—Pero nosotros pinchamos muy bien los condones. —Se les escapó dada la euforia del momento.

El personal sanitario decía que era un caso único en la naturaleza y que nunca se había visto correr así a una mujer recién parida. Obvio que no la conocían; ella era mi Cris, la chica más original del planeta y de quien tuve el privilegio de convertirme en esposo.

o

o

/

de felicidad y tan guapa como su mamá.

Unas horas más tarde llegaron los niños con sus abuelos, pues todos ellos se morían por conocer a la chiquitina.

—Se parece a mí, mamá —le decía Toño.

—No, se parece más a mí —le contradecía Kike.

—Se parece a que os terminaré echando de la habitación a los dos, monos, que sois unos monos.

—Lo hemos hecho muy bien. —Chocaron los cinco en el aire en ese instante.

—Un momento, que aquí la única que ha hecho algo he sido yo, ¿eh? Que la he tenido nueve meses en la barriguita, la he parido con unos dolores de espanto y...

—Pero nosotros pinchamos muy bien los condones. —Se les escapó dada la euforia del momento.

El personal sanitario decía que era un caso único en la naturaleza y que nunca se había visto correr así a una mujer recién parida. Obvio que no la conocían; ella era mi Cris, la chica más original del planeta y de quien tuve el privilegio de convertirme en esposo.

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu